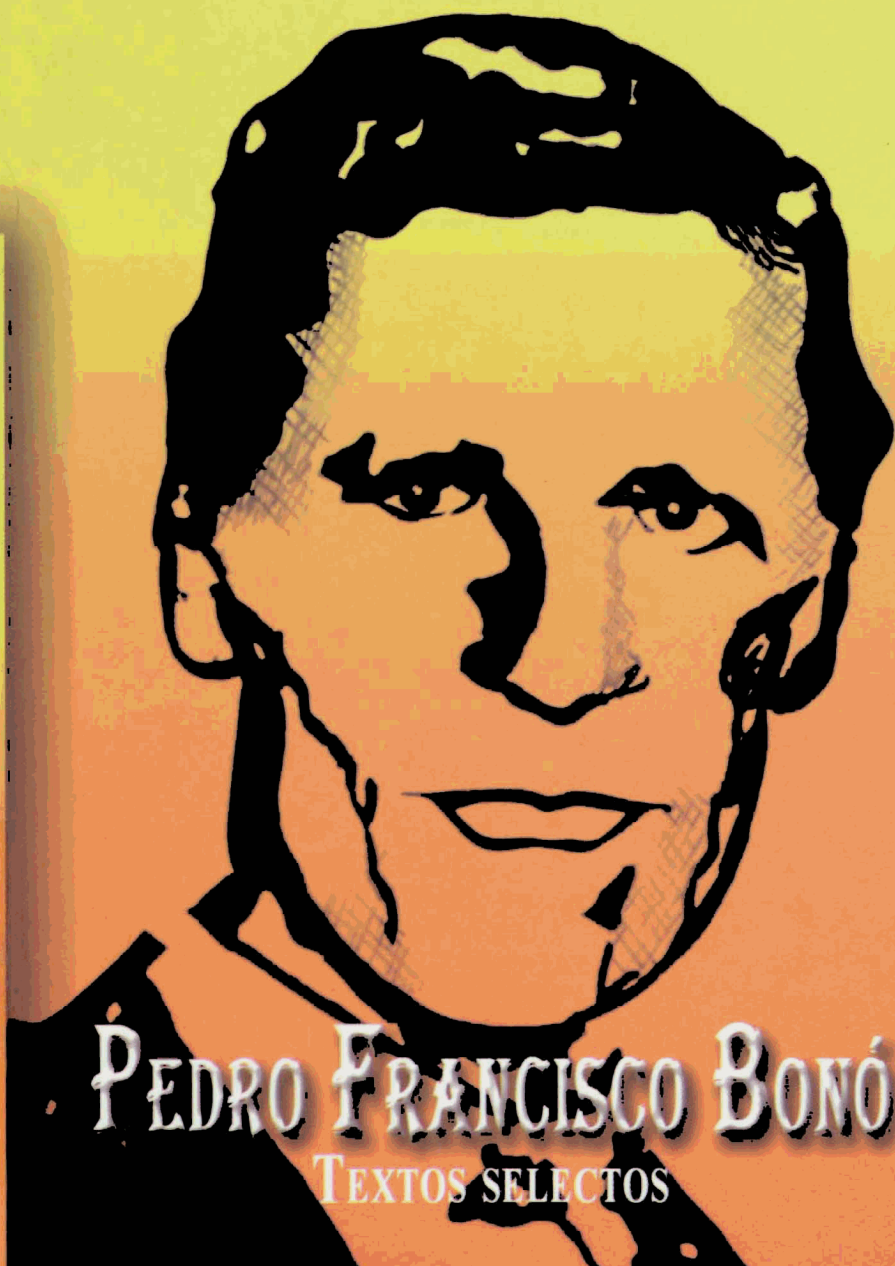


ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

VOL. XXIX



PEDRO FRANCISCO BONÓ
TEXTOS SELECTOS

Proyecto de Digitalización

Academia Dominicana de la Historia

COLECCIÓN JUVENIL VOL. I



Hijo de comerciantes, Pedro Francisco

Bonó, pertenecía a la clase dominante de la sociedad dominicana. Su derrotero vital muestra un desclasamiento que lo condujo a igualar su condición a la de los sectores humildes de las clases dominadas que vivían en los pequeños poblados del país. Desde su juventud hasta los 40 años de vida, había ocupado las más altas responsabilidades en la administración pública. Desde diputado y senador hasta ministro de varias carteras. En cuatro oportunidades fue propuesto para ocupar la presidencia, como candidato del partido Azul, las cuales rechazó dando cuenta de que sus opiniones no habían sido comprendidas y de que no contaba con las personas para asumir tal responsabilidad. Tras su retiro de la vida pública en 1867, renunciando a los dos ministerios que ocupó bajo el gobierno de José María Cabral, apenas se movió de San Francisco de Macorís. Allí, siendo alcalde, sufrió las presiones baecistas que procuraban materializar la anexión a los Estados Unidos de América durante la dictadura de los Seis Años. Más tarde, en 1876, aceptó el puesto de Inspector de Agricultura de la provincia de La Vega, con asiento en San Francisco, después de rechazar el ministerio que le ofreciera su amigo Ulises Francisco Espaillat, a la sazón presidente de la República.

Bonó prefirió siempre ser el intelectual crítico que veía con renovada mirada y desde las clases desposeídas la marcha de la nación. Este ha sido su aporte fundamental que sigue siendo hoy clave para la comprensión de nuestro país. Pero sobre todo un ejemplo de dignidad, compromiso, solidaridad y honradez que debemos emular cada día.









Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

PEDRO FRANCISCO BONÓ
TEXTOS SELECTOS



Archivo General de la Nación
Vol. XXIX
Colección Juvenil
Vol. I

PEDRO FRANCISCO BONÓ
TEXTOS SELECTOS

República Dominicana
2007



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Archivo General de la Nación
Vol. XXIX
Colección Juvenil
Vol. I

© Archivo General de la Nación
Calle Modesto Díaz No. 2
Zona Universitaria, Santo Domingo, D. N.
Teléfono (809) 362-1111 / Fax (809) 362-1110
www.agn.gov.do

Título de la publicación:

PEDRO FRANCISCO BONÓ
TEXTOS SELECTOS

Editor:

DANTES ORTIZ

Edición al cuidado:

LILIAN HIRALDO / MARÍA LUISA TASAYCO

Diagramación:

ERIC SIMÓ
ericj28@yahoo.com

Diseño de cubierta:

Elizabeth Del Rosario

ISBN 978-9945-020-13-7

Impresión:

EDITORIA BÚHO





Pedro Francisco Bonó.



SUMARIO

Presentación	11
Prefacio	
RAYMUNDO GONZÁLEZ	13
Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas	21
Opiniones de un dominicano	87
La República Dominicana y la República Haitiana	123
Privilegiomanía	137
Congreso Extraparlamentario	139
En el Cantón de Bermejo	159
Bibliografía	165
Índice onomástico	169





PRESENTACIÓN

El Archivo General de la Nación se complace en presentar a la comunidad nacional su *Colección Juvenil* dirigida, como su nombre indica, a las nuevas generaciones con inquietudes por conocer sus raíces y las tradiciones de lucha por la libertad y la independencia nacional que los dominicanos hemos forjado como pueblo a través de la historia: nuestras raíces, tradiciones y luchas que constituyen la identidad nacional.

Con esta nueva colección la institución pretende poner al alcance de la juventud, a través de lecturas breves, ágiles y bien documentadas, biografías y estudios monográficos que pongan de relieve valores patrióticos y despierten el interés de los jóvenes por su historia.

Le da inicio la publicación del presente volumen que compilan escritos del prócer Pedro Francisco Bonó, con la cual se da continuidad al esfuerzo de divulgación cultural que desde el AGN se viene realizando desde el año 2005. Esta edición va acompañada de una presentación a cargo del profesor e investigador Raymundo González, especialista en los temas escritos por Bonó.

Esta colección nace en el marco del proceso de modernización que atraviesa actualmente el AGN, en el cual han sido decisivos las energías, el entusiasmo y la participación activa de muchos jóvenes que han asumido con responsabilidad el reto de



convertir al Archivo en una entidad viva y eficaz al servicio del Estado y la ciudadanía. La *Colección Juvenil* es la forma apropiada de retribuir esa entrega, con la confianza y la esperanza de que sabrán aprovecharla todos los jóvenes, lectores, deseosos de servir a su patria desde una perspectiva cultural e intelectual.

El AGN pone en manos del público juvenil dominicano esta primera entrega de la *Colección Juvenil* con la expectativa de que contribuya a elevar el nivel intelectual al tiempo de dar a conocer la valía de un dominicano, ejemplo de una vida signada por principios éticos.



PREFACIO

Pedro Francisco Bonó Mejía nació en Santiago de los Caballeros el 18 de octubre de 1828, en el seno de una familia de comerciantes. En consecuencia, pertenecía a un sector social que jugó un papel clave en la política y en la ideología de la época que le tocó vivir. Con Bonó se inaugura una tradición del pensamiento social dominicano que mira al conjunto de la nación desde el lugar social de los trabajadores, de los oprimidos, de los “aplastados”, como también los llama. De ahí que él mismo se sienta identificado como tal: “Soy trabajador, obrero, y el trabajo es mi caballo de batalla...”, expresa en sus *Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas* (1881). Esa posición personal y social, de encuentro entre biografía e historia, sirve a nuestro autor de punto de partida en sus preocupaciones intelectuales, aunque en sus reflexiones sabe desembarazarse con agudeza de sus motivaciones individuales para dejar bien definido su interés prioritario por el colectivo dominicano y la máxima creación de éste en la historia universal: la nación dominicana como pueblo libre de la esclavitud y de tutela política de las potencias coloniales, con su promesa de estado democrático aun sin fundamento sólido para asentarlo. En esta dirección van a orientarse las búsquedas de Bonó: dar a la nación dominicana un estado conforme a esa promesa de los fundadores de la República.



Si bien el motivo central de toda su producción intelectual está dado por su escrutadora mirada al problema de la nación dominicana, el tratamiento que recibe el tema a través de sus escritos define distintas líneas de análisis y exhibe desplazamientos en los centros de gravedad de sus reflexiones. La mejor prueba de ello son los estudios que ha merecido la obra de Bonó en años recientes, como podremos apreciar a través de la bibliografía pasiva que sigue a estas líneas. Examinada dicha obra desde diferentes perspectivas, en esos trabajos resalta la riqueza de las reflexiones de un autor que vivió compenetrado con su tiempo; aún así, ello nos permite afirmar que muchas de las proyecciones de sus escritos permanecen apenas esbozadas. La tarea de ahondar en el pensamiento de Bonó sigue siendo fructífera, y conducirá sin dudas a retomar ciertas temáticas reflexivas de larga duración que están lejos de haber perdido vigencia.

Ciertamente vale la pena leer autores que nos aportan perspectivas nuevas para comprender nuestro pasado y que, por eso mismo, nos ayudan a leer con nuevos ojos nuestro presente, en muchos sentidos heredado, construido con los materiales que aquel proporcionó. En general esto parece válido para todos los pensadores dominicanos y otros que sin serlo nos enriquecieron y enriquecen con sus profundas reflexiones sobre nuestro ser y nuestro proceso histórico. Más allá de esta consideración genérica, hay algo en particular que debe subrayarse cuando se trata de la personalidad y la obra de este intelectual llamado Pedro Francisco Bonó. Comenzando porque sin contar con la instrucción sistemática que obtuvieron algunos de sus contemporáneos, cultivó de autodidacta la mejor que podía obtener en su medio, hasta el punto que fue reconocido en el país como economista y abogado competente y aún este último título le fue revalidado por el gobierno español durante la época de la Anexión. Más importante todavía es la calidad humana que queda patente en



cada uno de sus escritos que resuman honestidad y discernimiento. A su sensibilidad social debemos enfoques totalmente nuevos, sin precedentes en el pensamiento dominicano; su pluma independiente expone siempre criterios contundentes de manera desenfadada, sentando sus propias premisas reflexivas a partir del estudio dirigido y atento del pueblo dominicano en su organización socioeconómica y su forma política de convivencia.

Pero aún más: en la reflexión profunda sobre la realidad que le circundaba, la comparación con otras reflexiones y teorías contemporáneas sobre otras latitudes, encontró el modo de conocer su propia circunstancia. Para ello planteó líneas de investigación que siguen abiertas en el presente con toda su capacidad interrogadora y penetrante. Lo mismo en historia como en economía o sociología, su sagacidad interpretativa se proyecta en el hoy refulgente como si dialogara con nuestro presente. Pero, ¡cuidado!, sería un error pensar que sus planteamientos pueden aplicarse a nuestros días sin más, por lo mismo que ellos no están llamados a ahorrarnos el pensar, sino todo lo contrario. De hecho, el conocimiento que le debemos no responde a una tendencia mimética ni deriva de un aprendizaje libresco, sino a un esfuerzo auténtico por situar a la nación dominicana en una comprensión filosófica, a la vez histórico-natural y trascendente, de reparación justiciera, de crecimiento humanístico, de elevación de la humanidad por encima de sus miserias en busca del bien y la felicidad. Esta comprensión no era ajena a su época, desde luego, pero fue suya porque para construirla llevó al límite las posibilidades de las teorías que aprehendió en sus estudios. No obstante contar con una visión amplia de su contexto intelectual, Bonó no se sumergió a ciegas en las teorías de su tiempo, ya sea el romanticismo o el positivismo, dos extremos que hicieron época, para luego considerarlas como la verdad absoluta o ciencia irrefutable, sino que las utiliza como herramientas, como instrumentos



que eran para construir sus reflexiones. Por esta razón puede dudar de ellas, rectificarlas o plantear nuevas teorías para sustentar sus enfoques. En consecuencia, al menos para quien estas líneas escribe, el autor que presentamos constituye el más original y profundo de los pensadores dominicanos del siglo XIX.

Pueden distinguirse tres momentos o etapas en la evolución de su pensamiento, en más de cincuenta años de producción intelectual, que remiten a los criterios de su reflexión sociopolítica: a) Desde sus inicios literarios hasta su renuncia al gabinete de José María Cabral, en 1867: este primer momento se caracteriza por su preocupación por las formas jurídicas y la preeminencia que le otorga a la legislación en su reflexión sociopolítica; b) la segunda etapa se extiende desde sus críticas a la política de empréstitos inaugurada por Báez y el desarrollo de su crítica de la ideología del progreso hasta el largo silencio que se inicia con la dictadura de Heureaux en 1886, que culmina con su *Congreso Extraparlamentario* (1895): en esta etapa su reflexión adquiere una connotación social-histórica inédita en nuestro país, donde se muestra plenamente la originalidad de su pensamiento. c) Por último, después de la aparición de su *Congreso*, se inicia una evolución dominada por el escepticismo social, que sin embargo no produce en él abandono ni la mudanza hacia concepciones contrarias, sino más bien éste se resuelve en la filantropía y el misticismo. Ya se encuentra en la fase final de su vida y se cierra con su muerte el 15 de septiembre de 1906.

Hijo de comerciantes, Pedro Francisco Bonó, pertenecía a la clase dominante de la sociedad dominicana. Su derrotero vital muestra un desclasamiento que lo condujo a igualar su condición a la de los sectores humildes de las clases dominadas que vivían



en los pequeños poblados del país. Desde su juventud hasta los 40 años de vida, había ocupado las más altas responsabilidades en la administración pública. Desde diputado y senador hasta ministro de varias carteras. En cuatro oportunidades fue propuesto para ocupar la presidencia, como candidato del partido Azul, las cuales rechazó dando cuenta de que sus opiniones no habían sido comprendidas y de que no contaba con las personas para asumir tal responsabilidad. Tras su retiro de la vida pública en 1867, renunciando a los dos ministerios que ocupó bajo el gobierno de José María Cabral, apenas se movió de San Francisco de Macorís. Allí, siendo alcalde, sufrió las presiones baecistas que procuraban materializar la anexión a los Estados Unidos de América durante la dictadura de los Seis Años. Más tarde, en 1876, aceptó el puesto de Inspector de Agricultura de la provincia de La Vega, con asiento en San Francisco, después de rechazar el ministerio que le ofreciera su amigo Ulises Francisco Espaillat, a la sazón presidente de la República.

Bonó prefirió siempre ser el intelectual crítico que veía con renovada mirada y desde las clases desposeídas la marcha de la nación. Este ha sido su aporte fundamental que sigue siendo hoy clave para la comprensión de nuestro país. Pero sobre todo un ejemplo de dignidad, compromiso, solidaridad y honradez que debemos emular cada día.

En la presente recopilación se han recogido textos emblemáticos del segundo período de su producción intelectual.

Sus *Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas*, ya mencionados, representan la ruptura con el pensamiento liberal de sus contemporáneos, imbuido de ideología del progreso. La expresión no es de Bonó, pero está implícita en sus críticas acerca de la manera superficial de ver las transformaciones económicas que ocurren en nuestro medio y el rumbo que ellas imprimen en relación a la nación en su conjunto. Le preocupa la creencia ciega de



los que claman por el “progreso” a la ligera, sin ver más allá de sus bolsillos o la perpetuación en el poder, política que él denominó “privilegiomanía” en un artículo del mismo nombre. Llama la atención sobre “el sesgo halagüeño” con que se mira la proletarización y el empobrecimiento de los campesinos. Plantea un análisis clasista de la sociedad dominicana (“clases directoras” y “clases trabajadoras”) que se articula con la contraposición ciudad campo y otras consideraciones sociales e históricas. Convencido de la imposibilidad de un retroceso histórico a la esclavitud (“al labriego del Este sólo le queda su persona, y ésta es inviolable hoy”), ve no obstante que las soluciones no están a la vista, salvo que surjan protestas o revoluciones que hagan recapacitar a los que ostentan el poder. Y llama a un diálogo con el propósito de reponer la cordura en la manera de ver las cosas públicas. Al final, reconoce la soledad en que han quedado sus opiniones: “Clamo en mi desierto”, escribe poco después.

En estos *Apuntes* se exponen también los puntos de partida de sus reflexiones sociales; en un texto donde se articulan biografía y análisis social, Bonó señala los inicios de su búsqueda filosófica:

“Todo un pueblo no puede ser loco a la vez y cuando como tal aparece en la escena del mundo deben buscarse en esferas superiores las causas de su aparente locura y allí de seguro el filósofo, el pensador, encontrarán las causas verdaderas que justifican los hechos por inconexos y extraños que aparezcan. En esta esfera quiero colocarme, y dejando aparte o desechando los resultados que vieron mis abuelos, los que yo presencié y presencié, pediré a la historia general y a la particular de mi país la explicación de estos resultados constantes, a lo cual si agrego lo que he podido estudiar sobre el corazón del hombre, de sus pasiones y necesidades, quizás acierte en mucho en descubrir las desgracias de mi patria y la adversa suerte de nosotros los dominicanos”.



Las *Opiniones de un dominicano* (1884) es el más acabado de sus trabajos. En él expresa sus argumentos en un orden sistemático pocas veces alcanzado en los escritos de la época. Examina uno tras otro los elementos del llamado “progreso” en un ejercicio que hoy no dudáramos en denominar deconstructivo. Allí pone en evidencia a los partidarios de la ideología del progreso y pone sobre el tapete los criterios para volver a examinar con madurez y patriotismo las necesidades reales del pueblo dominicano con miras a su desarrollo verdadero, a la creación de una economía que promueva la equidad y una sociedad civil que sirva de asiento a una democracia duradera. Sus opiniones se radicalizan y manifiesta de manera incisiva la diferencia que lo separa de las clases directoras: “Disiento en todo y por todo... Yo no veo el progreso que se decanta y tanto se vocea, ni menos las razones que se dan para probarlo”. Después de esto se declara fuera de todos los partidos, incluido el suyo propio que había sido el partido Azul, liderado por Gregorio Luperón.

Muy unido a sus *Opiniones* va el ensayo sobre *La República Dominicana y la República de Haití* (1885), no tanto por las fechas en que fueron publicados ambos, sino por el tema que los ocupa. El segundo complementa al primero en cuanto a la reflexión político-filosófica que sustenta los planteamientos del primero, pero además avanza en las consideraciones de la política de “corrupción” que anuncia la destrucción de la libertad conseguida hasta entonces por ambos pueblos. Las consideraciones sobre la República de Haití no son tan originales, pues el criterio sobre el “exclusivismo” haitiano había sido expuesto ya en 1854 por Alejandro Angulo Guridi. Sin embargo, hay desarrollos sobre la cuestión del hibridismo racial que no dejan de tener interés, sobre todo en cuanto lo colocan en una tradición de defensa del mestizaje que culminará con la obra del mexicano José Vasconcelos, *La raza cósmica* (1925).



El último de los escritos recogidos, el *Congreso extraparlamentario* (1895), tiene diferencias fundamentales con los otros dos mencionados arriba. Aquí se ha producido un cambio de interlocutor, que de por sí es indicativo de una nueva radicalización de su pensamiento. Ya no se dirige a las clases directoras, adonde se sitúa la prácticamente totalidad de los intelectuales y pensadores, sino que busca interpelar directamente al pueblo, a las “clases trabajadoras”. Así, la propia existencia de este congreso es una crítica a lo que hacía el Congreso Nacional, que según expresa no se ocupaba de los negocios que interesan a la nación y su ciudadanía. Su aproximación al pueblo llano se hace utilizando el recurso literario que conocía bien, pues había escrito la pequeña novela *El montero* (1856) en su juventud, aunque esa novela debía ser conocida por pocas personas en el momento, y preparó otro esquema de novela sobre la gesta restauradora que nunca llegó a realizar. Al igual que su primera novela, el *Congreso* se publicó por entregas, cinco folletos en total, que vieron la luz en el mismo año 1895. Lo más importante es que su contenido anuncia un giro político-pedagógico, que además concuerda con el cambio de interlocutor que es ahora el conjunto de las clases trabajadoras. A ellas se dirigen los diálogos, que sin duda constituyen uno de los primeros ejercicios de educación política popular en la historia dominicana. *El Congreso* recupera muchos de los criterios expuestos con anterioridad para aplicarlos en situaciones concretas y aun desarrollar nuevos argumentos y reflexiones.

RAYMUNDO GONZÁLEZ



APUNTES SOBRE LAS CLASES TRABAJADORAS DOMINICANAS

I

La sociedad dominicana vista por el lado de sus manifestaciones periódicas convulsivas, deja en el espíritu un hondo sentido de pesar y de tristeza. El espectáculo de un pueblo turbulento, mal avenido siempre con el gobierno que acaba de elegir, y el de este gobierno siempre descontento con la ley que lo ha creado; del primero, conspirando o en actitud de conspirar contra el segundo, y éste demoliendo o amagando demoler las leyes que protegen al ciudadano, bajo el falaz pretexto unos y otros de encontrar por esos rumbos el camino de la libertad, del reposo y del orden. Todo esto hace augurar una disolución definitiva de su forma actual. La historia no nos presenta otros ejemplos en los pueblos trabajados por una larga anarquía y todo hombre prudente que la ha estudiado con fruto da por perdida en tiempo más o menos próximo, a una República que no ha dado pruebas suficientes de tener los elementos necesarios para gobernar y dejarse gobernar, que es la vida regular de las naciones.

Pero si se estudia con detenimiento y por partes a este mismo pueblo tan ardiente y agitado, previa abstracción de los políticos de profesión y de los codiciosos del presupuesto, se notará en todas las clases elementos de culminante vitalidad, propensión



decidida al progreso, y además un trabajo latente de orden y organización. El dominicano es gran trabajador, su esfuerzo muscular llega a tan pujante altura como el pueblo que más; sólo le falta que medidas insensatas no obstruyan de continuo la legítima aspiración de su trabajo, que lo dejen mover a sus anchas en sus faenas y que sus ahorros no lo esparzan a todos vientos los ardientes partidarios del progreso a todo trance.

Y tiempo sería, ya que palpamos tantos desastres, de que estudiemos y meditemos este trabajo, sus mecanismos y sus resultados pasados y actuales para que persuadidos de que malgastamos el presente en quejarnos de una miseria que no existe sólo por comparación con un bienestar mayor, comprendamos al fin que tenemos veneros fecundos en plena explotación, que nos están haciendo vivir holgadamente, que con nuestros recursos y los que el acaso nos allega estamos progresando palpablemente con las solas rectificaciones individuales, que no por ser silenciosas dejan de ser menos enérgicas.

No basta escribir y narrar lo que tanto se ha dicho y repetido de que la ilustración es la gran palanca del progreso, que la instrucción se necesita, que faltan escuelas, que falta la educación de familias, capitales. ¿Quién ignora eso? ¿Quién puede desconocer verdades de tanto bulto, tan probadas y definidas? Hay siempre, empero, que tener en cuenta, que no se ha encontrado aún la fórmula exacta de la felicidad completa del hombre en este mundo individual o colectivamente considerado, pues si la caridad cristiana resuelve relativamente el problema no es ella la principal virtud de los hombres de Estado en sus combinaciones, como tampoco puede serlo.

Sin embargo, obra de caridad sería y no de las menores, ver y considerar a las clases trabajadoras dominicanas en su afán del día, profundizar los obstáculos que superan, los progresos que realizan y la ayuda que reclaman. Hijas de la esclavitud, moldeadas



das por coloniajes perpetuos, no debieran estas clases tener más virtudes y educación que las pasivas o inertes de sus progenitores y debe agradecerseles la escasa disciplina que han adquirido, combinada con la iniciativa que despliegan para sostener y salvar a la Nación.

La clase directora sí que no ha sido tan feliz en sus progresos. Descendiente de aquella que todo lo esperaba de la metrópoli, obedece aun a esta fatal tradición y todo lo pide al extranjero. Exaltado su patriotismo por la excelsa civilización cristiana de este siglo, marchando por la senda de su tradición, sin estudiarla ni modificarla, a veces ha llegado al extremo de donarse cuerpo y bienes. Hoy ha tomado el sesgo de sentimientos de fraternidad universal y convida a la humanidad entera a que venga a su casa, casa que por cierto no ha sabido hacer cómoda, ni apacible, ni segura, pero a la que adorna con colgaduras de franquicias, concesiones y privilegios que la ponen vistosa para el huésped. Hala-gado éste por tales apariencias, viene a ella y se aloja; y al fin y al cabo, comparte nuestros infortunios, aumenta nuestras zozobras, adquiere nuestras febriles impacencias bajo cuyo influjo olvida lo que sabía, y hace coro con nosotros en llamamientos sucesivos, siempre impremeditados, porque no son precedidos por estudios serios y exactos en el único objetivo sobre que se obra, es decir, la República.

Es a este estudio que se encaminan estos artículos escritos por sólo amor a ella. Seguro es que no aportaré el tino y claridad que requieren materias de suyo tan arduas y complejas que sólo espíritus superiores pueden abordarla con buen éxito; seguro es también que mi deficiencia me hará errar en mucha parte, pero quizás también atraiga hacia el trabajo activo, actual y útil de la sociedad dominicana; hacia las modificaciones que está realizando su taller general y hacia las leyes que forman y deben proteger la propiedad, la atención de los hombres ilus-



trados del país que en ello encontrarán vasto campo para observar hechos consoladores de donde surjan ideas fecundas para la felicidad de la nación.

II

Las primeras cosas que se presentan para observar en el movimiento del trabajo dominicano son la ganadería y la agricultura. En el orden de formación económica de estas dos industrias debiera tratar de la primera antes que de la segunda, pero estando en plena cosecha de tabaco, la agricultura me demanda la primacía como caso de experimentación actual donde se pueden recoger extensos pormenores. Por doquier cruzan tongos, serones, y pacas de tabaco; por doquier veo los almacenes atestados de esta hoja y a un enjambre de trabajadores de ambos sexos, apartando, enmanojando, pesando y enseronando. Veo a las tiendas atestadas de compradores, llegan y desaparecen los surtidos, en una palabra hay una circulación de riquezas triple a la del resto del año, y esto por consiguiente es lo más importante de que pueda tratarse hoy.

Se aconsejó en tiempos pasados a los agricultores del Cibao que no se concretasen a la sola siembra del tabaco. Se daba y aún se da como razón, el ser cosecha precaria, muy contingente en tiempos secos o lluviosos y de tanta concurrencia en los mercados de consumo, que más que ningún otro artículo está expuesto a oscilaciones violentas de altas y bajas. La inanidad de estos consejos la contienen sus mismos considerandos, pues no hay producto que no esté sujeto más o menos a las mismas vicisitudes. Al cabo de incesantes luchas, apoyadas por el gobierno que estaba sometido a tales ideas y que concedía franquicias, privilegios y exenciones a otros cultivos, infinitos agricultores se dedicaron exclusivamente a sembrar café, cacao y caña y resultó de todo



esto, muchos años de miseria, de escasez de frutos de exportación y de subsistencias, no se estudió el fondo del trabajo del labrador, ni los detalles de los cultivos propuestos y todos recogimos frutos bien amargos por la festinación aportada en cosa tan grave como es la de arrojar a un grupo importante como el de agricultores fuera de su tradicional enseñanza, de sus recursos y del medio donde trabaja, como puede evidenciarse con un ejemplo.

Un joven labrador llegado a su mayor edad quiere emanciparse. Su padre pobre estanciero o rancharo no le da ni puede darle más que algunos cordeles de tierras de montes. En el primer año por un esfuerzo, el mozo tala, tumba, cerca, habita y siembra unas tantas tareas de maíz, plátanos, yuca; y en el segundo año, por otro esfuerzo, apropia materiales para un bohío que fabrica con su hacha y su machete. Ya tiene vivienda y comida para algún tiempo y entonces se casa. La mujer comparte sus cuidados, sus faenas, pero además de sus consumos personales aporta los de partos, enfermedades e hijos. La familia harta y a cubierto está desnuda, enferma, sin médicos, ni medicinas y la vista fija en el jefe que la ha creado, todo lo espera de él. Hace entonces éste otro esfuerzo: tala, tumba, cerca otro conuco, lo siembra de tabaco y ofrece venderlo a un tendero, si éste le da lo que él y su familia necesitan. No tiene el tendero lo que se le pide porque sus ahorros las revoluciones los devoraron, pero ve una buena operación que hacer y corre donde el comerciante extranjero a que le dé el avance que se le pide. El comerciante que tiene ya sabido que el mozo ha sembrado el tabaco, que ya está plantando y que para tenerlo seco y entrojado sólo necesitaría de cuatro meses de espera, entrega el avance al tendero con un recargo. El tendero con otro recargo lo pasa al mozo que se viste y viste a la familia. Al cabo de seis meses todos se han cubierto. El mozo ha pagado al tendero, éste al comerciante, quien paga al Estado



el impuesto, al fabricante sus tejidos, al banquero su dinero y todos han vivido, el gobierno inclusive.

Comparando ahora el producto tabaco y los productos café, cacao y caña a quién se le escapa que el primero es la industria por excelencia para la pequeña, pobre, incipiente y contrariada agricultura del Cibao, ¿quién que siembra cacao o café ve sus granos a los seis meses, y quién que esté desnudo podrá esperar años? ¿Pueden hacerse fincas pingües de caña sin capital, sin oferta permanente de trabajo, sin caminos, sin personales disciplinados para el gran cultivo, para detalles de maquinaria? No por eso la lucha de las víctimas de las bajas de precios en Europa y de los políticos y economistas noveles han sido impotentes para sustituir la siembra y recolección del tabaco; por eso el gobierno apremiado por las momentáneas reducciones de sus rentas y por otra causa no de este lugar, concediendo monopolios y franquicias a otros productos, sólo ha conseguido hacernos pasar trabajos y hacer más duraderos sus apuros. El labrador cibaño, bajo la presión de responsabilidades morales y económicas inflexibles, ha visto mejor que todos; ha insistido en sembrar tabaco y con esto ha salvado a la República en todos sus azares, la está salvando hoy y la salvará mañana, a pesar de sequías, de lluvias, de huracanes; a pesar de revoluciones diarias de sangre y fuego como las del país; a pesar de guerras de predicación, y de impuestos internos y externos como los Estancos, la del Zollverein o liga aduanera; porque fumar, sorber y mascar tabaco de las Antillas, es necesidad tan imperiosa en europeos y americanos, como las de beber su café o chocolate endulzado con azúcar de caña. Y el cibaño insistirá por mucho tiempo, porque no divisa en el horizonte los elementos indispensables de otro cultivo a que pueda dedicarse con mejores rendimientos.

Pero si el agricultor cibaño por tan vitales causas ha insistido, su esfuerzo nunca ayudado o mejor combatido por obstáculos



naturales y artificiales, no ha podido pasar el *mínimum* de toda su pujanza. Los resultados cada día más negativos iban abatiendo poco a poco su energía, hasta que arreglos nuevos del taller de esta industria sugerido a los interesados por sus desastres, están cambiando su faz, y permitirán al tabaco cibaño seguir luchando con las inmensas masas de productos similares arrojados por otras naciones en los mercados de consumo. Hoy hay más ciencia, más perfección y más economía en la preparación del tabaco que en años pasados, y el narrar estos progresos es cosa curiosa para el que observa cómo los pueblos pueden vivir sin ayuda de los gobiernos, o mejor dicho a pesar de sus gobiernos.

III Tabaco

En la producción del tabaco en el Cibao lo primero que debe considerarse es el capital que paga la mano de obra, su origen y la forma de su distribución; en seguida, la hoja tabaco, su preparación, las diversas industrias que pone en ejercicio, y por fin, la industria de locomoción, que es la que le da última mano poniéndolo en punto de embarque.

Ya en el artículo anterior dijimos lo que proporcionaba el capital, es decir, la certidumbre en el capitalista de que había una riqueza comercial sobrante en los conucos de fácil venta y que en cuatro o seis meses estaría a su disposición. Pero someramente enunciadas sus consecuencias no debíamos como ahora detenernos en sus detalles principales.

Habido el avance en Saint Thomas, Inglaterra, Alemania u otra parte, cada comerciante al pormenor, por sí o por corredores y sucursales se establece cerca de los agricultores a hacer un servicio parecido al que refiere Courcelle Seneuil de los bancos escoceses. Da dinero, lencería, quincallería u otros valores al la-



brador, mediante un agio consentido y éste aplica este dinero y demás objetos a sus necesidades personales y a las de sus cultivos con más o menos juicio, más o menos fortuna. Es difícil enumerar las ventajas de estos avances, la soltura que dan a los trabajos de todo género y el desahogo en que mantienen a la población en general. Como tiene por base la libertad del cambio apareja todos sus provechos y sus desastres. Todo prestamista personal y semanalmente ve la garantía de su deudor y extiende el préstamo hasta el último término del valor de la cosa. Es lástima, empero, que la forma no tenga la regularidad esencial a esta operación y que los hábitos sean tan deplorables sobre las precauciones más elementales en los contratos de crédito. Ninguno de los contratantes toma seguridades para evitar o castigar la mala fe recíproca, no hay títulos hipotecarios ni quirografarios, todo se reduce a cuentas corrientes al descubierto, muy mal llevadas por el comerciante que ni siquiera doble ni copia da al agricultor. Esta falta de seguridades mutuas ponen la operación avance al tabaco en la categoría de los préstamos a la gruesa, hacen por lo común muy subido al interés de los valores avanzados, hace muy temerario al agricultor y lo inclina a gastos locos que al fin son su ruina y la del pequeño comercio. Las dictaduras militares que con raras intermitencias han sido las dueñas del país han introducido un remedio digno de su sistema y es: que sobre el simple dicho del comerciante, el labrador es reconocido deudor de cualquier suma y si no la paga va a la cárcel sin otra averiguación. A mi parecer puesto que las leyes civiles y comerciales tan excelentes como las que poseemos no han podido entonar la operación avances sobre tabaco, quédale al gobierno el remedio empírico de estampillas y al comercio el más racional de un banco de préstamos.

A pesar de sus muchos defectos el avance da un empuje extraordinario al cultivo del tabaco y a las demás industrias que concurren a su extracción; él es el gran motor que pone en movi-



miento a la pequeña agricultura, y él es quien ha interesado a la clase más ilustrada que hoy preside a su apartado, selección y enfardelaje.

Hasta ahora en general, el mismo cosechero tenía que hacer las clases y en ello aportaba: ignorancia, codicia torpe y los malos métodos de cooperación de toda agricultura infante. Una serie continúa de *Juntas gratuitas* y por lo mismo holgazanas, retozonas, inhábiles y famélicas, devoraban en dos o tres días la comida de meses enteros de la familia del cosechero, y daban un tabaco mal apartado, peor enmanojado, muy húmedo, muy sucio, fraudulento en fin que llegaba a Europa desacreditándose a sí mismo. Hoy esto se va corrigiendo a grandes pasos por el concurso directo de los que más han sufrido sus desastrosas consecuencias y se va operando silenciosamente una decisión de trabajo, que es una prueba más de la exactitud de las fórmulas económicas en los cambios libres.

El comerciante veterano hoy compra el tabaco en tongadas y el cosechero envuelto en yaguas así lo lleva a su almacén. Llegado allí bajo su inspección inmediata jornaleros urbanos, casi todos mujeres, proceden a las clasificaciones como en taller profesional regulado. Esta nueva combinación va produciendo efectos sorprendentes de alcances provechosos no esperados. Está empleando grupos antes ociosos por falta de demanda de trabajo apropiado a sus aptitudes y que se ofrecen por salarios baratos, ha ensanchado el tiempo del agricultor que lo aprovecha en otros trabajos, emplea mano de obras más obediente, más inteligente, inspección severa de personas conocedoras de los gustos o exigencia del consumidor europeo, de los desperdicios de las taras, de los de embalaje, de las fermentaciones o curas que la rama necesita después de las de troje ordinaria, de los falsos gastos, de la susceptibilidad de la hoja, etc. Bajo esta inspección y dirección, las manos o haces se amarran con una de sus hojas, no se



mojan, se dividen en clases más puras, más acabadas, y por último requieren presiones más poderosas que las de la palanca a horqueta del enseronador, que va introduciendo prensas verticales de gran comodidad y aseo.

Es de creer que a medida que vaya generalizándose este procedimiento y reciba las mejoras de que es susceptible, el tabaco del Cibao por un simple perfeccionamiento de método de taller adquirirá en los mercados de venta la alta estima que en tiempo tuvo y si no alcanzare su antiguo precio por la poderosa concurrencia de productos similares de otros países más adelantados, a lo menos no desmejorará de las preciosas cualidades naturales con que le adorna el suelo de sus vegas.

La acción del gobierno en este progreso ha sido contraproducente y sólo podrá gloriarse del mal aconsejado patriotismo que las dictó pero no de su previsión y acierto. Hoy puede aconsejarsele que no turbe como sus predecesores a los gremios laboriosos; que dé más protecciones, pues todas las que otorgue son ataques directos o indirectos al tabaco y a las demás industrias del país. Que deje a todos los cultivos grandes y chicos en igualdad de condiciones, pues todos son útiles y afanosos, pero que en caso de abrirles un concurso, ninguno tiene más ejecutorias que el tabaco. Él ha sido, es y será el verdadero *padre de la patria* para aquellos que lo observan en sus efectos económicos, civiles y políticos. Él es la base de nuestra infantil democracia por el equilibrio en que mantiene a las fortunas de los individuos, y de ahí viene siendo el obstáculo más serio de las oligarquías posibles; fue y es el más firme apoyo de nuestra autonomía y él es por fin quien mantiene en gran parte el comercio interior de la República por cambios que realiza con las industrias que promueve y necesita.

Y puesto que enuncio estas industrias, lugar es de hablar de ellas para que tengan ideas exactas del trabajo fecundo y silencio-



so del Cibao, de lo mucho que merece que se le estudie para alentarlo de una manera adecuada.

La primera de estas industrias son los tejidos de guano. Comunes enteras están ocupadas en ellos y en recolectores de las pencas y tejedores, hay miles de hombres, mujeres y muchachos ocupados. Arganas, enjalmas, macutos, escobas, zurroneos o capachos, bias o alforjas y sobre todo serones son los productos. En las solas veladas de cuatro semanas, que a la lumbre de un hacho de cuaba toda la familia del bohío se agrupa, son muchas las empleitas que se tejen o se cosen y el valor de estos objetos que pueden asimilarse en cierto modo a la industria doméstica de telas caseras y medias en Europa, constituyen un capital no pequeño en las familias cibañas que ahorra al país el gasto de equivalencia extranjera.

En pos de los tejidos de guano viene la industria textil, rudimentaria si se quiere, mas no por eso menos útil. Por ella tenemos todas las cuerdas que la sociedad necesita sobre todo las empleadas en enfardelar, unir, apretar y transportar las cargas. Cinchas, sobrecargas atarías o gruperas, lazos, bozales, jáquimas, manecas, sueltas, hilos de enseronar, hamacas, cordeles, o sogas de andullos, de pozo, unideras, se fabrican a toneladas los más por ciegos, por septuagenarios, que en tan fácil y útil trabajo no necesitan de la vista ni de mayores fuerzas. Prueba notable de la aplicación ingeniosa que la laboriosa cibaña da a todas sus fuerzas.

... *la prócera palma*
Su vario suelo cría,

de una manera completa para el Cibao. Los hermosos palmares de esta región del país herméticamente cercado, permiten al propietario recoger toda la renta con desahogo y en todo su primor: limpia, sana, madura. La yagua, cartón natural impenetrable es el



segundo envoltorio del tabaco, su recolección pone en actividad muchos brazos y su acarreo a las poblaciones a innumerables recuas de burros y otras bestias impropias a viajes largos y penosos, que en esto encuentran acertada aplicación.

El tabaco que se destina a andullos, piensan muchos que debiera ser cultivado en ciertas comarcas que son las que, cualquiera especie que sea la semilla, dan tabaco apropiado al gusto general pero como mis opiniones en las rectificaciones de la industria son radicales, lo digo sólo de paso y como un parecer que hoy no tiene peso ni valor, puesto que el mismo labrador fabricante es quien hace el negocio directamente con el consumidor y por tanto es quien mejor conoce el gusto y afición de sus marchantes. Los chascos frecuentes le han hecho esmerarse a tal punto, que según es de minuciosa la cura seca en el comercio exterior, así es la cura negra para el comercio interior.

En éste los andullos alcanzan a una quinta parte por lo menos del peso de la rama exportada. Todas las provincias del Este las provee el Cibao de este artículo y parte de las del Sur después de apartar el de su consumo propio. Al departamento norte de Haití también provee el Cibao. Un ejército de capeadores, empañadores, rpiadores y prensadores está por muchos días ganando salarios correspondientes a su esmero y diligencia. Los cigarreros por otro lado emplean un sinnúmero de habitantes de los pueblos y ciudades, que en ello tienen cifrados el porvenir propio y el de su familia. Sus progresos lo demuestran sus productos; no se hacen ya los toscos túbanos de pega y de perilla, se hacen Londres, panetelas, regalías tan acabadas como las de La Habana; y los cigarrillos de Santo Domingo y Santiago han sustituido con gallardía a los de La Honradez y otras fábricas de renombre.

El taller de la industria del tabaco va adquiriendo perfeccionamientos que muestran a las claras lo que las clases trabajadoras progresan, los que las observan sienten aliento y confianza para



el porvenir, porque si bien es verdad que aún carecen de las fuerzas modernas que tantos prodigios obran, el mejor medio de adquirirlos es el que ellas emplean sin contar que la historia económica presenta pueblos que los suplen por otras combinaciones. Así el suizo y el chino igualan al inglés y americano sin vapor ni maquinaria. Debemos pues tener confianza en los que trabajan para salvar el país y esperar que los que lo dirigen mostrarán más cordura que hasta aquí en quitar los obstáculos que embarazan el progreso de este trabajo.

IV

Industrias de transportes

La pecuaria en el Cibao ha adquirido un grado de perfección bastante elevado. Los caballos de Las palomas, Lacey y Gurabo, tienen una reputación brillante y merecida. Las yeguas de muchos estancieros son numerosas, de la mejor casta del país, que a fuerza de cuidados incesantes e inteligentes, han hecho llegar a la altura de las mejores de las Antillas. El picador cibaño doma un caballo como cualquiera de los más entendidos en este ramo; y yo tuve un potro alazán de Las Palomas que Francisco Sánchez de Sambito acabó de educar, que podía apostarse en rienda, pueretas y docilidad hasta con las comparsas de hipódromos. Hoy tengo un melado de Lacey, también muy adiestrado.

Los cuidados que se ponen en la educación de caballos finos, son en todo conforme a las reglas académicas dadas por los profesores más eminentes de este ramo; sólo si, que como no tenemos coches ni otros vehículos de ruedas, nunca se educan caballos de tiro, y por tanto se descuidan los movimientos regulares de trote y galope dirigiéndose toda la paciencia e ingenio del picador a las irregularidades del pasitrote, andadura, y sobre todo al paso picado o traquín, que es el de moda por cómodo para



damas en paseo y jinetes en viaje, aunque éstas en largas jornadas no pueden mantenerlo por ser paso muy forzado para la bestia. También apareja el grave inconveniente de hacer padecer al caballo, muy temprano, de aguas en los menudillos y corvejones, enfermedades llamadas vejigas y esparavanes. La opinión sobre los pasos es tal, que no hay jinete criollo que se aventure a pasear las calles de nuestros pueblos o ciudades al trote y galope elegante, tan desairados parecen a los ojos del público. Exigencias de la moda, de que nadie puede eximirse, y que relega a todo trotón cual que sea su belleza y porte al servicio exclusivo de recuas.

La cría y educación de caballos de silla fue una especialidad tan premiada que estimuló a muchos a dedicarse a ella con sobradas esperanzas para el estable mejoramiento de la raza caballar cibaëña, pero siendo estos productos los que excitaron más la codicia de los capataces de las revoluciones, han sufrido, puede decirse, un saqueo en estos últimos tiempos, que ha desanimado mucho a los propietarios. Abandonadas las crías a la naturaleza, hoy sólo se recogen productos mediocres que casi en su totalidad se aplican a cargas.

Estos, por su número y el trabajo a que se destinan, exigen también cuidados incesantes, prolijos, enérgicos y previsivos. Todo el que viaja por los caminos de Santiago a Puerto Plata y de Moca a Santiago en estos tiempos, se admira de su movimiento. A cada diez minutos se topan o alcanzan arrias gordas, fuertes y lustrosas, ya de ida, ya de vuelta de viaje. El capital que representan es grande, y el cuidado que requieren para mantenerlas así, es constante y penoso. La comida de estas bestias es nutritiva y abundante para poder hacer viajes largos, que un buen recuero repite tres veces al mes sin relevos en los mismos caballos, para el efecto, les tiene en abundancia el labrador arriero, o malojo sazonado o potreros de yerba de guinea tierna, sin contar un pienso de maíz diario. Los aperos son guardados o colgados en caneyes o enramadas



especiales, revisados con esmero, lavadas las cuerdas sucias, renovadas a cada viaje sobre todo la albarda, y lo más correcto posible el aparejo, para no lastimar ni el espinazo ni las costillas de la bestia. Al arriero cibaño no le espanta, ni el peso de las cargas, ni su forma y volumen, su inventiva hace reducciones, envoltorios y arreglos increíbles para llenar su cometido con las solas fuerzas de que dispone. Tongadas de planchas de hierro galvanizado, de dos varas de largo, de hojas afiladas y puntas agudas, las transporta al través de lomas y precipicios; loza, cristalería, armarios, muebles de todas dimensiones, llegan intactos al lugar de su destino con tal que les sean entregados en buena condición. Sus cargas son para él cosas preciosas, que defiende con energía de choques, de caídas, del fuego, del agua y de todo riesgo, de tal modo que las responsabilidades legales anexas a esta profesión, están puestas en olvido por una tradición de incansable diligencia de todo el gremio, que por bien conocida nunca trae a los individuos efectividades ruinosas.

En muchas cosas peca aún el taller de esta industria, sobre todo en los abrevaderos, pues siendo las *estancias* una comarca de ríos escasos, los que lejos de ellos moran sólo los suplen por medio de lagunas o charcos excavados en terrenos muy penetrables, en que recoge las aguas llovedizas, contentándose de atenuar la sola pérdida de la evaporación, con arboledas circulares. Es de creer que esta laboriosa población caerá en cuenta de lo que conviene a sus intereses tener a la mano es agua de pie, de pozos comunes o tubulares, y esto sucederá de fijo cuando la paz se cimente en el país. La ausencia de petrales en los arreos de caballos de silla y de carga que suben tantas lomas, es otro detalle anómalo de la rutina.

La industria de transportes en el Cibao, las riquezas que la componen y los cambios que realiza en sus provincias y las del Este, cuando la cosecha de tabaco es regular, sólo podría deta-



llarlas una obra especial, sin embargo para mi intento debo siquiera señalar uno.

Aunque las yegudas del Cibao son numerosas, no pueden sus crías dar abasto a todos sus transportes, y el veguero arriero se ve obligado a hacer pedidos a otras provincias para completar y reemplazar las bestias, que un servicio tan activo abate o destruye. Estos pedidos son los que más alientan la industria de los ganaderos lejanos, que habitando tierras impropias para la agricultura, si no se le dan enmiendas o siquiera labores previas viven aún de la industria fácil pastoril. La mitad de la provincia de La Vega y Santo Domingo, y toda la provincia del Seibo se aprovechan de sus sabanas cubiertas de gran variedad de yerbas pratenses, sabrosas, nutritivas, extensas, cortadas por matas frondosas, que guarecen a los ganados de los rigores del clima y cruzados por innumerables ríos y arroyos de aguas limpias y frescas. En un medio tan adecuado, los ganaderos gozan en toda su plenitud de la vida de los patriarcas con los arreglos actuales de sus tierras regidos por usos y costumbres, derechos y servidumbres comuneros, porque con el tabaco tienen salida cierta y segura en su misma casa para todos los productos de su industria, de la cual, si seguimos escribiendo, procuraremos dar los detalles.

Los servicios que la industria de trasportes para el país en general presta el trabajo cibaño, pueden determinarse poco más o menos en esta forma:

Comercio exterior. Peso transportado a orillas del mar: tabaco qq. 100, 000; café qq. 5,000; cacao qq. 2,000; cueros qq. 5,000; horquetas qq. 30,000; cera qq. 8,000 y/o 150,000. Otro tanto de importación 150,000 y/o 300,000.

Comercio interior: viajeros, andullos, frutos menores o subsistencias, manufacturas del país, servicios públicos y dos terceras partes por lo menos del peso anterior, equivalencia a 200,000 y/o 300,000 hasta 500,000 qq.



Este peso recorre por término medio una jornada de sol a sol, y representa una renta por lo menos de \$400,000.

En resumen, el tabaco hoy día para el Cibao directamente y para la República indirectamente, es el cultivo que debe favorecerse más en vista de su contacto beneficioso con todas las industrias criollas. Sus efectos y tendencias son: activar la división del trabajo por medio de una demanda permanente de variados servicios ofrecidos por las clases laboriosas. Aquí pide obreros, allá serones, acullá caballos, en todas partes subsistencias para alimentar el numeroso personal que tiene a la obra. Su misión es dar salida a todos los productos de una sociedad infante y con esto todas las facilidades de la vida a los que la componen. El no necesita de franquicia y protecciones autoritarias; libre ha vivido y prosperado y libre prosperará bajo la dirección de los pequeños propietarios, surgido de las leyes francesas en vigor que hace tanto tiempo viene parcelando las herencias y las tierras del Cibao. Empero, es de necesidad manifestar, que ya que presta tantos y tan señalados servicios, debe de algún modo ser recompensado aun cuando no sea más que con la mira de que los preste cada día mayores. Y puesto que la iniciativa individual va mejorando al producto, va realizando una división de trabajo más disciplinado, más correcta, más fecunda; el gobierno, por su parte, que es quien retira la más pingüe renta de este trabajo, no puede, no debe quedarse como hasta aquí, hecho un holgazán, gastando esta renta e imaginando medios empíricos o reprobados como los privilegios que siempre quitan algo a otras industrias para regalarse desatinadamente; o franquicias parciales que desquician el equilibrio del trabajo, pero bien por medios racionales reconocidos en el tiempo y en el espacio como los más eficaces, más radicalmente útiles a la producción de las riquezas y entre los cuales el primero de todos es: buenos caminos.



V Caminos

Caminos nuevos no ha podido abrirlos aún la iniciativa industrial dominicana. Son obras superiores a su espíritu de asociación actual y la índole de los existentes no acepta su acción sólo a título gratuito y oneroso, lo que cierra toda brecha a su esfuerzo en su arreglo y mejora. Los caminos, además, son propiedades del Estado, y toda propiedad pública, de uso diario, debe mantenerse en buena condición, aun cuando nada más sea que para evitar a los usuarios accidentes funestos. Nuestros caminos en buena definición, no son caminos: los vecinales son veredas; los de sabanas, carriles del ganado; y los denominados reales, son pasajes innominados en los que ni Rey no Roque han puesto un dedo.

Todo dominicano viejo, que se ve obligado a hacer un viaje (pues si no es obligado no lo hace), pasa la víspera tan agitada noche como la que precede a un combate. Desde que se pone en camino empieza a preguntar a todos los que encuentra, ¿el Yuna da paso?, ¿cómo está El Corazal, El Piñal, El Egido, La Luisa? ¿Hay canoa en el Ozama, barca en La Isabela? Si le responden que todo está seco y los ríos están bajos, entonces respira a pulmones llenos, aprieta el paso, no sea cosa que si tarda, un chubasco todo lo desarregle. Si le dicen, los ríos están hondos, llueve mucho en las lomas, entonces inclina la cabeza, pone la bestia al paso y empieza a afligirse pues sabe los trabajos peligrosos que lo aguardan.

En los caminos, también la iniciativa individual dominicana ha dejado honda huella de su perseverante trabajo, y que debo recordar como tributo de agradecimiento merecido por los que con tanto patriotismo le imprimieron. Mi inolvidable amigo Ulises Fco. Espailat, en El Egido de Puerto Plata, hizo una ancha calzada de muchos metros de largo que propuso al Gobierno del Sr. Báez como muestra de lo que podía



continuarse bajo su dirección, a condiciones aceptables. El presbítero Dionisio V. de Moya arregló para carros el camino de La Vega a Santiago, y sus carretas con cargas de a tonelada rodaron en él por varios años. Furcy Fondeur, intentó y puso por obra el arreglo para carros del camino de Santiago a El Limón; Federico Finke y Alfredo Deetjen por Montecristi; José María Silverio por Estero Balsa, José Manuel Glas por Samaná; tentaron dar salida a los productos excedentes y por último, el que llevó el esfuerzo hasta la fuerza máxima dominicana que fue Gregorio Riva. Este buen dominicano ensanchó un camino y abrió una navegación fluvial para toda una Provincia y un Distrito, y creó y fundó el pueblo del Almacén como depósito o estación de empalme de las dos vías. El ayuntamiento de Santo Domingo ha puesto barcas y puentes que le dan crecida renta; el de Moca y Puerto Plata, han hecho construir también algunos puentes. Sociedades de fomento e individuos de buena voluntad se han ocupado incesantemente en buscar un mejor camino entre Santiago y Puerto Plata, con más o menos probabilidades de buen éxito. Todo esto demuestra a las claras la preocupación permanente de las clases laboriosas del Cibao, en tener un buen camino por donde puedan transportar al mar los sobrantes de su activo trabajo, que hoy se pierden por la alta tasa del interés de la industria actual de transportes. Impotente, pero siempre ansioso, llama en su ayuda al gobierno, y éste, gustoso, aunque desacertadamente, se la presta en las dos formas siguientes:

Primera.- Circular del ministro de lo interior a los gobernadores para que hagan arreglar todos los caminos de sus respectivas jurisdicciones; transcripción de dicha circular por los gobernadores a los jefes comunales, y orden de éstos a los alcaldes pedáneos, para que con la gente de sus secciones arreglen las porciones que les corresponden en las rutas públicas. La gente de las



secciones acude a retazos a estos vagos requerimientos más bien agujijoneados por componer un pasaje que les interceptó en esos días el camino de sus casas, que por conveniencia pública. Con todo, después de arreglar mal o bien dicho pasaje, los pocos presentes con sus sables podan algunos arbustos y rastrojos; si uno de ellos para encender su pipa trajo un tizón, lo pone al lado de uno de los muchos árboles que el viento ha derribado al través del camino, con lo cual si el árbol está seco queda reducido a cenizas en tiempo sereno. Si el árbol está aún verde, queda obstruyendo hasta operación idéntica en que por lo tardía estará bien seco.

Segunda.- Mientras esto acontece en los campos, la clase trabajadora que conoce a fondo la deficiencia del remedio anterior, no cesa de pedir mejores caminos, y entonces, en las ciudades la clase directora se hace cargo del asunto y pide a gritos un ferrocarril a los extranjeros. No cuenta los negativos centros de negocios que hoy el país posee para la actividad devorante de un camino de hierro ni los gastos de una nivelación en la llamada Haití o Tierra Alta ni los de puentes, vigas, raíles, y personas competentes; el extranjero lo sabrá, él, que lo sabe todo, debe saberlo. Caminos mejores no son negocios nuestros, pertenecen en absoluto al extranjero, y el dominicano sólo debe estar listo en servirle de peón en los trabajos más recios. El extranjero dará el dinero, la ciencia, los productos, el reposo público que estas obras necesitan; todo lo dará con tal que el gobierno se tome la molestia de avisarle. Aún no se han perdido en los aires los ecos del clamoreo cuando se presenta un empresario inglés, francés, norteamericano, y se compromete a hacer el ferrocarril si le conceden éstos y lo otro. El gobierno medio aturdido por los pasados gritos concede cuanto le piden y el empresario pasa a Londres, París o Nueva York a lanzar el negocio, y vienen noticias, que se formó un comité, que el comité



tiene estatutos, que sobran millones, que el negocio fracasó, que llegó un rail, que no es rail, que es tornillo y en...

*Tantas idas y venidas
Tantas vueltas y revueltas...*

Hasta ahora el gobierno y directores han hecho el frívolo trabajo de la ardilla, y las clases trabajadoras dóciles a la espuela de sus necesidades logran sólo satisfacer una parte, dándose fieras cabezadas en los innominados caminos existentes.

¿Y por qué?

No me atrevería a responder hoy porque en mi concepto la respuesta contiene la clave de todas nuestras miserias e inestabilidades pasadas, presentes y de las futuras; la poca fijeza o falta de un plan bien concebido para realizar la forma que una vez adoptamos: ella contiene las causas porque a veces la clase directora falta tan completamente a su severo mandato en el *self government*, y porque esta incapacidad consuetudinaria obliga a las inferiores a sustituirla en horas dadas, tan solemnes como lo son las que suenan para la redención de los pueblos ya vendidos o por venderse. Ella debe decir el por qué estas mismas capas inferiores tan hábiles en sus funciones pasivas pasadas, y en las activas de redención, así que mandan o dirigen, se invalidan como aquellas a quienes han sustituido y cometen los mismos errores y los mismos crímenes. Cosas al parecer tan extrañas salen de un mismo plan, están eslabonadas con la historia general de América en su sucesivo aspecto de colonias y naciones, y por tanto, se necesita leer y releer todo lo que de más selecto han escrito los grandes pensadores que la han estudiado. Y luego de asimilar y cotejar los grandes rasgos de esta historia americana, estudiar las especiales de la República Dominicana y de Haití, ya como colonias, ya como naciones, cuando unidas; cuando separadas, y re-



ducir todos estos materiales a fórmulas claras y precisas que necesariamente el asunto suministrará, pues no es posible que efectos constantes y permanentes en sociología dejen de tener como en las ciencias físicas causas constantes y permanentes que puedan formularse en leyes, siempre que sean bien averiguadas.

Más ¿podré yo acaso sin maestros, sin consejeros o siquiera rectificadores, mis probables erradas apreciaciones, habiendo leído tan poco, y eso cuando tenía libros; viviendo tan apartado y careciendo en fin de todos los elementos de buen suceso; emprender semejante digresión bajo tan negativos auspicios? Poca cordura sería por cierto de mi parte, pero con todo, si más salud y solaz tuviera, si las necesidades ordinarias de la vida a fuerza de buen dominicano no me apretasen cotidianamente, haría un esfuerzo, lo intentaría con el solo objeto de atraer hacia la averiguación de tales causas la atención de los claros ingenios y grandes pensadores que mi país posee, los cuales de seguro demostrarán por completo las verdades que mi incompetencia sólo podrá enunciar. Entonces quizás, esta invalidez histórica, borrón perpetuo en nuestros fastos, podría rectificarse de una manera racional y por tanto duradera.

VI

Más siguiendo el grave asunto de que se ocupan estos artículos y de que la digresión pasada lo desviaron no queriendo inter-narlas en suposiciones especulativas que nos harán caer en graves errores; pero bien, tratando de imitar a las clases trabajadoras que prácticamente por su solo esfuerzo sostienen a la Nación, modificando provechosamente su trabajo hoy y educando en él a las generaciones que deben sucederle, las habilitan para sostener-la mañana: tratemos a los caminos en el sentido también práctico y asequible a las fuerzas actuales de nuestra sociedad procediendo a



denominarlos y a clasificarlos por su propia naturaleza en las tres divisiones siguientes:

1ª. Caminos probables.- Estos serán de hierro, pues son de la época, y regularmente en países como el dominicano, montañosos, cuestan el doble de lo que en país llano, consideración que implica un capital que ni remotamente presumimos tener. No teniendo el capital, debe venir del extranjero, y siendo extranjero sólo podrá moverlo a venir una buena y segura prima que el país pagará actualmente por un bien combinado arbitraje de alta banca exteriormente bien aterciopelado para que su gravedad específica sea menos sensible a las aduanas. El resto, necesitando seguridades efectivas para capital e intereses simples y compuestos con el factor importante de nuestras discordias, no podrá inscribirse sólo sobre nuestro fundo autonómico, única prenda de bastante valor que podría disminuir las progresiones de dicho factor.

2ª. Caminos posibles.- Todos los hombres de luces han visto y sentido la necesidad de completar la fácil salida de los productos exportables del trabajo cibaño con caminos menos imperfectos que los actuales y conociendo que no era posible hacer carreteras ni canales calcularon que podían acercarse un tanto a estos ideales relativos conduciendo a rectas las líneas curvas o parabólicas de nuestros caminos presentes, aunque conservasen en esta reducción iguales tracciones, rozamientos y resistencias. En efecto, ocho lenguas, distancia geográfica de Santiago a Puerto Plata, son casi la tercera parte de veinte y dos y tres cuartos, según mensura exacta y prolija de mi difunto amigo Ulises Fco. Espailat tiene el camino que actualmente y hace tres siglos pone en comunicación a las dos ciudades; y un camino que se acerque todo lo posible a la primera cifra doblaría de repente la potencia



productiva del Cibao. Tentativas sin número y todas sin éxito se han hecho en ese sentido, ya por individuos aislados, ya por sociedades creadas por el patriotismo. La Sociedad de Fomento en el año 1846, entre otros trabajos útiles, hizo abrir una senda recta de Santiago a Puerto Plata, y comisionó a uno de sus miembros, mi buen maestro general Achille Michel para hacer los reconocimientos técnicos. Este gran ingeniero pasó más de un mes en la trocha, levantó un plano minucioso y exacto del camino; de sus obstáculos, desniveles, distancia, etc. La Sociedad a su vista pidió al Congreso la creación de un impuesto de peaje como fondo de gastos. El Congreso otorgó y decretó el impuesto, el peaje se cobró con exactitud por muchos años y su monto nunca se aplicó a camino alguno. El proyecto, como todos los nuestros cuando son buenos, fue remitido a las calendas griegas, pero es de creer que el monto del peaje no tuvo tan mala suerte.

Mi amigo el señor Benigno F. de Rojas, el primer economista del país en su tiempo, y el general Domingo Mallol, gobernador de Santiago, tomaron por su cuenta, más tarde, la misma empresa. Hicieron abrir otra trocha paralela a la del 46 y se internaron por ella. Pasaron infinitos trabajos, y cuando al cabo de cuatro días arribaron a Puerto Plata, donde a la sazón yo estaba, me aseguraron que era del todo imposible abrir camino de recuas por donde ellos acababan de pasar.

Poco después del 6 de octubre de 1879, volvió a agitarse la cuestión caminos para el Cibao entre muchos hombres connotados de Puerto Plata y Santiago. El señor Manuel de Jesús de Peña, con sus bien conocidas galas de publicista, presentó un razonado informe al Ayuntamiento de Puerto Plata sobre su tránsito en otra trocha por los mismos lugares. Siguió al informe una excitación al valioso contingente del general Gregorio Luperón, quien, como siempre, para todo lo que es la verdadera grandeza dominicana, liberal, graciosa y oportunamente, lo



otorgó. Luego se hizo un poco de ruido, se chapuceó en el mismo lugar por algunos días y luego, el ruido se fue apagando hasta sus últimas vibraciones.

Todas estas tentativas hechas en momentos oportunos, traducen y expresan una ingente necesidad económica de las clases laboriosas cibaefías que es preciso alentar para que se repitan hasta que tengan solución práctica, pero... temo decirlo... hasta ahora sólo han servido de sucedáneas a la máquina de guerra, sus congéneres los ferrocarriles para conquistar popularidad a los gobiernos y adormecer al pueblo sobre la composición y de mejora de:

3ª. Caminos verdaderos.- Estos son los existentes, y el Estado, su dueño, está en el imprescindible deber de mejorarlos o conservarlos como es deber de todo propietario del único y pobre bohío que posee y habita, meterle puntales y cogerle goteras so pena de dormir al raso con la mala nota de vago y mal entretenido. Y no se crea que el símil por humillante y ramplón que parezca deje de ser completamente exacto, pues además de ser el único haber principal poseído de uno y otro caso, haya que agregarle accesorios que le dan robustez sobrada. El propietario, por la misma naturaleza de su pobreza, debe tener su cocina, su conuco o dependencias, en un arreglo armónico con el solo albergue que posee. El Estado debe tener sus potreros para bestias, sus posadas y mesones para viajeros en el trayecto del solo camino que heredó también numerososs fundos en plena explotación y hasta centros de negocios que a pesar de un camino nuevo siempre necesitarán del actual para la salida de sus productos y entrada de sus consumos.

Probado pues, que el Estado no puede eximirse de la obligación que su título de propietario le impone sobre el arreglo y mejoramiento de los caminos existentes, sin dejar de cooperar a los que la especulación o el patriotismo nuevamente abran, veamos ahora



cómo pondrá en acción los medios de que puede disponer, y cuál será, a lo menos a mi parecer, el primer paso que se debe dar.

El primer paso corresponde al Congreso darlo, pues el Ejecutivo, por las facultades de su institución, sólo podrá proponer a grandes rasgos un conjunto de obras públicas para obtener los medios de realizarlas. El Congreso, pues, dirá sin hacer caso o ratificando las generalidades de las leyes en vigor, sobre todo la de policía urbana y rural, cuáles son los caminos nacionales; cómo deben denominarse, si reales, provinciales y vecinales; y a cargo de quién están los primeros, los segundos, los terceros. Si vota una suma para éstos o aquellos, cómo o por quiénes se distribuirá y en qué forma. Si ordena prestaciones personales, hacerlas menos feudales, menos odiosas que hasta aquí, en que únicamente una clase, la del campo, es la que las presta, como si para la obra de utilidad pública reconocida como inconcusa, hayamos querido conculcar públicamente el elevado principio que hace equitativas y soportables las contribuciones, es decir, la igualdad.

Hecha la ley, al Ejecutivo tocará cumplirla, y debe recomendársele proceda con diligencia y tacto sobre todo en el personal directivo de cada provincia o distrito que aunque bajo dirección de la autoridad se componga de hombres prácticos endurecidos al sol y a la fatiga.

Sin contraerse a vanas teorías, componer rudimentariamente caminos menos que rudimentarios, desechar los malos pasos si el trabajo de arreglar éstos es exagerado, rodearlos y evitarlos, dar anchura a lo muy cerrado para que el sol y el viento sequen y endurezcan lo que la lluvia moja y la sombra resblandece. Hacer menos peligrosos los puentes y que, aunque rústicos, den cabida a dos de frente y con defensas laterales que sirvan de pasamanos; hacer más suave las cuestas con eses o zigzags, y cuando en los atascaderos no aprovechen los remedios vulgares de fajinas y rodeos, acudir a calzadas del barato macadam, de casquijo y tie-



rra sin rulo, ni pisonos que la uña de la bestia y la planta del peón harán su oficio. En lugar de drenajes subterráneos, zanjas al ras inclinadas hacia lo más bajo.

A pesar de tales simplificaciones habrá que gastar dinero y organizar una administración, un servicio especial, pero esto no debe arredrar al gobierno. Sus apuros son conocidos, sus embarazos todos los vemos, de sus deudas, todos llevamos buena y detallada cuenta y sabemos que lejos está el día en que pueda liquidarlas aun cuando arranque de los flancos de la Patria el colgajo de presupuestívoros que desde remotos tiempos se agarran con uñas y dientes a sus flácidas mamas, porque nuestra codicia o tímida posición de nación republicana, mulata, blanca y negra, sentada en medio del golfo de México, da ocasión y presenta facilidades sin número a todas las agresiones imaginadas por los que sirven intereses opuestos a nuestra paz y a nuestra dicha. Todo esto y mucho más aún sabe la clase laboriosa, pero, también sabe que en treinta y seis años ha pagado al Estado en contribuciones honestas y confesables más de treinta millones de pesos sin recibir un solo céntimo en el concepto de lo que más necesita, es decir: caminos. También sabe que esta enorme contribución honesta y confesable no la tiene enteramente inhabilitada para pagar presente o sucesivamente otra igual o mayor, porque sus consumos individuales o sociales siendo continuos, para satisfacerlos gallarda y juiciosamente, trabaja de continuo; más ya que esto sabe y hace también, se promete que el gobierno más ilustrado que ella, debe saber que el gran consumo de los caminos es el tiempo, y que todo el que pierda en mejorarlos se lo hace perder al trabajo de la nación.

Consideraciones tan importantes como la producción de riquezas, debiera ser estímulo bastante para desviar a los altos poderes nacionales de la cansada y estéril posición en que se colocan desde nuestra independencia. El Congreso, sobre todo, es el que ha presentado el cuadro más lastimoso. Al abrir sus sesiones



legislativas lo hemos visto situado sistemáticamente en una de las dos posiciones siguientes: o en abierta oposición mórbida y loca contra el Ejecutivo; o en sumiso esclavo, servidor humilde de todas sus voluntades. Nunca, en ninguna de sus fracciones se ha percibido la nota del pueblo, de sus necesidades y aspiraciones, y aunque ha tenido hombres eminentes, individualidades brillantes de mucho saber y patriotismo, no han podido los tales organizar y disciplinar una mayoría o minoría que expresase y significase un pensamiento de gobierno práctico para los dominicanos o siquiera una oposición parlamentaria caracterizada y justificada. Sus sesiones las ha invertido en áridos trabajos desprovistos de interés para las clases trabajadoras o siquiera de la actualidad para la masa de la nación, la que por la misma razón, ha negado su apoyo a los que la dejan olvidadas. El Ejecutivo, que por su institución en el tiempo y en el espacio ha tenido las mismas tendencias, sobre todo, como cuando en nuestro país se ve abrumado por responsabilidades inmensas; de continuo avasalla a las cámaras menos indóciles o disuelve las reacias; y la nación recogiendo como resultado necesario de estos conflictos la dictadura perpetua y la interinidad, no ve cercano el día en que los que la mandan, más concertados, tengan solaz bastante para pensar en darle mejores caminos.

Es de creer que estas posiciones respectivas y estos resultados diarios tendrán una duración indefinida, como que se eslabona con la vieja cadena sin fin que tiene aprisionadas a todas las naciones que fueron colonias españolas con esclavos, pero con todo, debo insistir en explanar algunas consideraciones para atraer siquiera una mirada del gobierno presente y de los futuros hacia el arreglo de nuestros caminos.

Entre estas consideraciones, la primera debe contratarse a la suma de facilidades que el poder central tiene a su disposición para ejercer las atribuciones de su oficio en un caso dado.



La capital de la República, asiento de los altos poderes del Estado, agrupación por fuerza dirigente, cerebro de todo el cuerpo de la nación, está separada al ras de todo el tronco por la ausencia de una red de caminos que la ponga en contacto inmediato con todos los segmentos territoriales de la República. Todo encarecimiento es poco para pintar lo agreste, lo salvaje de la desierta y mal acabada trocha que hace comunicar a la capital con Santiago. Cincuenta o sesenta leguas del más rudo tránsito posible no tienen una sola posada, una miserable venta, donde, como en la de Don Quijote, pueda uno encontrar un duro, apocado y fementido lecho de dos mal lisas tablas y una escasa cena de bacalao servida por una “Maritornes”. Cuatro poderosos ríos de crecientes perpetuas sólo tienen para vadearse canoas casuales, rotas y ya idas a pique, de particulares egoístas y todas estas barreras entre los dos más fuertes grupos de la República, son causa de que el respeto y consideración al Gobierno sea más bien nominal o sentimental, que el efecto natural de la trabazón de intereses comunes, o del legítimo temor que inspira la irrupción repentina de las fuerzas de la capital para sostener la situación del día. Cada uno de estos segmentos obra por cuenta propia indefinidamente en momentos dados por la naturaleza misma de las cosas, y si la situación no es como la actual, excelentemente fuerte por la consumada prudencia y tacto de los que fundaron y la energía de los que hoy la continúan, resultan perturbaciones violentas que sólo en la superficie se pacifican, pues presuponen dominaciones alternativas del Cibao o del Ozama. Estas treguas, pues otro nombre no deben dárseles, mantienen un descontento latente en la parte sometida moral y materialmente, que es el primer elemento que a su devoción encuentran los ambiciosos y perturbadores. Falto el Ejecutivo de celeridad en sus medios de ejecución, por la lentitud inseparable a la movilización de milicias irregulares, se ve aun más embarazado en los transportes de



municiones y bastimentos. En situación tan desventajosa, ocurre a los mismos medios violentos de las revoluciones que se le enfrentan, y quebrantando las formas ordinarias de su legalidad pierde todo prestigio. Desde ese momento su derrota es segura. A la rapidez y a los lemas halagadores de toda revolución, sólo puede oponer movimientos perezosos, embarazados y esperanzas fallidas o muertas. Entonces cae y a los silvos de la revolución triunfante, se agregan las imprecaciones de los moradores del trayecto de su ejército, que despavoridos huyen, unos a las sierras, otros a las comarcas de agricultura, quedando sólo los que arruinados por uno y otro bando no pueden moverse y que permanecen como los trofeos de nuestros desatinos.

Pero para el ejercicio regular de la paz es aun más importante el arreglo de este camino, como puedo demostrar con un solo ejemplo sacado de entre mil que al caso ocurren. La Corte de Justicia, tribunal supremo de apelación y casación, de seguro no registra en sus anales de treinta y seis años, ocho causas del Cibao por crímenes contra las personas, porque a pesar de la imparcialidad, exacto cumplimiento de sus deberes y patriotismo proverbial de este Alto Cuerpo, honor y gloria de la República, no ha podido exigir con todo rigor a un testigo de Guayubín o Sabaneta, el esfuerzo sobrehumano de hacer a su costa las ciento y pico de leguas por la malhadada trocha, a declarar en plenario lo que sepa sobre tales o cuales robos u homicidios.

A fuerza de combinaciones más o menos felices del gobierno, unas veces parodiando a los romanos con sus procónsules en las remotas provincias conquistadas, o a los reyes de oriente con sus Bajalatos cuando la extensión desmedida de los mahometanos, se crearon delegaciones del Ejecutivo que han producido resultados idénticos a los de sus originales: otra veces, como acaba de suceder en Barahona, las clases laboriosas embarazadas en su trabajo y fuera casi de la esfera de acción de la autoridad supe-



rior han pedido otra división administrativa, que se le acercase más y le proporcionara mercados más legítimos; y el gobierno ha tenido que abrir puertos al comercio extranjero y crear una administración costosa. Estos remedios momentáneos no pueden curar el mal, al contrario, debilitan cada día el poder central, ponen más lejos a la capital de sus provincias, la dejan más aislada, más débil y hasta impotente para ejercer su mandato. Ella en su esfera dirigente, como las clases laboriosas en su esfera productiva, necesita buenos caminos, vínculos positivos de unión, fraternidad y concordia, y no remedios paliativos que cada día dejan más que desear. Si alguno lo dudare, ponga la vista en las fronteras terrestres, mida las distancias de Jarabacoa a Dajabón, y de Santo Domingo a Jarabacoa y diga cuál de los dos tráficos, con iguales pedidos de productos semejantes, es mayor, y si aquel que lo es, con igualdad de precio y a pesar de derechos de aduana no lo debe sólo al mejor camino que recorre. No menciono los embarazos que la creciente actividad de este tráfico ha introducido o introducirá en el neto movimiento de la República porque no corresponde a la materia de que se ocupan estos artículos examinarlos.

GANADERÍA

Dos palabras sobre la propiedad

La historia de la propiedad dominicana principia con el descubrimiento. El gobierno metropolitano separándose de los fines ordinarios y nacionales de toda conquista, que es la conservación de lo conquistado, dio a los españoles con el nombre de encomiendas y repartimientos la tierra y la población quisqueyana. Los siglos no registran crimen más cruento que el cometido sobre esta desdichada Nación con semejantes medidas. Bastará decir que fue tan completa y horrorosamente exterminada que el



nuevo crimen que el amor a medias por el hombre, del padre Las Casas, sugirió a Carlos V para reemplazarla con africanos. Ni en un décimo llenó sus fines.

Las constantes importaciones de hombres negros cubrieron muy pocos huecos de la población india y la blanca bajo el influjo de la codicia, convirtió a la isla en mera estación de tránsito para las regiones metalíferas. Puede pues, asegurarse que la corriente humana que el Descubrimiento estableció de Europa a las Indias Occidentales en los siglos XVI y XVII, sólo dejó en la Española a los rezagados que siempre los componen los hábiles y perezosos, quienes por tanto nada útil y digno de mención fundaron en ella.

La nación española enfrentada con una situación por demás desastrosa cuando ya había perdido sus sabios políticos y sus grandes reyes, no pudo encontrar remedio más adecuado para contener la despoblación de la Isla que el que aconsejaba la época feudal y religiosa en que el fenómeno acontecía. Los Reyes con el principal objeto de poblarla, por cédulas o amparos reales concedieron a tales o cuales europeos que se fijaban en esta Antilla, el dominio y señorío sobre muchas leguas cuadradas de las tierras vacantes. El resto estaba ya amortizado o se amortizaba perfectamente en vinculaciones seculares y eclesiásticas.

Tanto éstas como aquellas formaron el derecho de propiedad territorial dominicana, lo que explica perfectamente su atraso y miseria, pues estando la tierra en manos muertas quedó imposibilitada para aceptar los beneficios del trabajo humano que sólo obra eficazmente en la propiedad entrada en el comercio.

Propiedades vinculadas o amparadas fueron compuestas de predios inmensos, que desde entonces hasta hoy se conocen con el nombre de *sitios*. Si el terreno de estos *sitios* fue de matas, praderas o sabanas, se denominaron hatos, si fue de montes o serranías, se denominaron *rancha*. Las sabanas cubiertas de pajones,



yerba de guinea, de ovejas, de maicoté y otras gramíneas pratenses, se poblaron de ganado caballar y vacuno, los montes y serranías, vírgenes aún, con sus árboles cuajados de frutas propias para alimentar el ganado de cerda fueron inundadas por éste. Los *hatos* libres, con sus semovientes, fueron entregados por los amos a hombres en contrato de aparcería; y los *ranchos* confiados a esclavos a un censo o canon determinado por el amo, que a veces fue enfiteútico cuando el esclavo se manumitía, o perpetuo cuando permanecía en la esclavitud. Los dueños o señores llevaban en las despobladas y yermas ciudades dominicanas una vida supersticiosa, holgazana y embrutecida. Seguros de la salida permanente y ventajosa de todos sus ganados con el mercado vecino de la Colonia Francesa, dada por completo a la agricultura, sus rentas eran suficientes y aún sobradas para hombres a quienes las leyes quitaban todo estímulo e iniciativa, y que bloqueados constantemente por los enemigos de la España, ya por los monopolios de la metrópoli, no tenían ideas del esplendor de la civilización cristiana y de las necesidades múltiples que engendra en las sociedades que la poseen.

Los aparceros o mayores aún en peores condiciones componían el resto de los libres. Si los dueños escaseaban de comodidades, ellos aún más embrutecidos por las desigualdades de la ley, de la posición social y de la educación, se conformaban con un poco de tasajo frito, o sancocho agrio por toda la vida y por sólo haber mobiliario, un trabuco, una lanza, una espada, un potro enjaezado con un fuste medio retobado y una capa de paño basto. Este haber, salvo el caballo, era transmitido de generación en generación en la familia cuya vivienda, desnudez y apocamiento causaban lástima, tan ruinoso y exagerado eran. Negros bozales ya aclimatados o acabados de importar del África completaban la población de la parte española. Y éste es el cuadro compendiado de lo que la tradición dominicana viene celebrando hasta hoy



como el *buen tiempo viejo*, capaz él solo por cierto, si fuese bien descrito, de hacernos amar el desventurado presente que nos agobia, pero el cual también, pone de relieve las buenas prendas que adornan y son el fondo del carácter nacional español que es la sola causa atenuante que puede justificar en la historia el poco provecho que la causa de la civilización retiró durante tres siglos de su grande imperio colonial.

Con efecto, en medio de las desigualdades políticas y civiles más exageradas, de la horrenda institución de la esclavitud personal, de la más crasa superstición, de la más supina ignorancia en los principios de la economía política; pasada la furibunda época de la conquista y exterminio de la raza india, el español aportó suma benevolencia, gran caridad y mucha dulzura en las desigualdades sociales que tal sistema imponía. Sus relaciones de mayoral y dueño, de amo y esclavo, se sostuvieron en una igualdad relativa que no hicieron sentir los sufrimientos inauditos que en la colonia francesa la raza esclava padeció. La indolencia proverbial de los criollos y la benevolencia y caridad española, hicieron del esclavo un miembro de la familia, que si bien en las ciudades fue indigno de bailar con los blancos en las reuniones encoquetadas y de aliarse a ellos; en los campos, pueblos y aldeas fue admitido en el trato íntimo y general de la familia del amo enlazándose y entroncándose en ella. Esta tolerancia, por sus mismas progresiones, formó parte de las costumbres, niveló las condiciones, facilitó las mezclas de las razas e hizo imposible ese odio y ese desprecio intenso que la parte francesa en su gran revolución de a fines del siglo pasado mostró al mundo que estaba en el corazón de sus negros y de sus blancos con el odioso régimen de la esclavitud de los primeros. Esta es también la gran consideración política que hace posible la República Dominicana en frente de su vecina Haití en todos los tiempos y que le da una superioridad moral que la historia manifiesta. Eso es también, lo que da a



la República aptitud cosmopolita para aceptar cualquiera civilización que se le quiera infiltrar, pues sus afinidades son múltiples por razas y tradiciones. Esto también ha hecho y hará imposibles las guerras sociales o de razas en la República Dominicana. Pero también, esto ha impreso el sello de una pasividad absoluta en el carácter nacional que lo hace aceptar sin resistencia ni discusión las combinaciones bastardas de todos los políticos aventureros o de ocasión que fuera y dentro del país, en todos los tiempos lo han sumido en un abismo de dolores, suscitando aspiraciones o temores a sus componentes. Si los hombres de Estado dominicanos y si la prensa nacional meditase bien estas verdades que la historia confirma, verían clara y distintamente la causa primera y fundamental de todas las miserias del país desde 1802 hasta hoy. También por ella conocerían los altos destinos que le están reservados en el archipiélago antillano cual que sean las vicisitudes que recorra su vida política, si manteniéndonos en una situación expectante, aceptando todo lo bueno que sin violencia nuestras afinidades nos incorpore, no se inclina, más allá de un justo equilibrio, la tendencia y atracción de la que accidentalmente en tal o cual momento esté encarnada en el gobierno.

VII

Estado actual de los ranchos

Las incursiones frecuentes que en unos estudios puramente económicos hacemos en el campo de la historia y de la política, no deben parecer extraños al lector. La economía política es un ramo de la ciencia social y para explicar debidamente sus fenómenos en una sociedad dada hay que recorrer toda su vida, sus leyes, sus costumbres y sus hábitos. Estos casos son los que, viniendo obrando de generación en generación, dan a la de hoy la aptitud más o menos imperfecta para desempeñar las funciones



que le asignan sus transformaciones en el curso de los acontecimientos humanos. Estudiada en esta forma la cuestión económica de la República, pueden calcularse con bastante exactitud las fuerzas que tenemos en acción, las impulsiones recibidas, las resistencias opuestas y los resultados hasta hoy obtenidos. Así, teniendo conocimiento exacto de nuestra sociedad presente, nuestras investigaciones no pueden salirse del campo que conduce a los medios más convenientes para quitar los obstáculos que estorban su progreso.

La población dominicana, en las tristes condiciones que dejamos descritas en el capítulo anterior, no es de extrañar que a principios del siglo no alcanzase a las que hoy tienen reunidas las dos solas provincias de Santiago y La Vega.

Naturalmente, en tres mil leguas cuadradas de la tierra más feraz y bendita del mundo, esta escasa población tenía los codos francos para ejercer la industria ganadera en su primitiva simplicidad; pero así que las leyes civiles y políticas nivelaron las clases, el efecto económico de estas leyes se produjo en la población que aumentándose rápida y sostenidamente, empezó a hacer más difícil y menos lucrativa la profesión del ganadero.

No será oportuno entrar en todos los pormenores históricos de este aumento en la población dominicana y de los sucesos políticos que la hizo condenarse en ciertas localidades, pero cumple siempre a la índole de estos apuntes reseñar brevemente algunos, y sobre todo hacer constar que donde la condensación se operó espacialísimamente fue en los ranchos cercanos a las ciudades, villas y pueblos, donde perturbó los métodos anteriores del trabajo y la forma de la tenencia de la tierra.

Antes, como es sabido y la dijimos, no necesitaba el esclavo o mayoral de los ranchos sólo dos pocilgas: una para encerrar los cerdos, otra para vivienda, un conuco de dos a cuatro tareas para plátanos y demás recados del sancocho, dos mudas de coleta, un



machete, un cuchillo con su eslabón y tabaco para mascar o fumar, es decir, la vida cafre u hotentote. Hoy no es así, la civilización se le ha ido infiltrando poco a poco con el contacto inmediato de los agricultores que a esos sitios han emigrado con los viajes y largos estudios que las guerras les obligaba a hacer en las ciudades y comarcas agrícolas, y con la comunicación continua y directa en que estas mismas guerras lo han mantenido con hombres de luces.

Pero cuando esto vino a suceder, otras causas anteriores más radicales y más eficaces habían preparado suavemente la transformación. Primera: la libertad del esclavo y la igualdad política y civil de las antiguas castas y clases; segunda, la desamortización de los bienes vinculados. Ambas cosas sucedidas en el año 1822, y seguidas de una larga paz prepararon convenientemente el fenómeno social que estamos relatando. Las tierras, entrando en el comercio, bajo el dominio directo de aquellos que por una larga posesión, aún a título precario por equidad a la ley a su favor, la prescribieron y obtuvieron todos los beneficios que el grado de civilización de los nuevos propietarios podían darle. Agréguese a esto el aumento de la familia del antiguo esclavo, quien, si antes no la aumentaba por las causas reconocidas y expuestas como leyes por las que han estudiado los efectos reprimientes de la población, entonces, con las facilidades de la ley y del suelo, dio rienda suelta a su poderosa facultad de reproducción, y en un cuarto de siglo a pesar de su estado semisalvaje, dobló su número.

Más luego la independencia de la República trajo los desastres que la guerra apareja sobre todo en países desprovistos de plazas fuertes fronterizas. Ciento cincuenta o doscientas leguas de territorio fue preciso abandonar como desierto necesario interpuesto entre los enemigos para suplir las defensas del arte militar, y toda la población que la habitaba de grado o por fuerza tuvo que replegar al interior. Ninguna localidad había más apropiada, por lo barato de la tierra y simili-



tud de industria y de hábitos, que los ranchos para estos emigrados, y a ellos afluyeron la mayor parte.

En medio de estos sucesos, la familia del propietario de la tierra de los ranchos crecía y el padre asignaba a cada miembro que iba a abandonar la casa paterna fundos determinados en el sitio que le pertenecía, con iguales derechos a los suyos propios; tanto en los pastos y abrevaderos para el ganado, como para labranzas y demás obras inmobiliarias. Es lo que el derecho llama *servidumbre*. La familia, aumentándose aún más, se multiplicaron las divisiones de las tierras en las cuales ingresaron los emigrados por compra o por alianzas; quedando, empero, unipersonal el derecho de propiedad de todos en el sitio que es hoy comunero sin limitaciones de ningún género.

Desde entonces se viene haciendo difícil en los tales ranchos el derecho franco y exclusivo del propietario en la forma antigua y está haciendo los derechos recíprocos extremadamente precarios y sujetos a controversias continuas entre los tenedores de los fundos, pero al mismo tiempo ha producido un aumento de potencia industrial que por el lado de la equidad no es bueno favorecer, pero que es digno de estudio y de meditación para los buenos observadores.

Con efecto que la inestabilidad y confusión del derecho del propietario sea motivo para un aumento de potencia productiva en el pueblo dominicano; es cosa tan contraria a los principios más reconocidos de la ciencia económica, que por sí mismo demanda una explicación pronta y clara. Esa es la que en breves razones daremos para dejar de manifiesto los esfuerzos que hace la clase trabajadora para salvar los inconvenientes que sus directores no saben o no pueden estudiar y corregir, y como semejante en cordura y energía a la americana en California y territorios del Oeste, pero con más prudencia y menos barbarie, su iniciativa suple la acción de la autoridad.



La comunidad de los sitios ha permitido a los hombres emprendedores y laboriosos bastante pobres para no disponer de una sola cabeza de ganado para ocupar con labranzas propias una extensión cien veces mayor que un justo prorrateo les asignara, y este halago, muy tentador por cierto, hace ingresar cada día en los ranchos a todos los agricultores que se ven estrechados en las *estancias*, comarca de tierra medida, limitada, muy cara y ya labrada, y que en aquellas feraces tierras, baldías y baratas obran prodigios, bajo la creencia de que tienen derechos perfectos en la *casa*.

Por otro lado, como la República, a lo menos en sus provincias, nunca ha visto la marcha regular de los tribunales de primera instancia, pues sólo a intermitencias de dos o cuatro años se les instala para no funcionar. Los particulares, careciendo del poder público que dirime las constataciones petitorias, agotan por instinto la jurisdicción posesoria de los alcaldes en todos los casos de interdictos, y luego contractualmente bajo ciertas limitaciones arreglan lo petitorio. Esta combinación llena el objeto de la ley que es no dejar a la tierra vacante y sin dueño; beneficia al trabajo futuro, economiza el presente y da la medida de la suficiencia de las clases trabajadoras.

A pesar de su buen sentido, dichas clases no pueden eximirse del malestar que siente todo grupo de hombres en un territorio dado, al cual, el aumento de población o del arte hace variar los métodos de su industria. La de los ranchos ha sufrido ya modificaciones profundas que no le permiten continuar, so pena de morir de hambre con los antiguos métodos de dos pocilgas y cuatro tareas de plátanos.

Los montes derribados no dan ya frutos; las cercas, casas, plantaciones y habitantes, por doquier presentan enemigos y barreras al ganado trashumante que disminuye a ojos vista con el imperfecto cultivo *intensivo*, probando el adagio vulgar de: labranza mata la crianza, y viceversa.



El antiguo pastor o rancharo está hoy haciendo su aprendizaje en la agricultura; y este aprendizaje le es duro y penoso porque lo aprende mal de su grado contra las tradiciones y hábitos, y más que todo, porque la intervención de la autoridad no ha puesto la tierra en las condiciones necesarias para que se opere la transformación sin sacudimientos. Su tendencia arreglada para la ganadería, además de los pleitos e inestabilidad arriba dichos, tiene otros defectos que el labrador no puede superar a menos de poseer más instrucción o más caudal, así es que no hay cerca de malla ni palenque bastante fuerte y cerrado que detenga una res o un verraco *conuquero*, detrás de los cuales, pjaras y rebaños en una noche acaban con todo el pan de un año del labrador y su familia.

Estos y otros inconvenientes tan ímprobos superados por el del campo, puede el legislador corregir con sólo promover la división de la tierra de los ranchos. Nadie está obligado a permanecer en la indivisión, dice el artículo 815 del Código; civil; pero esta disposición tutelar no la puede comprender el rancharo y aún cuando la comprenda, la mensura, apeo y amonajamiento de las heredades de un sitio a diligencia de una sola parte, no está al alcance de su fortuna; y a la acción colectiva, resistirán siempre los que con dos o tres pesos han ocupado valor de doscientos. Sólo el Gobierno puede promover la división regular y equitativa de las tierras de los ranchos entre sus poseedores actuales con lo cual, la tierra mejor y más importante de la República adquirirá la estabilidad inherente a toda propiedad exclusiva, los individuos se evitarán pleitos ruinosos, y por último, las profesiones dividiéndose y organizándose en su verdadero espacio, tomarán la forma y asiento que les corresponde para alcanzar la mayor suma de provecho con el menor trabajo posible que es el ideal económico.



Pero esta acción de la autoridad no ha de ser festinada: ha de meditarse, discutirse y estudiarse previamente para luego ponerla en práctica con mucha circunspección y sagacidad. A los derechos de los propietarios nadie debe atentar, sólo como hoy en el Parlamento inglés a propósito de los arriendos de Irlanda, porque la salud pública y la equidad reclaman una medida extraordinaria. En el caso presente sólo militan causas de simple organización del trabajo, dirección más atinada de la industria, destrucción de obstáculos superables por vías regulares y por tanto debe escogerse un medio prudente, tal como el *indirecto* para no lastimar ni violentar los derechos, servidumbres y tradiciones de los poseedores de la tierra.

Desde el momento que se opere la división y mensura de los predios de los ranchos muy poblados, su nascente agricultura, libre ya de gravámenes onerosos, tomará más vuelo que hasta hoy y adquiriendo la forma agrícola definitiva de la comarca de fincas conocidas entre nosotros por las estancias, lograrían su reposo y estabilidad.

Entonces, la crianza podría especializarse bajo otras condiciones de más previsión y más lucro, y los criadores cambiando su vida actual en parte nómada entrarán de lleno en la vida de familia que dan las ocupaciones sedentarias de la agricultura y quizás sea esto uno de los medios más eficaces para disminuir las revoluciones.

Pero lo que de seguro engendrará es el efecto económico de la división del trabajo. Estos ranchos en general que hoy acumulan las ocupaciones, tendrán entonces predios especialmente agrícolas y predios especialmente ganaderos, con el método más extendido de las estancias y de todo cultivo intensivo que principia por aprisionar, y guarda al semoviente, y no a las siembras y conucos, lo que además de ser lo más racional, desarrolla un poder económico incalculable.



VIII

Estado actual de los ranchos

No quiero artículo de la ganadería sin hacer una mención honrosa del gremio ganadero. Rechazada de las protecciones concedidas a ciertas agriculturas y a otras industrias cubanas; despojado diariamente del fruto de su trabajo, ya por exceso de la autoridad o por el saqueo de los bandos que se disputan el poder, ya por carencia de la misma autoridad en la represión de los continuos robos de sus ganados. Sin brillo, sin protección, sin arte ni enseñanza, con sólo su energía personal suministra a toda la nación el sustento diario; abastece ciudades, aldeas, campos, ejércitos, talleres agrícolas. A los niños los ayuda a criar con la leche de sus vacas; los quesos los fabrica por millares, sus tocinos y cecinas ensanchan, agrandan el puchero de legumbres del pobre con el sabor y suculencia que le prestan. Por todas las fronteras de la República exporta los sobrantes de su previsión y ahorro, pagando derechos redoblados los más crecidos que tenemos sobre exportación. Por último, el gremio es quien cultiva la sola flor olorosa que prende a su descuidada cabellera la República, porque éste es quien tiene exclusivamente a su cargo la instrucción pública.

Todos los maestros de ciudades, aldeas, pueblos y cantones, con puntualidad y generosamente los paga el gremio ganadero con los derechos que los municipios a sus productos impone, después que para librar al consumidor de la ley común, le niega con tarifas autoritarias los beneficios de la concurrencia. Mas esto no es todo; su abnegación raya en lo grandioso, en lo sublime, en la aplicación del dinero del impuesto, pues no es el hijo del ganadero el que recibe la instrucción que el padre paga! ¡Loor, pues, a vosotros ganaderos, grupo esclarecido y verdaderamente cristiano de esta trabajada nación!



Nota

Los presentes apuntes en el primitivo plan que al escribirlos me propuse debían abarcar todas nuestras industrias; tanto las rurales de ganaderos, hateros, rancheros, vegueros, cereros, como las urbanas que van tomando en el país un vuelo desconocido hasta hoy. Los sombreros de paja, calzado, preparación y adobo de pieles; la talabartería o sillería formaban capítulos separados. La educación e instrucción de ambos sexos debida a la iniciativa individual concluirá mi obra, cuya extensión voy mirando se hace demasiado larga, y por tanto, cansada en un periódico pequeño destinado a noticias generales, y a actualidades de la política cuyas materias son las que preferentemente busca el lector y que es principal aliciente en su despacho y circulación.

Debo agregar también que a medida que avanzo en mi trabajo el desaliento va apoderándose de mi espíritu. Todo lo verdaderamente bueno que observo se ha hecho o está en camino de hacerse, fue o es debido a la iniciativa de los ciudadanos; nada se debía a los gobiernos (ni el presente, ni los pasados crean que me permito acusarlos o zaherirlos, pues no ignoro las dificultades con que lucharon o luchan), ellos sólo aparecen en el movimiento y desarrollo del trabajo del dominicano como barrera sistemática. En la historia patria, sólo se registran dos o tres disposiciones que protejan el trabajo del pueblo. Su fecha es reciente. Las leyes que se han estudiado, discutido, ampliado y aplicado fueron y son: las de impuestos, las draconianas de seguridad, las de concesiones a extranjeros y las constituciones de monopolios. Nuestro derecho público siempre es copia de lo de aquí y de lo de allí, por inestable y numeroso de su cantidad y aplicación nadie hace memoria ni podría darle cuenta. Creo, Dios me perdone, que una sola Constitución no se ha estudiado bastante para el pueblo dominicano puesto que entre



la docena o docenas que se han promulgado, ninguna ha podido contentarle. Nuestro derecho privado deja estupefacto al mundo entero: es exótico, tan exótico que en lengua exótica está mandado observar. Es además la vestidura completa de un desaforado gigante echado encima de un enano enclenque, es en fin... en sus pliegues y dobleces no encontramos los miembros de nuestros propios cuerpos. Basta.

¿Y a quién acusar? ¿A los gobiernos? ¿Cómo acusarlos cuando han sido tantos, de matices tan variados, y cuando por numerosa y repetidas toda la clase directora por completo ha sido gobierno? ¿Se acusará a esta clase? No habría equidad en ello, no puede agregarse tamaña injusticia, a la que con tan raras excepciones sólo ha recogido por su patriotismo, servicios y abnegación patíbulo, calabozos, ostracismo, exterminio.

Pero sí sería injusto y hasta cruel acusar a esta clase de ser la autora de los males que sufrimos, pueden hacérsele con respeto y con mensura las observaciones que al caso ocurren, por la gran responsabilidad que le aparejan sus funciones en los destinos del pueblo, cuando profesa y emite opiniones exageradas.

Ella, hasta hoy, ha tenido los ojos fijos en un ideal bello, grande, laudable, santo; pero al mismo tiempo fantástico e irrealizable, a lo menos por muchos años. Ve cerca y lejos a naciones más prósperas, más libres, más felices (hasta a las colonias las reputa tales; a tanto ha llegado nuestra miseria), y cree fácil y asequible de momento para la que dirige, igual libertad y prosperidad. En su arrebato patriótico mueve a ésta, la sacude, la maltrata y cuando logra galvanizarla para salvar la distancia que la separa de lo que supone felicidad perfecta, sólo alcanza arrastrarla de rebelión en rebelión y alejarla de su ideal. Me parece que la causa de estas decepciones frecuentes es la falta de estudios previos sobre la organización que sus fundadores dieron a esta sociedad, y las modificaciones que sus vicisitudes le han impreso.



Cuatro preguntas bastarán para explicar mi pensamiento:

- 1^a. La misma organización de la Española, desde la colonización hasta el año 1822, ¿fue o no absoluta, rotundamente despótica, corruptora, hasta el grado de hacer abstracción de la personalidad de la mayoría?
- 2^a. La misma organización despótica, menos la abstracción de la personalidad, ¿fue o no continuada bajo la dominación haitiana en la síntesis moderna, la dictadura militar?
- 3^a. ¿Pudo la primera República sostener la guerra contra Haití, sin condensar la misma dictadura?
- 4^a. ¿No desquició la Restauración todas las jerarquías tradicionales, las intermedias, e hizo ingresar en la dirección del país elementos nuevos que han suscitado la anarquía en la esfera superior de la sociedad?

Si como creo se me responde afirmativamente, resultará que la sociedad dominicana fue organizada para el despotismo que los acontecimientos posteriores han acabado de pulir dicha forma, y que tendremos mal que nos pese rebeliones y más rebeliones, dictaduras y más dictaduras; porque, además de ser el remedio universal a que han apelado pueblos y gobiernos en las horas supremas de su existencia, los nuestros no se prestan para otro. Debe agregarse que las clases que dirigen unas han perdido el prestigio para la forma republicana, y las otras no han podido aún adquirir las cualidades que afirmen definitivamente el que les pertenece, falta pues, unidad, homogeneidad en el impulso social, y por tanto, resultados provechosos.

Un solo paliativo se ofrece para que las dictaduras no ahoguen a los dictadores y la anarquía no destruya a la República. El nombre de este paliativo es: *transacción*. Pueblo y gobierno, clases y partidos, todos por amor a la patria deben reducir sus preten-



siones, sus poderes, hacerse concesiones recíprocas, bastantes, pacíficas, oportunas, para que aflojemos un tanto el peso de la cadena que nuestros mayores nos remacharon.

Estas transacciones y conclusiones son suficientes para ocupar el tiempo que gastamos en mirar embelesados al exterior. Fija entonces la atención en nosotros, podremos trazar la instrucción pública, hoy también anarquizada y que neumónica o no sólo dará resultados penetrando el espesor de las masas rurales. Transaremos el cosmopolitismo y exclusivismo exagerado, recibiendo al extranjero por lo que intrínsecamente valga, siempre lo recibimos con amor, como hermano; mas no como superior, como amo, y le daremos tanto sol como el que nos calienta; nunca más, nunca menos, venga pobre, venga rico, séase capitalista u obrero. Tal vez con él, si es instruido y cristiano, nos será fácil corregir las equivocaciones pasadas, las exageraciones presentes y encontrar el camino de la concordia y del progreso.

¿Pero será dable a las ardientes pasiones de los partidos, en esta tórrida y desierta tierra, aplacar sus rencores, olvidar sus padecimientos, refrenar sus impacencias a la vista de los deleznable triunfos de sus contrarios? ¿Permitirán esos sentimientos que la venganza o la codicia dé cabida a una espera que el prisma del momento hace presumir indefinida? En medio de tales pasiones, ¿podrá hacerse oír una voz amiga, desinteresada, dominicana? Mucho lo dudo, y por esto y por lo expuesto arriba suspendo un trabajo sobre el cual ya he dicho lo suficiente para esperar el fallo de la opinión.

Adición

En los *Apuntes sobre la clase trabajadora*, dejé suspensas muchas cuestiones que me proponía tratar.



La benevolencia de mis conciudadanos para mis artículos de periódicos cada vez que los he hecho publicar con mi firma, me animan a descontar de cuando en cuando de mi trabajo para el pan cotidiano, algunas horas que aplico en coordinar renglones más o menos regulares en que procuro vaciar ideas cuyos conocimiento me parece útil externar para rectificar algunos errores que se deslizan en el movimiento de la sociedad dominicana por mil causas diversas pero en las cuales la opinión por lo regular se fija en la superficie sin que hasta ahora ni los periódicos ni los libros nacionales, ni el Congreso en sus sesiones, ni el gobierno en sus resoluciones, haya tocado el fondo de las cosas. Obsérvese que hablo de *algunos* errores y no de todos porque *todos* sólo la omnisciencia podría averiguarlos y resolverlos; tan numerosos me parecen y tan numerosos oigo decir que son.

Ruego también no se crea que trato de política pura. Soy trabajador, obrero; y el trabajo es mi caballo de batalla, el trabajo en general, pero el dominicano, sobre todo en su variado aspecto de producción, consumo, apropiación, comercio, locomoción; y como la cosa tiene relaciones infinitas con causas remotas y al parecer distintas que lo alientan o desalientan, la misma materia me obliga a entrar en el dominio de la legislación, de la política, de las opiniones; referirme a la historia, abarcando, puede decirse, todas las partes que constituyen la sociedad, pues de otra manera no podría tratar cumplidamente el asunto de mis meditaciones.

El trabajo no es fecundo en individuos y sociedades si no es enérgico y sostenido, y para darle estas dos condiciones se necesita darle estabilidad a todo cuanto pueda caber en los límites de la vida de una sociedad. El conjunto de los medios en obra para dar y mantener esta estabilidad alcanza más allá de la vida del individuo, puesto que todo trabajo actual se realiza bajo el influjo de una esperanza que alcanza más allá de la vida del hombre, o cuando menos a su vejez.



Esta es una verdad trivial, una regla general que confirma las excepciones de pródigos y viciosos y holgazanes, que son la negación del trabajo propiamente dicho.

Los grandes genios que han fundado las sociedades han trabajado sobre todo en robustecer la ficción de la propiedad hasta convertirla en un hecho tangible, del cual hoy nadie duda, y sin lo cual no es posible dar al trabajo del hombre la estabilidad que necesita para ser útil a la sociedad.

Pero esta estabilidad, a luces racional, es muy compleja, y si ha sido ya fundada para sostenerla, hay que luchar incesantemente contra las invasiones y evoluciones de los individuos que ya abiertamente o a mansalva la trastornan y desquician, convirtiéndola en provecho individual o de un gremio, el cual cuando llega a ampararse y a posesionarse recurre a tantas argucias y expedientes que sólo una revolución puede hacerle soltar su presa.

Yo he visto esas invasiones y coaliciones y malicias, y también he visto las revoluciones que las han desbaratado; he asistido a los desastres pacíficos y a los desastres violentos, y aunque el estudio del corazón del hombre me lo explica en cierto modo, estas pasiones no pueden ponerse en juego si no tienen un medio donde obrar.

El fruto del trabajo de mis abuelos fue aniquilado por una revolución; de mis padres, igualmente, y el de mi juventud también. La fortuna de los primeros, fue debida al privilegio de castas y de sistema; la de los segundos y la mía, fue debida al trabajo paciente personal en concurrencia con el de todos los laboriosos; y los tres sufrimos aunque desiguales en cuantía la misma suerte en el mismo territorio y en distintas épocas...

Todo un pueblo no puede ser loco a la vez y cuando como tal aparece en la escena del mundo deben buscarse en esferas superiores las causas de su aparente locura y allí de seguro el filósofo, el pensador, encontrarán las causas verdaderas que justifican los



héchos por inconexos y extraños que aparezcan. En esta esfera quiero colocarme, y dejando aparte o desechando los resultados que vieron mis abuelos, los que yo presencié y presencio, pediré a la historia general y a la particular de mi país la explicación de estos resultados constantes, a lo cual si agrego lo que he podido estudiar sobre el corazón del hombre, de sus pasiones y necesidades, quizás acierte en mucho en descubrir las desgracias de mi patria y la adversa suerte de nosotros los dominicanos.

Y lo primero que he preguntado es un axioma filosófico: ¿Puede haber estabilidad en la parte si el todo no la tiene? Puede haber trabajo constante, enérgico, sostenido, esperanzado, si la propiedad, base de todo trabajo, es inestable y precaria, y podrá dársele a la propiedad dominicana la firmeza y estabilidad que requiere mientras la forma social escogida, es decir la República no la tenga. Hablo de la República autónoma, dominicana, del gobierno dominicano para los dominicanos y no de las formas variadas que hace 80 años ha tomado.

Para responder satisfactoriamente a esta cuestión, hay que remontarse algo en los tiempos pasados.

Cada colonia como parte integrante de la madre patria tiene todos los componentes de la metrópoli, y su historia deber ser la misma a menos, que como las que hoy son los Estados Unidos no la fundasen los oprimidos huyendo de la opresión, lo que les ha dado toda libertad de conservar todo lo bueno de sus progenitores rechazando lo malo. Pero cuando como a Santo Domingo la colonizan hombres en pos del oro y de otras pasiones de baja esfera y regidos durante siglos como la Madre Patria por el oscurantismo y la inquisición, y por el temor muy fundado de la independencia probable de tales colonias que ha convertido en sistema el abatimiento y abyección de todas las clases; no es posible tener a la mano los medios de consolidar un orden de cosas regular y estable.



Como regla general la América ha demostrado que quiere ser República, pero en muy pocos de los antiguos Virreinos y Capitanías generales coloniales españolas, los acontecimientos han demostrado que la República pudiese encontrar el apoyo necesario de la virtud política, único fundamento de la libertad e igualdad política. Desde el día en que sus grandes hombres como Bolívar, San Martín, Guerrero y otros de los animados con el hecho de la independencia de las colonias inglesas, y exaltados con las grandes verdades resucitadas por la revolución francesa, y aprovechándose de los embarazos que esa revolución creaba a los tronos y a la teocracia en Europa proclamaron la independencia de las antiguas colonias españolas, se ha venido demostrando que estas colonias estaban privadas de los elementos necesarios para fundar a la República de una manera digna de la humanidad. La América Latina en todo el curso del siglo no ha presentado otro espectáculo al mundo, sólo el de la anarquía y el desconcierto. De cuando en cuando luce en ella un corto período para uno de sus pueblos que animan a creer en sus doctrinas, pero bien pronto pasiones mezquinas, errores funestos, que en mucha parte deben atribuirse a las reliquias dejadas por su antigua organización, desvanecen las esperanzas concebidas y no dejan lugar a creer que sea posible suponerles que han encontrado el fondo de buen sentido que la historia antigua señala en los pueblos de Grecia y Roma, y que los modernos registran en la Suiza y Estados Unidos.

Pero ninguno de estos pueblos latinos ha estado más agitado que el de Santo Domingo en todo el siglo; ninguno ha sufrido más calamidades, ninguno tiene menos abierto el camino de su seguridad, y esta recrudescencia de males debe tener una explicación filosófica racional que puede encontrarse en causas remotas.

En mi concepto hay que atribuirlo a cuatro causas fundamentales:

1º- A la situación geográfica,



2º- a la República de Haití,

3º- a las reliquias dejadas por los españoles en todas sus colonias, y

4º- a la turbación de los espíritus con las teorías que en tropel nos viene de Europa.

Estas cuatro causas las averiguaremos sumariamente para saber si encierran en sí todos los elementos de discordias que hace ochenta años abruman a la población dominicana.

Situación geográfica

No vamos a hacer un curso de geografía que ni entra en nuestro plan ni importa en el estudio que hacemos. La situación de la República Dominicana es bien conocida, pero en lo que importa detenernos es en que está situada a la entrada del golfo de México; que la bahía de Samaná juega en el comercio del mundo un papel muy parecido al de Constantinopla, Gibraltar, de Malta y de todos los puntos que dan entrada o están en el itinerario forzoso de un gran tráfico. Por obscura que parezca, por poco definida que hasta ahora haya sido esta situación, lo cierto es que poderosos intereses de muchas naciones se han combatido en nuestro suelo y estos intereses subsisten todavía con modificaciones en los contendientes. Antes ingleses, franceses y españoles, obrando sobre una colonia (Rep. Dominicana) que como esclava ya se donaba o se recobraba según las vicisitudes de la contienda de sus amos, mas luego, las mismas naciones obrando en países independientes pero sometidos a ellas momentáneamente; y por último, hoy día las mismas naciones vigiladas por los Estados Unidos, celosas de su libertad, celosas de su comercio, émulas en poder, en intereses y en ambición, y más que todo del establecimiento de monarquías que pueden poner en peligro su libertad. Estos Estados Unidos que todos



admiramos y tienen, con razón, vicios internos que llaman mucho la atención de su gobierno.

La vida de los pueblos tiene los mismos achaques que la de las familias e individuos, que no puede ser de otra manera. Los Estados Federados tienen en sí el germen de la desmembración en lo mismo que los constituye, sobre todo si como esa Nación tienen tantos elementos para producirla, como se probó en la guerra de secesión y como es de presumir en los cambios sufridos en la manera de ser de los vencidos. Tienen que velar en los excesos de su ilimitada libertad, en la corrupción que invade a todos los países ricos, y por último tienen que estar de centinelas avanzados contra todos los conatos encubiertos o manifiestos de las potencias monárquicas europeas o no monárquicas, que ayudados de los elementos favorables dejados ayer a los colonos quieren aprovechar la debilidad de éstas para ensanchar su poder, su comercio o el gobierno sin alternabilidad.

Por su parte, las naciones europeas, sobre todo las poderosas que tienen gran comercio y gran marina, aunque también embrazos interiores, están organizados de tal modo y han dejado tradiciones y recuerdos tales en las jóvenes naciones americanas que pueden ejercer en ellas una acción moral con resultado sorprendente sin que para ellos hagan otro gasto ni otro alarde de fuerzas que el de la astucia y de los halagos. En Santo Domingo aún es más fácil la acción de los europeos.

Su población, aunque por los infinitos cruzamientos que la índole y genio de los blancos permitió hacer a la negra, ya casi puede decirse que es toda mulata, los hábitos y las costumbres, y la legislación que es toda europea no le...

La situación geográfica de Santo Domingo la pone en las peores condiciones posibles para estar en paz. Única Antilla libre, puede considerarse como base de operaciones de todas las aspiraciones y contiendas en el mar Caribe, en el golfo de México y hasta en



todo el Continente americano que baña el Atlántico desde el Ecuador hasta la Florida. Una estación naval americana teniendo la República Dominicana por suya con los presumibles adelantos debidos a la iniciativa yanqui, sería para éstos un *appoint* incalculable en las cuestiones de comercio y navegación en general, en el adelanto de la idea democrática en lo que resta del poder colonial europeo, en los productos de la zona tórrida. Estas consideraciones a la inversa son las mismas para los europeos.

Pero con respecto a éstos hay que considerarlos también en sus intereses privados. Los intereses de España aparte su sistema de gobierno que es casi el mismo, no es idéntico en las Antillas al de Inglaterra, ni los de ésta a los de Francia. Puede suceder, como los sucesos pasados lo manifiestan, que se mancomunen para cierto plan, pero bien pronto como en México, las desinencias se hacen más patentes; y los que fueron aliados se desunen y cada cual coge el camino que más conviene a sus intereses.

La Europa lleva notable ventaja a la América en ciertas cosas mientras que esta última también tiene una hermosa posición. La antigüedad de instituciones y formas sociales da a la Europa notable posición en la política. La recíproca alianza de sus naciones tiene más estabilidad que las americanas, puesto que se fundan en una unidad que las abraza a todas en su fondo y que no las liberta por completo de la solidaridad. Casi todos los gobiernos son monarquías absolutas o temperadas, y casi todas las masas son civilizadas en más o menos grado. La práctica de los negocios durante siglos suministra a sus cancillerías datos preciosos sobre todos los países.

Su comercio fue el único primitivamente y hoy es el más considerable en la estadística de los pueblos americanos. Su capital tiene hipotecada moralmente la industria de este hemisferio y si a esto se agrega que casi todas las naciones europeas influyentes en América son poderosos en marina, se vendrá a conocer que su influjo en los destinos de este hemisferio debe pesar más que ningún otro.



Mientras pues, no haya un cambio, cosa que en el curso actual de los acontecimientos no es posible presumir ni remotamente, la Europa tendrá en las repúblicas hispanoamericanas una influencia preponderante, y como allí se agita a cada instante la vieja lucha de los tronos y de los pueblos, el de estos dos principios que en una hora dada domina, pesa de una notable manera en las ideas corrientes en los países latinoamericanos.

Las naciones que en Santo Domingo sintetizan la influencia europea son la Francia, la España y la Inglaterra. La España y la Francia inmediata y próximamente, y la Inglaterra en el segundo plano, sin que por esto esta última sea la que en definitiva haya hecho triunfar más claramente sus intereses políticos y comerciales.

Es preciso penetrarse bien de que las naciones en su vida internacional no deben ni pueden desentenderse de los intereses, pretensiones y derechos de los demás y la República Dominicana independientemente de su debilidad está por su posición geográfica bajo la misma tutela que el imperio otomano mientras ocupe a Constantinopla; vecinos poderosos y de intereses contrarios la cercan y su política también, ya que una combinación europea ayudada del valor de sus hijos, la hizo tomar asiento en el banquete de los pueblos libres; debe tener en cuenta más que todo su posición geográfica, pues ella más que ninguna otra es la barrera que nos cierra el camino de la paz. Ella más que ninguna otra es la causa de los cambios sufridos en nuestra nacionalidad durante el siglo y ella por fin será si no nos ilustramos sobre su importancia, la causa de nuestra caída en poder de otros.

Podemos, sin salirnos del título de este capítulo, emprender una demostración de la verdad que acabamos de denunciar. Véase el mapa de la América, y véase o a quiénes pertenecen las Antillas. Cuba y Puerto Rico son de España; Martinica, de Francia; Santa Cruz y Saint Thomas, de Dinamarca; Curazao, de Holanda. El resto de las Antillas pertenece a Inglaterra, es decir a la dueña del



comercio del mundo. Después de examinar esto véase qué nación ocupa el... hasta el... grado. Hágase una estadística mental de la población y producción de estas islas y un resumen de su comercio, y después de todo esto se verá que nuestra República está cercada por la Europa colonial en una posición y con un puerto incomparable para agredir y defenderse militarmente; que su calidad de independiente hace a su pueblo el instrumento más manuable para sentar un orden de cosas nuevo, pero sin embargo en armonía con los intereses de las naciones que he mencionado, y si no dígase cuántas ventajas no tendrían Francia, Inglaterra o Estados Unidos si se declarara puerto franco a Samaná. Esto no turbaría en nada los intereses coloniales de dichas naciones, pero aumentaría su poder en estos mares de una manera decisiva.

La política vacilante dominicana necesita tomar un asiento nacional definitivo que puede con alguna seguridad adquirirse en vista de nuestra posición geográfica. No se necesita ser un gran político para comprender que cualquiera preferencia a una nación poderosa es una alerta a las otras, seguidas de un amago y de un golpe que por lo mismo que es oculto es más seguro. Nuestras pasiones, nuestras tradiciones, son los instrumentos de estos golpes, pero por desgracia nuestros gobiernos han sido miopes en esta cuestión; y el que tal vez la ha comprendido un tanto y ha sabido ver el mapa, no tuvo la sangre fría necesaria para sacar el provecho que los intereses permanentes que la República demandaba, reduciéndose todo a una notoriedad personal, en resolución, no debió satisfacerle, si como creo y como a pesar de las pasiones de partidos de cierto o mentido han dicho tuvieron el talento que se les presumió y el amor que todo hombre tiene a la tierra que vio nacer y crecer, a la tierra de sus mayores, a la tierra donde es algo y donde tiene sus bienes.

Pero también debe observarse que esto que digo sobre nuestra posición geográfica no es sólo la causa de nuestras desdichas,



es el primer dato que todo político que quiera mantener la paz en nuestro país debe tener a la vista. Este dato es el eje sobre el que debe girar toda nuestra política interior, toda nuestra política exterior, sin que por eso se entienda que el curso de los acontecimientos no susciten otros conflictos con otras naciones. De seguro ellos serán allanados con facilidad mientras nuestra conducta política no señale puntos oscuros en nuestra neutralidad.

Reliquias dejadas por los españoles

El territorio dominicano en el curso del siglo ha sufrido diferentes dominaciones. Como colonia española fue donada a la Francia en 1795, quién tomó posesión de ella en 1801. En 1809 por el esfuerzo de sus hijos, o mejor por intriga y ayuda de los enemigos de Francia, se reincorporó a España hasta 1821, en cuya época el brillo de Colombia hizo hacer una desacertada intenciona de anexarse a la Federación colombiana. Este desacierto para los medios de que disponían Santo Domingo y Colombia, Boyer lo rectificó en pocos días, anexando la parte española a la República de Haití. En 1844 se constituyó en Nación soberana independiente hasta 1861, en que deliberadamente se donó otra vez a España. En 1863 proclamó otra vez su independencia y la acabó de afirmar en 1865. En 1870 donó Samaná a los Estados Unidos, cuyo Congreso se negó a aceptar la anexión del territorio. De entonces no se oye otra cosa más que rumores de ventas, donaciones a ésta u otra nación y semejantes sucesos y conducta en un país libre necesitan estudiarse con detenimiento, pues sale enteramente del curso de las cosas posibles e imaginables, pues no es posible suponer en un hombre o en un país en su juicio que quiera cambiar su condición de libre por la de servidumbre.

Lo que primero salta a la vista es que un pueblo que tan repetidas veces se dona, se vende, tiene el conato de donarse o ven-



derse, debe haberse hallado y se halla sumamente desgraciado, pero ni aun en esta suposición tampoco se resuelve la cuestión tratándose de un pueblo libre y soberano, dueño de sus destinos y en completa posesión de los medios de hacerse feliz. Estas realidades y estos conatos perpetuos deben tener una explicación que está oculta en las mismas cosas.

Procuremos desenvolver esta enmarañada madeja con las luces que nos suministran la filosofía, la historia y el conocimiento del hombre.

En la que es hoy República Dominicana hay como en todo grupo pocos números de hombres, elementos desacordes, pretensiones de ciertos gremios, aspiraciones más o menos legítimas y resistencias más o menos ilustradas. Por de pronto lo que hay que examinar son las razas que la pueblan. Los dominicanos hoy día, bajo el pie de igualdad civil y política, que ya cuenta más de 60 años, no debieran ver en su raza más que un solo conato, el de la autonomía de la República, pero por desgracia las tradiciones no permiten que todas las aspiraciones se dirijan unísonas y permanentemente hacia ese fin. Aquí es preciso hacer una explicación.

Cuando hablo de razas no vaya a creerse que aquí existen odios o presión, pretensiones ni aspiraciones actuales de supremacía de la una y abatimiento de la otra. Ya en otra publicación manifesté que el régimen colonial español no dio ni da cabida a tales aberraciones. La caridad española hizo ese inapreciable servicio al porvenir de la América española, servicio como siempre lo hace la caridad cristiana, fuente de todos los bienes sociales modernos. Porque la base de la desigualdad absoluta, alma de la esclavitud personal, no puede, cuando ha moldeado a numerosas generaciones durante tres siglos, dejarlas expeditas para las funciones de hombres libres y ponerlos en actitud de organizarse. Así es que debían los que antes fueron amos en posesión de las cualidades necesarias al mando, seguir mandando y los otros



obedeciendo, o debía haber anarquía hasta que el tiempo fuese obrando en las condiciones y modo de ser de unos y otros. La República no dejó otra solución que lo segundo y así la raza dominadora enfrentada sin alianzas, protección ni socorros, con resistencias y ambiciones insuperables y legítimas, y no sabiendo transigir se ha visto obligada a combatir, y la raza dominada ha tenido que irse ilustrando para ocupar el puesto que le corresponde. Este movimiento ha sido y es sumamente lento por la ignorancia e impaciencia de unos y otros, que se resuelven en obstáculos represivos imaginados y puestos en práctica por unos y otros en momentos dados, y de aquí resultan a cada instante conflictos, cuyo efecto inmediato es mantenernos en una especie de balance (báscula), que por un lado hace parecer que progresamos mientras que por el otro retrogradamos efectivamente.

No es mi propósito señalar los medios que se han puesto en práctica en distintas épocas por diferentes pueblos sometidos a igual condición, pero la historia indica que estas luchas fueron los instrumentos de su libertad permanente cuando las costumbres y la religión tuvieron en ellos hondas raíces. Uno de ellos es el pueblo romano en la constante lucha de los patricios y los plebeyos. Sin embargo, para explicar y completar esta idea hay que cortejarla con lo que dije con respecto a Haití.

Clases superiores e inferiores dominicanas

Habría (sic) un siglo la población dominicana se componía de libres y esclavos. Los libres se subdividían en dos clases distintas, los empleados y los amos de esclavos. Estos últimos no gozaron nunca de ninguna participación en el gobierno, pero los primeros formaron un gremio en el cual por largos años se vincularon los empleos de la Colonia, constituyendo una aristocracia burocrática o mejor dicho de *covachuelistas* cuyo asiento principal como



en todas partes fue la capital. Este desastroso elemento común en todos los tiempos y en todos los países aristocráticos o monárquicos, destruyó por completo toda aspiración noble y aniquiló hasta el germen de los esfuerzos individuales y la iniciativa de las profesiones e inhabilitó para el gobierno, propiamente dicho, a toda la jerarquía del gobierno desde el alcalde de aldea hasta la audiencia, desde el alférez real hasta el capitán general. Esto está aprobado con el arribo anual de otra colonia, México, del situado, o sea el conjunto de los sueldos anuales de todos los empleados de esta colonia, porque cual que fuesen las leyes prohibitivas e insensatas de la España de esa época, la parte española, con su vecina la inmensamente rica parte francesa en esa época, pudo muy bien con un gobierno local medianamente ilustrado aprovecharse con mejor fortuna de los consumos permanentes de dicha colonia; pudo muy bien, si sus autoridades locales hubiesen sido más ilustradas, salir de la mezquina y sistemática ojeriza y envidia y entrar de lleno en una vía de cambios ventajosos de sus carnes y animales, mejorando las condiciones de criados y de las crías, teniendo a la vista que tanto da la crianza como la agricultura siempre que una y otra dispongan del espacio, medios y salidas convenientes, y una y otra parte de la Isla gozaban de estas ventajas. Mas no es aquí el lugar de recriminar a nuestros mayores las faltas que cometieron; baste decir, dejando aparte las consideraciones de ese linaje, que lo que aparece en esa época es una aristocracia desprovista de los elementos que la constituyen, es decir, del saber, amor del bien público, talento, energía, valor. El único tipo dominante de la mayoría de la clase elevada con muy marcadas excepciones era el afincamiento en el privilegio del color de la piel, sin que pasase esto de un engrimiento pueril que nunca se tradujo en vejámenes sistemáticos ni malos tratamientos para la raza esclava. Grande alarde de las exterioridades de piedad, confesarse y si no oír misa con regu-



laridad, mucha caridad para el paisano, para el extranjero, pero una caridad que no supo elevarse a las consideraciones superiores de la ciencia social que ni poseía ni podía poseerse bajo el sistema colonial que se fundaba en impedir el libre examen de los hechos sociales y económicos.

Sometida la España a la inquisición, sufría el abatimiento de este mal régimen y sus colonias americanas en lugar de sacar partido de su remota situación, que en cierto modo les daba una semiautonomía, no pudieron hacer otra cosa que exornar el tal sistema. Vióse entonces hasta dónde puede llegar la miseria e ignorancia de todo un pueblo. La primada de las Indias, la amada hija de Colón, el edén de la América, con una vecina que producía las cuatro quintas partes del producto bruto de la Francia de ese tiempo, viósele no tener su clero ornamentos para officiar el sacrosanto misterio de la misa, ni menos las dos sustancias necesarias de la consagración e imaginar con este apuro las misas de madrugada con el doble propósito de ocultar su desnudez y la de sus feligreses. Entonces en las mujeres se imaginaron la moda de las enaguas para ahorrar el corpiño, modo asaz triste tanto para el pudor cuanto por el motivo que la impuso. No se menciona la raza esclava porque ésta no ha tenido modificación desde Los ilotas hasta La cabaña del tío Tomás. El esclavo dondequiera y en todos los tiempos es el esclavo. A pesar de tanta miseria o por lo mismo quizás, no se experimentó en la parte española el desarrollo de un pensamiento de gobierno algo feliz. Obstruido el gobierno de la Isla por las invasiones pasadas a las probables presentes o venideras de sus vecinos, no supo o no pudo sacar partido de las ventajas comerciales que éstas podían ofrecerle, y desde entonces se han sucedido en la Isla de Santo Domingo los mismos acontecimientos que en Europa, entre Francia y España.

Un cuadro sinóptico facilitará la explicación de la idea que voy explanando, pero el lector instruido en la historia puede muy bien con sus recuerdos hacerlo, y verá su exactitud.



Una colonia cuyo gobierno no podía atender ni en un décimo a los gastos de su administración estaba dando muestras patentes de la poca capacidad de su clase dirigente y en efecto fue poco a poco arraigándose esta pereza en el pensar y hasta hoy se ha supuesto que en el país, en sus habitantes, no es que está el germen, el desarrollo y el complemento de su riqueza y felicidad, y así toda la vida autonómica de la República Dominicana no ha sido, es y será más que la vibración de semejante nota. Nuestros mayores no pensaron, como la historia lo atestigua, que el dominicano bajo ésta o aquella dominación tenía todas las responsabilidades económicas que desde Adán hasta el fin del mundo tiene todo hombre, toda nación, la humanidad entera, de trabajar y perfeccionarse a la par de las que lo cercan para ser feliz, igual o superior. Esta verdad que nuestra historia manifiesta ha impreso a nuestra época el mismo carácter con las variantes que nuestra posición de nación libre e independiente requiere, pero que no deja de ser la misma cosa. El colono español todo lo pedía a España y el dominicano ya huérfano todo lo pide al extranjero; éste es el tipo hereditario que cualquiera interpretará por abnegación sublime o por deseo de progreso, pero que en realidad no es así. No es incapacidad de la nación ni de la raza, pero bien inercia tradicional, hábito de no pensar por efecto de tradiciones recibidas, como trataremos de probarlo con lo que ha acontecido y acontece antes y después de ahora.

Toda nación tiene por deber ineludible, a menos que deje de merecer ser independiente, atender primero a sí, luego a sí y después a sí. Si está en paz y nadie la amenaza debe principiar por organizar el patriotismo, es decir, hacer amable, suave y querida la tierra que la sustenta para que apegado a la tierra el hombre la mejore y mejore su condición, para que cuando las condiciones de estos bienes lo requieran el patriotismo defienda lo que se ama, lo que nos es indispensable.



Este trabajo ha sido el ideal de los fundadores de naciones. Todo hombre tiene el instinto de su libertad, pero al mismo tiempo sabe que es débil físicamente, muy débil. En la creación no se encuentra un ser que no pueda dominar, avasallar; la naturaleza entera, orgánica e inorgánica le está sometida; su inteligencia y su poder sólo limitado por Dios, por eso se humilla ante él, lo adora y procura hacerlo propicio por medio de las ofrendas y oblaciones que la religión nos enseña, pero en medio del mundo no vi otro rival más que el mismo hombre.

El hombre aislado, separado de su semejante, considerado como ser material, como animal, débil, no tiene muchas fuerzas, velocidad ni garras ni piel dura; es uno de los animales más desprovistos de los instrumentos y elementos de ofender y defenderse, es el vasallo de la creación. El hombre considerado como ser inteligente y asociado a sus semejantes es el rey de la naturaleza. Todo lo domina, todo lo avasalla, todo lo hace servir a sus necesidades, a sus gustos, a sus caprichos. Pero las leyes de la creación que lo hacen tan poderoso lo hacen también muy infeliz cuando los que lo dirigen no han tenido el cuidado de preparar convenientemente el terreno en que se funda, moldeando estas leyes sobre la posición, estado de cultura, tradiciones y aptitudes de la sociedad que la recibe.

El fin de toda sociedad, ya sea la doméstica, la de tribu, la de nación, es la felicidad. Fuera de aquí ninguna sociedad tiene razón de ser, puesto que el conato del hombre es ser feliz. ¿Y cuál es la prueba que la sociología puede dar de que se ha hecho (sic) amar al dominicano la tierra donde ha nacido, donde crece y muere, donde están las tumbas de sus padres, y donde están la suya y la de sus descendientes?

Un tropel de cambios de nacionalidad en el decurso de 80 años responde que no ha encontrado esa dicha, ni bajo la dominación de otro ni bajo su propia dirección. La miseria larga de



cuatro siglos, el encorvamiento cada vez mayor hoy día del grupo de puros dominicanos que forma la nación, del grupo que la constituye, del que ha hecho y hace sacrificios para sostenerla, es lastimoso. En todo el horizonte no se ven ni siquiera los albores de la dicha. La nación, cargada de obligaciones, de impuestos, hace treinta años que vive las convulsiones de la agonía crónica creada por políticos interesados que conocen a fondo el corazón humano, el cómo se pueden conducir sociedades donde no se ha averiguado bien el amor a la patria y en cuyas combinaciones sólo entra halagada la vanidad o satisfacer la codicia de los insensatos que inconscientemente sirven estos fines, resulta siempre que el pueblo dominicano viene a quedar vencido, yugulado bajo el peso de cargas onerosas.

Quizás se piense que lo que dejo dicho es de un pesimismo desconsolador, sin mañana, pero ábrase nuestra historia, una o dos de las pocas que corren estampadas o mejor los hechos notorios, evidentes, históricos. Véase a Santana ser en un principio el hombre de más fe en los destinos de la patria. Véasele pelear con más resolución y denuedo que ningún otro. Cuánta honradez en su vida pública, cuánta abnegación. Hubo un instante, las Carreras son testigos, que mereció con toda justicia el título de Libertador de la Patria, muy luego envuelto en intrigas tenebrosas, desconocidas, atado por crímenes y más crímenes en un callejón sin salida, caer en el lodazal de la Anexión. Véase a Báez, joven aún, animado del deseo de descollar entre los grandes hombres de América, conocedor a fondo de la política e intrigas europeas y americanas, hacerlos servir al principio a la causa de la República y más tarde perder esta fe, seguir caminos extraviados y cargar ante su Patria con responsabilidades tristes que para él y para ella no les ha dado siquiera un día de descanso ni le permite tan siquiera la rehabilitación.



Se dirá quizás que entran mucho en estos sucesos las pasiones humanas, las maldades y ambiciones. Que la historia señala por ejemplo a Temístocles; al gran ateniense Temístocles, ofreciendo sus servicios a los Reyes de Persia, al Condestable de Borbón, al Rey de España contra su Señor el Rey de Francia, a...

En hora buena, eso es cierto, pero ni Temístocles, ni Borbón ni... pudieron hacer otra cosa más que vender u ofrecer sus personas y con ellos las brillantes dotes que los adornaban. Pero en mi país acontece siempre que toda la Nación entra en el complot contra su existencia y éste es el enigma que los políticos que lo estudian deben con preferencia averiguar. Para hacer estos estudios con la debida presunción de acierto hay que retroceder en los tiempos para buscar en ellos las causas que están obrando en la Isla desde hace casi un siglo sobre nuestra generación, la que nos suceda y las que nos han precedido.

República de Haití

Estaba marcado en el libro del destino de las naciones que la América libre proclamase su libertad en el tiempo en la misma proporción de la que gozaban sus Metrópolis. Los anglosajones envejecidos en el ejercicio de la libertad, tanto en la madre patria como en los Estados coloniales, acostumbrados, adiestrados, moldeados por la libertad política inglesa y por su necesario régimen colonial, porque la libertad acompaña siempre al inglés, proclamaron su independencia sin otro obstáculo serio que el de la obstinada insistencia de un ministerio en quererlos avasallar. Mas luego al constituirse en nación soberana encontraron todas sus capas sociales con la conciencia profunda de los derechos y obligaciones que da la ciudadanía con el hábito de la libertad ejercida por muchas generaciones, y más que todo por directores a hombres de buenas cos-



tumbres, religiosos, de gran talento, de genio, desinteresados y saturados de una sana filosofía y conocedores de la historia antigua y de su tiempo, de las ventajas y desventajas de su posición y los pormenores que el tiempo ha hecho conocer que tuvieron a la vista. Los nombres de Washington, Franklin, Adams, Jefferson y otros más de esa pléyade de héroes, sabios, pensadores, políticos y legisladores, han pasado a la posteridad simbolizando la creación y desenvolvimiento de la gran República moderna. Al fundarla todo se respetó, hasta la pretensión de los dueños de hombres sobre la propiedad exclusiva de esos hombres. Todo siguió su curso ordinario, legislación, industria, libertad de cultos, derechos protectores; cada estado quedó libre y soberano en cuanto al régimen interno, a sus contribuciones, y para guardarse de las asechanzas o ataques externos a estos pequeños estados y condados acudieron al medio ya conocido y practicado por las antiguas pequeñas repúblicas griegas, de la federación, para precaverla. El *Pluribus Unum* fue el lema de la nación. El Congreso anfictionico estableció las reglas generales de la Federación, creó un Presidente, Jefe de esta Alianza y que la personificaba en sus relaciones internacionales, un congreso, órgano de la Nación y una corte Federal, en fin, toda la administración central de una gran nación ejecutándose libre y desembarazadamente en esferas distintas a las de sus componentes.

Cuales que sean los defectos de este sistema, el único que la historia y la filosofía reconocen para proveer de seguridad a las repúblicas débiles, el buen sentido de los norteamericanos los ha hecho hasta ahora superar los inconvenientes de esta institución tan deleznable y si el porvenir les reserva las vicisitudes consiguientes a toda obra humana, hasta hoy han sido felices y grandes y la libertad y la civilización les son deudoras de un gran título que en todo tiempo podrá presentar a los sistemas centrales o despóticos.



No sucedió lo mismo en Haití, en la parte francesa, ni menos en la Española. Los franceses en sus tentativas coloniales han probado que son malos colonizadores, pero en Haití más que en ninguna otra parte. Verdad es que los rendimientos de la colonia, su fabulosa riqueza, podrían ser un dato cierto de su buena, organización, pero los hechos rápidos, violentos y crueles que espantaron al mundo a fines del siglo, probaron que ni en los dominadores ni en los dominados había las relaciones civiles necesarias para fusionarlos bajo el nuevo régimen que asomaba, y hacer salir a los vecinos de las ruinas del sistema colonial francés a la misma sociedad revestida con otras formas, sin que los individuos, agrupaciones o razas desaparecieran.

Haití era la Francia de su tiempo como aun a pesar de su independencia también lo es de la de hoy. Una aristocracia basada en el dinero, en el color de la piel y en las prerrogativas que en toda colonia siguen al hijo de la metrópoli por el hecho de venir de ella devorada de ambición, hasta el extremo de quererse independizar de la madre patria, quiso realizar este pensamiento insensato sin haber hecho subir su clase media, como lo había realizado ya la metrópoli a la categoría de clase pensadora y con aptitud de coadyuvar a sus fines.



OPINIONES DE UN DOMINICANO

Por todo el territorio de la República los ciudadanos que se preocupan de los intereses de los dominicanos, desde ahora, procuran enlazar sus esfuerzos, combinar sus medios y ponerse de acuerdo para escoger, proponer y hacer triunfar el candidato más a propósito para ejercer la suprema magistratura del Estado en el próximo período constitucional.

Laudable, por demás, es esta previsión y más que ninguna debe encomiarse. No hay puesto más delicado, de más difícil desempeño; ninguno más codiciado, pero al mismo tiempo ninguno más trascendental para la dicha o desdicha de todos, y por tanto, ninguna demanda de parte de los electores más reflexión, más juicio, más circunspección para otorgarse. Debe, pues, elogiarse y al mismo tiempo ayudarse un movimiento que, aunque parezca prematuro, es propio de los países republicanos y que demuestra que si en el nuestro no se había exhibido hasta ahora, sólo había sido por falta de la paz necesaria a su libre manifestación, pero no por carencia de la aptitud inherente a hombres civilizados y republicanos reunidos bajo un gobierno alternativo.

Yo supongo que las figuras más conspicuas que cuenta la república, serán las que tienen más probabilidades de atraer la atención de dichos ciudadanos y supongo igualmente que entre estas



figuras habrá diez o doce que descuellan sobre las otras: unas por su saber, otras por su valor y energía, aquellas por sus altos servicios, otros por su abnegación y virtudes. Para escoger uno entre estos esclarecidos ciudadanos es que debe discutirse la candidatura con anterioridad, pues aunque uno de ellos es que deber regir los destinos de la Nación, ciertos detalles de actualidad y conveniencia hará preferible la elección razonada a la insaculación.

Si yo tuviera voz consultiva entre tan beneméritos ciudadanos, aconsejaría que se invitase a todos los partidos que puedan existir en el país a que tomaran cartas en el asunto, pues que a todos importa, y mucho, el tener durante dos años un buen o mal gobierno. Y puesto que nuestra historia registra la prepotencia precaria de cada uno de ellos, cuando en una hora dada ha sido obtenida por golpes violentos y atrevidos, por aclamaciones, por revueltas y con tan pésimas consecuencias para todos ellos inclusive; que ahora en paz, nuevas combinaciones estudiadas sobre la legalidad los sustituyan, y que un nuevo giro pacífico impreso a las elecciones ejerciten a los espíritus sagaces, para hacer triunfar a sus respectivos candidatos y evitar en el porvenir, el estallido de los furores concentrados del esclavo.

Y como presumo que si así no fuese, así muy bien pudiera ser, sin la voz de consultor ni de caudillo, pero con la del ciudadano que, más que todo, desea ver la paz de su patria bien cimentada, voy a dar las razones en que fundo la bondad de mi consejo. Esto me conducirá necesariamente a ser prolijo y quizás a abusar del puesto que con permiso de mis lectores yo mismo me tomo; pero es tan importante para la generalidad la cuestión de la paz y procuraré poner tanta imparcialidad en el asunto, que hasta los que no quieren seguir mis opiniones ni hallar fundadas mis apreciaciones habrán de confesar a lo menos que las expongo de buena fe, y que el objeto que me las sugiere merece que todos lo estudiemos, discutamos y resolvamos.



Para proceder con orden principiaré por definir o siquiera por enumerar a los partidos políticos existentes.

La opinión general, la más acreditada dentro y fuera del país, es que existen cuatro partidos en la actualidad: azul, rojo, Gonzalista y Cesarista; mas, esto es desconocer los hechos recientemente acontecidos. El partido verde o Gonzalista en su origen, fue la amalgama necesaria al arbitraje practicado por los prohombres azules y rojos, cansados ya e impotentes para continuar y resolver por las armas la contienda sangrienta de los seis años. En esta hibridación, que se denominó fusión para hacer la cosa más agradable, hacedera y pacificadora, el elemento rojo dominó en los componentes, puso más fondos, hizo más concesiones y como consecuencia natural, recogió casi todos los beneficios. Abusó en extremo, e irritados los azules, renovaron la hibridación produciendo a Cesáreo con la misma combinación vuelta al revés, es decir, que los azules hicieron entonces más concesiones y retiraron los más pingües provechos. Ambas cosas cayeron porque esas situaciones ambiguas, como en Francia la de los orleanistas en 1830, resuelven momentáneamente, un antagonismo insoluble de dos principios, cuyas fuerzas respectivas están cansadas e impotentes; pero hay una política superior que domina esas combinaciones precarias, de duración temporal, contemporizadoras y cuyo fondo de venalidad es como la casa del evangelio edificada sobre arena. Así es que andando los tiempos, los principios prevaleciendo sobre la venalidad entontecida, ésta al fin causa asco, y cada cual, salvo los rezagados de todo ejército en campaña, vuelve a entrar en sus antiguas filas donde locuaz o silencioso hoy debe encontrarse.

Si lo dicho fuere cierto, habrá dos partidos bien caracterizados en la República: el azul y el rojo, los cuales en épocas conocidas, han sido vencidos y vencedores, y se han echado en cara los mismos errores, las mismas crueldades, las mismas faltas y res-



pectivamente han pretendido significar el progreso, la paz, la justicia, el orden, la independencia. Diga la historia a su debido tiempo, diga el país desde hoy, puesto que ha experimentado sus actos, cuál de los dos dijo la verdad, pero a mí se me alcanza que toda dominación exclusiva es favorable al dominador, perjudicial al dominado y pésima para la masa de la nación; se entiende, cuando no se trata de principios, sólo de personas. Con efecto, toda dominación de uno de los dos partidos supone pasando por alto las crueldades que es preciso cometer para establecerla, una falta de contrapeso que equilibre o a lo menos suavice el despotismo del triunfador. El ejército de la libertad de las minorías en la forma republicana es el mejor, si no el único correctivo de las mayorías, el freno de las tendencias absolutistas de éstas y lo único que puede darles la cordura y prudencia necesarias para establecer la paz y el progreso. El mundo entero en la historia da testimonio de esta verdad que los dominicanos todos conocemos a nuestra costa.

II

No se podrá nunca hacer una estadística correcta del número de individuos que componen el partido rojo o azul en una época determinada para saber cuál de los dos es la mayoría. Tal azul de hoy, por ejemplo, a quien quiten el empleo o pensión de que goza, mañana será rojo; y tal rojo de ayer a quien den dicho empleo o pensión, enseguida será azul. No debe admirar ni escandalizar cosa tan abstrusa, porque en todos los tiempos y todos los lugares esto siempre ha sucedido en los sistemas personales, y desde luego entra en los fenómenos constantes del modo de ser de las personas sometidas a ese régimen. Sucederá esto por tanto en el porvenir y sucederá también que, en el fondo de las opiniones de dicho rojo o azul repentino, quede una reminiscencia, un pie de



levadura o fermento de lo que fue. Sucede igualmente que hay infinitos rojos o azules que son firmes en su opinión: unos por carácter, otros por terquedad, otros por convicción; los más por falta de ocasión para pecar, y los hay que sólo han transigido y transigen por amor a la patria. Estos últimos son muy escasos, como generalmente son los hombres muy virtuosos.

Dadas estas condiciones de los partidos, podré presumir a la nación dividida en dos partes más o menos iguales en las filas de uno y otro.

El partido azul está hoy en el poder, en cuyo ejercicio, además de las condiciones de cierta situación exterior, que puede resumirse en lo siguiente: concentración de la política europea, sobre todo Francia e Inglaterra en cuestiones domésticas de gravedad; vigilancia tirante de los tronos sobre la Francia, por la forma actual republicana de esta nación; la circunspección obligatoria de ésta, por tal situación adquirida después de vencida; la abstención temporal de los Estados Unidos en su política de anexiones, el alto actual de Haití en su política tradicional de indivisibilidad por causas que se relacionan con su anarquía. El partido azul, repito, ha podido agregar a esta situación y al cansancio de las masas dominicanas y a la desaparición casi total de los caudillos de revuelta una combinación feliz, de gran habilidad, que le ha permitido con enorme desgaste de energía y de caudales, mantener la paz pública. Esta favorable posición, a menos de faltas graves de sus jefes, le dará por largo tiempo la dirección de los negocios públicos, pero lo que a él más que a ninguno importa, no es sólo dirigir, pero dirigir bien, y aquí está la gran cuestión.

¿Podrá él, por sí solo, conocer la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, como se dice en el foro? Difícil me parece. Él no es más que la mitad, y la verdad no está en la mitad, ella es unidad, es un todo indivisible. ¿Lo sabrá por la prensa? Pero si subvenciona la prensa, ésta no pasará nunca de ser oficial u ofi-



ciosa. En momentos solemnes como los actuales es deber de todo dominicano ilustrado, sea rojo o azul, si quiere merecer los aplausos de los buenos y cooperar con medios lícitos, honrados y patrióticos, el afianzamiento de la paz de su patria, el fundar periódicos y emitir sus opiniones libremente para conocer el espíritu general de la nación, los efectos de los sistemas hasta hoy empleados para gobernar, por rojos, azules, personalistas, intransigentes, doctrinarios y demagogos, y para indicar si es posible los programas del porvenir.

Pretensión absurda sería de un azul conquistar en el presente caso el voto de un rojo y viceversa. Pero hay que observar que el Presidente de la República no debe ser Jefe de un partido; podrán y hasta deberán los demás miembros de la administración superior pertenecer a ellos con gran ventaja si los partidos significan principios conocidos, prácticos y afirmados; pero el Presidente de la República, su título lo indica, sólo ha de ver el mérito personal y emplearlo en la felicidad común. Este es su mandato y para él no debe haber colores ni opiniones, sólo dominicanos que debe hacer felices. Ha de ser antes de todo hombre de tacto, de gobierno y más que todo, justiciero. En cuanto a los partidos, el que más hábil o afortunado sea en tal o cual época, ese hará triunfar su candidato sobre los demás aquí y dondequiera, pero para que el triunfo sea provechoso para todos aquí y dondequiera, es de necesidad que los vencidos acepten al elegido sin conato de revoluciones armadas, sin intrigas mezquinas, sin cóleras concentradas; ha de aceptarse el hecho cumplido de buena fe para con la patria, sin olvidar de disciplinarse mejor y tomar medidas más acertadas para triunfar en las elecciones venideras.

Hay que fundar la paz como la base más segura de nuestra prosperidad, pero no la paz pagada a peso de oro que es vergonzosa y corruptora; no la paz de los sepulcros que es estéril, es sin esperanzas. La Nación necesita la paz fecundada de la vida que



los pueblos afirman más y mejor con la libertad. La presente paz, el partido azul con cuantos sacrificios de la nación, ha podido mantenerla por tres años, pero no será durable si no se asienta en las bases inquebrantables que en todos los tiempos y en todas las naciones se ha asentado; es decir, en la felicidad general que imprime en el espíritu de los ciudadanos el convencimiento íntimo de que gozan de todos los bienes relativos que a su gobierno le es dable proporcionarles. El buscar, hallar y dar los elementos de esta felicidad es la misión del gobierno, es el problema que tiene que resolver cada día, cada hora, pero este trabajo que a él solo está atribuido en las monarquías puras, en los países democráticos está repartido entre él y el pueblo, y éste no debe abandonar derecho tan precioso cuando las puertas se le abren de par en par para que concurra con todas sus fuerzas. El gobierno actual las tiene abiertas, ha demostrado que es fuerte, tolerante y tan deseoso de ilustrarse, que a todos pide diariamente que lo ilustren, que le indiquen el verdadero camino de su gloria haciendo dichosos a los que gobierna.

Convencidos de verdades tan palpables los dominicanos todos debemos aprovechar tan feliz y hasta ahora no vista coyuntura para convertir los preliminares de paz que tenemos, en paz durable, definitiva y de convicción. Para ello, no debemos mernarnos más en ilusiones, debemos ver con valor el estado del país en todos sus ramos, en todas sus manifestaciones; abandonar esa parlería superficial que nada encierra, que a todos cansa, que a ninguno engaña y que nos hundirá cada vez más, día por día, en la miseria y desprestigio que hace cuarenta años nos roe y circunda. Debemos, por fin, no aletargar el trabajo y energía nacionales con mirajes ficticios, con lucubraciones, con teorías insensatas; debemos ver el fondo de las cosas y exponerlas tal como ellas son, sin ambages ni consideraciones. Por mi parte, aprovechando esta oportunidad, declaro que disiento en todo y por todo de



las apreciaciones generales que veo en la prensa nacional y oigo en los círculos donde se examina y discute nuestra situación.

Yo no veo el progreso que se decanta y tanto se vocea, ni menos las razones que se dan para probarlo. Tal vez me equivoque, pero puesto que pido a los demás que digan lo que piensan y opinan, voy a ensayar la libertad de mis opiniones diciendo lo que opino sobre nuestro tan decantado progreso.

¿Cuál es este progreso? ¿Dónde está?

¿Está en la organización del trabajo?

No... El Norte o Cibao cuya población, una mitad es pastora, la otra mitad agricultora, ve el medio donde se movía, y se mueve la primera, todo turbado, descompuesto y transformado por el triple aumento de sus pobladores en el mismo espacio, mientras que los nuevos arreglos de taller, que esto pide a la autoridad en la tierra, en las leyes, en la educación, en los usos y servidumbres, no se le han dado ni se le dan. A lo segundo o séase la agricultura le dieron nuestros mayores, no nosotros, terreno unipersonal, deslindado, respetado, hábitos agrícolas, una industria libre, bien eslabonada con todos los gremios laboriosos que la ponen en movimiento y la completan. Pero todo esto se ha quedado en la infancia encomendado exclusivamente a la iniciativa de agricultores iliteratos y sin la menor ayuda de la autoridad, sin el menor aliento de una opinión ilustrada, no ha podido realizar un solo progreso firme y determinado. Así no tiene un solo camino transitado hacia los mercados de sus productos y consumos, un solo establecimiento modelo de agricultura, ni de crédito regulador, no lo tiene; ni exposiciones regionales, ni premios, ni respeto, ni consideración, ni métodos científicos, ni escuela donde aprenderlos. Al contrario, se propende por todos los medios imaginables a desatar los vínculos que unen el propietario a la tierra, que hacen el trabajo del hombre enérgico y previsor a desbarajustar toda la sociedad predicando con aplomo y



grande aplauso de los necios, emigración de comarcas despobladas por las guerras, hacia trabajos temporales y precarios de ferrocarriles, de fincas lejanas, de minas inciertas y por hallar; haciendo alarde de jornales crecidos, de proventos ilusorios, de riquezas adquiridas a poco costo. Envaneciendo de esta suerte la condición del proletario, que aquí se llama peón o alquilado, están a toda prisa acabando de destruir los restos que dejaron los cantones, y la anarquía en los hábitos sedentarios tan lentamente adquiridos y tan necesarios a la agricultura; están como enemigos encarnizados de una población inocente, destruyendo el amor que se tiene al fundo que de padre en hijo se heredó, donde están colocados y se colocan diariamente los ahorros para los días malos, donde está simbolizado el incontrastable porvenir de los hijos, de la familia, por decirlo todo de una vez, se les quita toda noción de propiedad. Esta es la opinión reinante, ésta la predicación perpetua, sin contar las tentativas que con tesón, gobierno, legislación y prensa han hecho y hacen para cambiar el valioso y relativamente fácil cultivo del tabaco, nuestra sola riqueza cambiante en el exterior, nuestra ánora de salud, por café, cacao, ramié y otros cultivos desconocidos cada vez que los cálculos comerciales no salen a satisfacción de los interesados. Yo quisiera saber si los franceses están más interesados en destruir sus viñedos que el filoxera; o los americanos, sus cerdos más que la trichina; pues no otra cosa parece que aquí sucede cada vez que por una imprevisión del hombre, por una causa del clima del año, por un exceso de la producción universal de la hoja, el tabaco no se vende en el interior a diez pesos quintal.

La anterior comparación me trae a las mientes otro que demuestra la facilidad con que trocamos las mejores coyunturas de aumentar la suma de nuestra riqueza, y como ex profeso las convertimos en manantial de pobreza y de desdichas.

Circunstancias felices para la república de combinaciones y previsiones políticas de naciones poderosas en lo principal, y de



negocios mercantiles en lo accesorio, hacen emprender los trabajos de construcción de un ferrocarril en el Cibao. Era el momento en que los empresarios estaban obligados por la naturaleza del trabajo a introducir una masa regular de jornaleros extranjeros que de seguro se hubiera fijado en el país a costa de la empresa; y nosotros, por una locuacidad imprevista, hemos inclinado a nuestros pocos propietarios y a los menos pocos ayudantes indispensables de sus faenas a reemplazar la emigración que necesariamente de balde debía llegar, como hoy sucede en Colombia con su afín el Canal de Panamá. Dóciles nuestros trabajadores obedecieron y obedecen, abandonan los trabajos agrícolas, se convierten en peones, descienden la escala social, dejan sus familias, sus inocentes pasatiempos para congregarse al descampado a jugar al monte y a los dados, jornales trabajosamente ganados. Después de mucha hambre y trabajos, vuelven desnudos y enfermos de las ciénagas; encuentran las empalizadas del conuco en el suelo, lo que fue siembra, tabuco y barbecho, y a la mujer y los hijos desnudos y hambrientos. Es preciso que no haya ni pizca de juicio entre nosotros para no comprender, como se comprende en Colombia, las ventajas de una y otra solución y para insistir en lo peor.

No podré hablar del Sur porque no lo he visitado, pero por lo que he oído decir, si no obra en su población la mala predicación de falsas doctrinas como en el Cibao, tienen los pueblos fronterizos de esa zona el contratiempo de la atracción haitiana, cuya industria, propiedad y cambios, fuertemente incrustados en los suyos, los atraen con halagos positivos e incesantes y los alejan paulatinamente de su centro natural que descuida enlazarlos y atraerlos. Esta situación anómala, indefinida, la expone a una invasión perenne y progresiva de población extranjera, que hace desfallecer cada día más el elemento dominicano; el cual desarraigado y exhausto desaparecerá por completo de esa región, y



quedará refundido en el haitiano tan luego pueda Haití salir de la anarquía que la devora. Por dicha para nosotros, las manifestaciones constantes de esta anarquía son tan feroces que sólo inspiran repulsión, y dan lugar a creer que Haití por mucho tiempo no tendrá un gobierno bastante fuerte para lanzarse a conquistas, ni menos un gobierno bastante hábil para seguir una política exterior continua de anexiones posibles.

III

En las provincias del Este, con propiedad, hábitos, métodos y riquezas pastoriles muy imperfectos y minúsculos, se ha introducido y planteado, sin otra preparación que el expreso monopolio del capital moneda, una colosal agricultura sobre terrenos comuneros con destrucción del medio, donde podía moverse una población de costumbres nómadas y ambulantes, hijas de la profesión pastora y del trabajo secular de los cortes de caoba. Esta población que es el fondo, o mejor dicho, la Nación misma que ha dado el mandato y los medios de hacerla feliz, se ve por medidas poco estudiadas, dislocada, desposeída, empujada hacia la barbarie y de tal modo inhabilitada para ayudar con fruto al capital que la explota, que al fin no podrá ejercer sus deberes de ciudadanía ni cumplir con los de padres de familia; y cayendo en el pauperismo, exigirá del resto de la Nación servicios imposibles o del extranjero, protección y amparo.

Situación terrible preñada de catástrofes es hoy la del trabajo agrícola del este de la República y no hay hombres de Estado dominicano que la vea sin terror.

Una aglomeración de máquinas, trenes, vagones, edificios, cañaverales, pidiendo los intereses del capital que representan; y los dueños o detentores de este capital sin brazos que lo ayuden para producir este interés, los de administración o deterioro o



reintegro. Esta es la situación del trabajo agrícola del Este. El monopolio destruyó los conucos y sus anexos de ganado menor y con ellos la subsistencia de la ciudad y trabajadores; y el capital recientemente introducido tiene que reeditar ahora sus intereses propios de reproducción y conservación, y los indispensables del capital, subsistencias que ha destruido. ¿Cómo podrá suplirlo? Subiendo el salario de los trabajadores desposeídos, con lo cual disminuirá el interés de su capital fijo. ¿Y cuál será el tipo de esta alza, cuyos términos desconocidos pueden llegar hasta las obligaciones del padre de familia? Además el alza de salarios está limitada por la concurrencia de los otros países productores, por los medios de los consumidores; y llegará día que no podrá subir los jornales. Por los que ha pagado el comercio recientemente presumo que ese día está cercano. Pedirá entonces nuevos monopolios de aduana, que no se le otorgarán porque no hay sobre quién hacerlos recaer. Al antiguo labriego del este sólo le queda su persona y ésta es inviolable hoy. ¿Dónde encontrará el remedio? ¿En la emigración temporal interior? Pero ésta además de ser insuficiente, habiendo probado las ventajas e inconvenientes de ese trabajo cada día será menor. ¿Será en la exterior? ¡Ilusión! No vendrá, pues su movimiento regular sólo se opera hacia otro país que el natal, para mejorar de condición, pero no para constituirse en jornalero donde la caridad, formando parte de la administración general no está organizada, donde no hay comisiones de emigración, de recepción, de distribución y colocación, fondos de avances, de reserva, hospicios, etc., etc.

Quizás por un esfuerzo, por uno de esos acontecimientos imprevistos en la historia de los pueblos y que escapan a los espíritus más sagaces y reflexivos, podrá resolverse con provecho para la Nación la cuestión trabajo agrícola progresivo del Este, pero de todos modos, hasta ahora, no veo sólo desastres más o



menos próximos y a los interesados no muy bien penetrados del peligro que corre todo su haber. No hay indicios que los tales se preparen en lo más mínimo para la sola combinación racional a que su población se prestaría con docilidad.

Era de esperar que los hombres prudentes, los amigos de la humanidad observadores de los fenómenos sociales, observasen el origen, marcha y estado progresivo de la agricultura de las comunas de Santo Domingo y San Pedro de Macorís, pero a mi conocimiento no está que *más de uno* elevará la voz contra el torrente que envuelto en prismas engañosos llevaba toda su población a la miseria. Esta voz se elevó y sólo mi ayuda, tengo vanidad en decirlo, recibió a tiempo debido. En la ciudad de Santo Domingo tengo por amigos a hombres de corazón, cuya clara inteligencia puede rivalizar con las mejores del universo; tengo por amigos a otros, cuyas virtudes, abnegación y caridad son tan legendarias que merecen el respeto universal. A los tales llamé a laborar. Era la causa de los débiles contra los fuertes por el momento; la causa de fuertes y débiles en el porvenir; y la causa de todos los tiempos; y sin embargo, la voz que digo y la mía fueron las únicas que clamaron en el desierto. Hemos sido vencidos, el mal está a la puerta y nadie se mueve aún. ¿Temieron a caso entonces que fuésemos enemigos del capital? No. Yo por mi parte soy enemigo de las injusticias sociales que arrastran consigo desastres infinitos; las que hacen descender al hombre de su alta posición de ser racional, inteligente, independiente, a la de bruto, a la de cosa, pero no lo soy de la alianza del capital y del trabajo. Abogo por la igualdad, por la libertad de los servicios, y para que se establezcan relaciones entre el obrero, jornalero y capitalista fundados en las conveniencias, en el interés de unos y otros. En una palabra, quisiera que fuéramos ricos y grandes, quisiera sobre todo que fuesen felices todos los hombres, pero más que todos, los dominicanos.



Para que esto se realice creo que si el capital mejor aconsejado se decidiera a hacer concesiones, a reintegrar hasta cierto punto a los trabajadores en la situación que antes tenían, a hacerlos, si no socios a lo menos participantes en cierto grado de los proventos que recauden; a convenir con la equidad que requieren todos los contratos humanos, sobre todo en aquellos que se desea obtener una cooperación enérgica y eficaz en trabajos rudos como son los del campo; si esto se realizara, si todos en ellos pensasen y concurriesen porque es trabajo de conjunto, no de uno o dos, no vendrá con grave ruina al suelo una situación que tan halagüeña perspectiva presentaba a los ojos atónitos de los que no estudian las verdaderas bases del trabajo de las naciones. Aunque tarde ya, algo podría hacerse aún, pero creo también que ni aún este algo podría realizarse, porque cuando el capital entra por la brecha del monopolio y está en posesión de los derechos de todos no le es dable ilustrarse hasta el punto de entrar de repente en la concurrencia libre de los servicios mutuos. Este es un esfuerzo que pide una abnegación que no tiene este capital. No se realizará pues, lo que creo conveniente, como nunca se ha realizado, sólo después de desengaños deplorables para que paguemos como siempre la humanidad ha pagado los desaciertos de la legislación violenta en la dirección del trabajo.

IV

Examinemos ahora, siquiera someramente, el trabajo de nuestras ciudades y pueblos.

Todos los productos manufacturados, todos los objetos para el uso común de la vida, desde las medias y zapatos hasta el peine y el sombrero; desde la cazuela hasta el tenedor y las cucharas, son producidos por extranjeros. La iniciativa individual apremiada por las necesidades, por el combate de la vida como



dice Darwin, quiere hacer y en efecto algo hace, pero no encuentra aliento ni ayuda en ninguna parte y todos sus esfuerzos en resumidas cuentas son combatidos y yugulados, ya por la opinión, ya por el gobierno.

La opinión legada por el régimen colonial hace considerar todos los oficios manuales como viles y despreciables, y nosotros a quienes acontecimientos imprevistos nos han colocado bajo un pie de igualdad absoluta, insistimos en semejante insensatez, no procurando rehabilitar con las ideas tan útil trabajo y colocarlo en el lugar que le corresponde. Un empleado pobre, un tendero mediano o especulador de frutos menores rodeado de un enjambre de hijos, muchachos ya grandecitos, no se decide a ponerlos a un oficio porque la opinión de sus padres, amigos y allegados, no lo han penetrado de la nobleza de los oficios manuales; de la salud y contento que dan, de la independencia que proporciona un oficio bien aprendido, de la disciplina moral que inculca, del capital que reserva y compendia para todos los estados, ya soltero o casado, ya como ciudadano o como expulso y extranjero en otro país.

En la época actual y con las aplicaciones diarias que se hacen de la ciencia en la industria, ya directamente como sucede con la física, la mecánica, la química; ya indirectamente en los arreglos sociales, inspirando una confianza mayor de hombre a hombre para fundir en una sola acción por asociaciones espontáneas el capital y el trabajo; en la época actual, por los esfuerzos combinados de la legislación, de las ciencias físicas, de la fuerza del hombre, de las fuerzas y propiedades de la materia, ajustadas y apropiadas por el hombre a su satisfacción y necesidad, la grande industria está abarcando todos los consumos de los pueblos pequeños. En esta nueva faz de las conquistas de los fuertes sobre los débiles sólo se escapan de la invasión los que bebiendo en las fuentes de donde sacan sus fuerzas las grandes naciones indus-



triales, procuran copiarlas o imitarlas con discreción y energía. Hay varios caminos para ello, pero uno de los más fuertes obstáculos que pueden encontrarse en toda colonia que fue española y en que la esclavitud personal haya trabajado las costumbres por muchos siglos, es la opinión de la raza blanca y sus afines tocante a la dignidad del trabajo manual. Es muy diferente el aprecio que se hace en los estados de Nueva Inglaterra o República Dominicana, entre el que ejerce un oficio manual y el que ejerce uno liberal; entre el que dirige un gran almacén o una grande estancia, entre un empleado del gobierno y un plantador o aldeano. Si el maestro carpintero, aunque maneja azuelas y garlopas es un hombre libre, dueño de sus destinos, y un empleado subalterno aunque maneje papel y plumas no tiene libertad, y su existencia depende de sus jefes. Sin embargo, en nuestro país un padre de familia, por lo regular, opta para casar a su hija con el que no es libre y éste tiene una profesión precaria solicitada a cometer mil bajezas. Esto es aprobado, aplaudido. Cuestión de opinión. Ambas profesiones, se me dirá, son útiles y según se ejerzan, dignas; no lo niego pero, por lo mismo, deberían estar igualmente dignificadas y merecer igual aprecio. Estos resabios existen en muchos países, son restos de ignorancia y de la supremacía de las castas dominadoras, de la nobleza y sus privilegios; entre nosotros son las reminiscencias de la esclavitud y nadie las podrá destruir por completo, pero la igualdad republicana puede modificarlos abriendo nuevos horizontes al trabajo, enalteciéndolo por medio de una instrucción apropiada. Todos los esfuerzos de las repúblicas cristianas modernas se dirigen a este fin.

Inspirándose en las anteriores ideas, los fundadores de la libertad en este suelo, quisieron completar la independencia política con la independencia de los consumos del país. No fue ni podía ser el sistema protector puro, pero bien un pensamiento profundo, cuerdo y equitativo. En la República Dominicana, pensa-



ron o debieron pensar, los individuos deben vivir de su trabajo, sobre todo de un trabajo honesto, y como toda otra sociedad civilizada necesita carpinteros, herreros, albañiles, etc., para no depender de otros en la satisfacción de necesidades urgentes e imprescindibles. Era de necesidad para conseguir dicho fin, conservar las pocas tradiciones existentes en la clase obrera, ampliarlas y perfeccionarlas. Con este objeto crearon y amplificaron las maestranzas militares y los arsenales, los cuales con la máxima de que *todo dominicano nacía soldado* vinieron a ser para todas las clases: los conservatorios de artes y oficios, la Escuela Normal de Artesanos. En el marco estrecho en que les fue dable colocarlas no cupieron más que herreros, armeros, latoneros, carpinteros, albañiles, carreteros, y fundidores; pero dada la pauta, nosotros hubiéramos debido extenderla a todo el equipo del ejército como se hace en Uruguay, con lo cual habríamos podido añadir a los referidos oficios, los de carpinteros, sastres, zapateros, sombreros, etc. En estas maestranzas y arsenales está felizmente combinado el interés colectivo sintetizado en la defensa nacional, mientras el interés del individuo queda oculto en el cumplimiento del deber de ciudadano, resultando a la postre un artesano completo. A estas ventajas hay que agregar que el Estado podía emplear grandes medios para adquirir buenos maestros, buenos útiles y seguir paso a paso los perfeccionamientos que la industria adquiere todos los días.

Difícil me parece, como no sea quizás en la capital, encontrar hoy un centro de aprendizaje gratuito y enaltecedor del trabajo manual parecido a los tres o cuatro que hace cuarenta años había en el país, ni que cumpla en lo más mínimo lo de tal institución. Al contrario, después de destruirlos, insistimos en borrarlos de la memoria presa como somos de doctrinas incoherentes que nos suben sin cesar al quinto cielo. En esas alturas la población urbana hoy casi por completo está a cargo de la población rural



y muy a pique de perecer cada vez que hay una alza en las subsistencias o una baja en los productos agrícolas de exportación. Falta de organización de su trabajo exclusivo, una parte de esta población se disputa rabiosa los empleos públicos causando hasta en plena paz no pocos tormentos al gobierno; otra cae sobre las tiendas ya de dependientes o como corredores de frutos temporales y escasos; muchos descienden a chalanos o gitanos en cambios y recambios maculosos, y no pocos aún más abajo, en la mendicidad oculta y vergonzante. Sin profesión de pública notoriedad, todo por la falsa opinión sobre el trabajo y por su falta de organización, gran parte de la población urbana actual y las venideras tienen un presente triste y un porvenir tétrico y luctuoso que no puede ni podrá inspirarles patriotismo.

No se puede amar, las más de las veces, lo que nos hace infelices.

V

Otras consideraciones de suma gravedad se desprenden de la falta de organización en el trabajo de los que habitaban las ciudades y pueblos.

En mi país, hasta ahora que yo sepa, por lo general (hay sin embargo honrosa y brillantes excepciones), se ha dado más extensión a la letra que al espíritu; la forma lo abarca todo, se persigue el ideal del bien decir, se castiga el estilo, se le magnifica, se le rinde un culto exclusivo en materias de suyo vacías de sentido, en detalles numerosos de trivialidades y fantasmagorías infantiles. Hay editoriales de periódicos, hay discursos cuyas frases y períodos semejan al Júpiter Olímpico en medio de rayos y truenos, y que exprimidos no sueltan una gota de juicio. Bueno es que cada cual esponga con decencia sus ideas entre las gentes, mas también algún fondo de observación personal han de tener los escri-



tos públicos para no carecer de interés y sobre todo de utilidad para la sociedad en que se escriben. Esa moda o tendencia arrastra a escritores de talentos a cuestiones de detalles insignificantes y a observar y discutir febricitantes las faltas de los que accidentalmente nos mandan, mientras que las frías meditaciones que sugiere la ciencia de observación filosófica no entra en la manera general de tratar nuestras cosas. Sin embargo, en las verdades útiles que estas meditaciones encierran, quien sabe descubrirlas encontrará un venero inagotable de glorias y satisfacciones personales y generales. En ellas solas pueden encontrarse la razón, la explicación y el remedio de ciertas explosiones periódicas desastrosas que mantienen en zozobra a la Nación, y ellas solas ponen de relieve la justificación de las cóleras repentinas y de los descontentos permanentes de nuestro gran grupo laborioso. En Europa, aunque a intervalos más largos, también tienen lugar iguales explosiones, pero los hombres ilustrados de ese hemisferio, ya como legisladores o como escritores, siguen otro camino al nuestro. Las causas remotas o próximas de los descontentos, de las cóleras, son prolijamente indagadas, cuidadosamente enmendadas, procurando satisfacer toda aspiración legítima sin destruir de repente derechos adquiridos desde largo tiempo cual que fuese su origen, procuran en fin emplear la justicia en todas las reformas.

En efecto, por perfecta que sea la organización de una sociedad, sus fundadores aun tomándola en su cuna y llamándose Moisés y Licurgo no pueden igualar de una manera radical, definitiva, sus componentes, pues no es dable al hombre vaciar en un molde común las desigualdades de la naturaleza. Si Licurgo alcanzó una aproximación fue formando un pueblo feroz que no ha podido hallar imitadores, porque por mucho que algunos pensadores estimables digan que ha sido el mejor modelo, en Esparta se anularon completamente todas las aspiraciones individuales y



el hombre ya mutilado, sólo pudo formar una colectividad incompleta. Jesucristo indicó y abrió el verdadero rumbo de la humanidad, el camino de su dicha en el cielo y en la tierra; y el cristianismo, al crear sobre las ruinas del mundo antiguo sociedades nuevas, las fundó sobre la caridad. La caridad, que según Bossuet *es el fin de la religión, el alma de las virtudes y el compendio de la ley*; es la forma y fondo de las instituciones de los pueblos modernos, sobre todo los de las repúblicas de este siglo, y en su estudio y aplicación deben los directores de una sociedad cristiana gastar todo su tiempo, todas sus fuerzas, emplearlas como la llave que les abrirá las puertas de los misterios, que les dará la clave de todas las injusticias sociales presentes, así como con su ayuda y la de de la historia puede juzgar las de los tiempos pasados.

El legislador y el filósofo conocen que en todo país, en toda sociedad, habrá pobres y ricos, sabios y necios, diligentes y holgazanes, naturalezas activas dominadoras inclinadas a abusar; y otras indolentes, pasivas, inclinadas a conceder; más si esto causa envidias pasajeras y trastorna un momento el orden, mientras la legislación, la opinión y máximas no las generalizan y constituyen en sistema vinculándola en determinadas personas no engendra malestar en la sociedad, ni odios generales ni permanentes en grupos considerables. Ahora bien, observando con cuidado los antagonismos que sufre la república y cuyas manifestaciones violentas la sacuden con frecuencia para sumirla en la miseria, se notará que el habitante del campo casi siempre abraza espontáneamente el partido contrario al que siguen las ciudades con el sólo objeto de combatir las, destruirlas, o humillarlas. Unas veces toma por bandera la autonomía vendida, después a hombres que pasan por ser los principales vendedores de dicha autonomía; otras veces sin bandera visible, quema y tala y no se aquieta hasta haber agotado todas sus fuerzas. Los prudentes atribuyen estas contradicciones a nuestra barbarie y no se engañan, mas es preci-



so distinguir aquí con la guía de la caridad cuál es más bárbaro. En Europa que no quieren, y con razón, pasar por bárbaros, atribuyen con más fundamento parecidas explosiones del proletariado a los sufrimientos de éste, a la explotación del capital, a la mala organización del trabajo en general, a la poca participación de los trabajadores en los beneficios realizados. Por mi parte, creo que en mi país las más de las veces el del campo no ve al de la ciudad como amigo ni como hermano, sólo como una carga pesada que, además de vestir, sostener y alimentar, pretende sin ningún título darse los humos de señora absoluta y despótica. Si a esto se agrega que la autoridad ubicada en la ciudad hace aun más odiosa la cosa, ejerciendo sus funciones las más de las veces como una verdadera calamidad para el que trabaja, llamándole a su presencia para despojarlo, para quitarle su tiempo, sus servicios, sus economías, sin que por pudor siquiera escude sus expoliaciones con el interés común, la medida entonces se derrama, inunda el país de un desorden que en su fondo son protestas del trabajador. Protestas por desgracia calamitosas y al mismo tiempo impotentes, pues son contra un mal que seguirá su curso, porque o no se atina en descubrir su origen o los interesados, conociéndolo se han coaligado en lo alto de la acera para obscurecer la verdad.

¿Podría esto suceder si la población urbana estuviera entregada a los trabajos que le corresponden? ¿Podrá un veguero amar más al hombre que como corredor, de los que le he mencionado, le defrauda treinta libras en cada quintal de tabaco, mejor que si este corredor, como zapatero, le cambiara el par de zapatos que necesita por esas treinta libras? ¿Podrá un ganadero, a quien un chalán de los que ya dije, le da un penco peinado y trasquilado por su buen potro de silla, estimar este chalán como si hubiera sido un sillero, que por la diferencia de precio le hubiera abandonado una silla de montar? Un rico labrador que hace casa en el



pueblo, como apeadero de su familia los domingos y fiestas religiosas, para oír misa, hacer compras, curar sus enfermos y depositar sus muertos, ¿podrá amar a un pobretón que con mil encarrecimientos de apuros y miserias le pide y le saca un cuarto y una sala para vivirlas de balde, amén de la carga de plátanos y otras vituallas que con mil protestas y zalamerías le sonsaca; mejor que si este vergonzante a su tiempo como ebanista o alfarero le diera las mesas, sillas y tinajas por el alquiler? Estos oficios establecerían relaciones de servicios económicos mutuos que unificarían a la población en general, la harían más ilustrada, más moral, más rica y feliz, porque además de la suma de riquezas nacionales que arrojarían al mercado, trabaría todos los gremios en el solo pensamiento de la propiedad uniéndolos contra el enemigo común, que son los que no trabajan material ni liberalmente, en una palabra: contra los enemigos perpetuos de la propiedad y la sociedad.

Hubo un tiempo no muy lejano de la actual generación, en que el del campo sólo tuvo por modelo y dirección el de la ciudad o villa, su centro administrativo. Estaba simbolizada su fe religiosa, en el campanario; su obediencia, en la Comandancia de Armas; su propiedad, en la escribanía y alcaldía; su conducta en la de los pueblos. Hoy no viene a misa y hasta huye del cura, resiste y combate la autoridad militar, compra y vende muebles e inmuebles de palabra y arregla sus diferencias en el monte temeroso de las tarifas de notarios y alcaldes; no sigue consejo ni cree indicaciones de los más prudentes del pueblo por suponerlos capciosos y para explotarlo. Y tiene razón. Véanse las actuales funciones sociales de los del campo y de los de pueblos y ciudades, y se vendrá a conocer que hay muchos motivos para no estimarse recíprocamente como se consigue en toda sociedad cristiana bien organizada, y que la culpa recae toda entera sobre la organización y realización del trabajo urbano, tanto el incorpo-



rado actualmente a un objeto, como el que no se incorpora, pues ambos, son pésimos, insuficientes y desastrosos.

¡Ah!, ¡cuántas veces no vi hombres de la ciudad, encorvados bajo el peso de la miseria, maldecir su suerte por no haber aprendido a su tiempo un oficio! Sus padres alucinados por la intensidad del amor paternal soñaron para ellos una brillante posición obtenida por la instrucción; sin previamente medir sus recursos ni las facilidades en el país para completar un aprendizaje liberal, ni las aptitudes del hijo para este trabajo y sólo obtuvieron, ya concluida su adolescencia, darle una educación incompleta que presentó al hijo de su amor desarmado en el combate de la vida. Sin la disciplina y energía muscular que demanda el trabajo manual y ya con obligaciones ineludibles, estos hombres no pudieron principiar su aprendizaje so pena de morir de hambre. Morir de hambre o vivir del trabajo fue la disyuntiva por la que tenían que optar, y optaron por lo segundo, víctimas inocentes de una sociedad mal organizada fueron empero los verdugos de otros, y arrostraron con esposa e hijos una vida pesarosa para ellos y para los demás. Fueron en fin en todas las jerarquías, que por audacia o apocamiento pudieron reconocer, desde la cumbre hasta el llano, parásitos chupones, ya del presupuesto, ya de los particulares, y cuando desaparecieron, la sociedad trabajadora toda entera lanzó un ¡uf! de descanso y regocijo.

VI

¿Está el progreso en la instrucción pública?

No... Porque si bien es verdad que la iniciativa individual de cuarenta años y la del Gobierno de cuatro años a esta parte, algo ha hecho en este sentido, bien despacio, observando el asunto no merece grandes aplausos. En primer lugar, la instrucción no está generalizada ni en vías de generalizarse, porque ni está distribui-



da con equidad, ni en armonía con lo que se puede pedir y se debe otorgar. Los agricultores y ganaderos que son los que casi por completo pagan las escuelas, los que más las necesitan y de cuya instrucción el Estado sacaría por el momento más provecho, carecen en general de escuelas primarias gratuitas, mientras que no hay cabecera de provincia o distrito que no pida ni exija universidades antes que sus niños sepan el silabario y sus adolescentes gramática castellana, obligando al gobierno a hacer gastos costosos e inútiles y poniendo a los profesores en verdaderos conflictos. Loable es el deseo que se proponen de tener al alcance los medios de obtener una instrucción superior, pero hay que no oponer tantos obstáculos a la máxima de que el Estado *antes de todo está obligado a enseñar a leer, escribir, contar y la doctrina cristiana a toda la nación*; cuando haya cumplido extensamente con esta primera obligación, podrá pedirle lo demás, antes no.

Por el descuido de semejante obligación, la instrucción ubicada en los pocos centros que poseemos, no halla camino para extenderse y propagarse. Últimamente se hacen esfuerzos para simplificarla, metodizarla e imprimirle un movimiento más perfecto y la resistencia natural de métodos inmemoriales omnímodos que han producido mucho y mucho bueno, ha introducido la anarquía en dicho ramo, que al fin y al cabo neutralizan y hacen negativos los esfuerzos de lo viejo y de lo nuevo. Por su forma y fondo, la instrucción pública hasta ahora, no ha producido verdaderos trabajadores, sólo pretendientes cada día más numerosos a los empleos públicos; jóvenes sin carrera, sin disciplina para todo trabajo largo y concienzudo, habilitados imperfectamente para las carreras científicas y únicamente buenos para entrar a una oficina a aumentar el presupuesto, o para ponerse detrás de un mostrador de mercería a despachar géneros con gran desesperación de las mujeres a quienes quitan su oficio.



También la dada a éstas no cumple el fin y misión de que está encargada en la tierra la bella mitad del género humano. Se han abandonado completamente en las clases inferiores las tradiciones nacionales de costura llana, de camisas, de medias, catecismo cristiano y oficios caseros, sustituyéndolas en gran parte con los encajes, la oratoria, la tapicería. Aspiraciones tan mal entendidas de padres pobres, de todo nuestro proletariado, no debe protegerlas el Gobierno ni alentarlas la opinión, ese no es el camino que las elevará donde desean; por el momento no van a mandar a sus hijas a las cámaras legislativas, ni como damas de corte gótica a las de Flandes, ni como maestras a la manufactura de los gobelinos; se las educa para casarse, se las habilita para madres de familia, y pregunto: ¿podrán estas pobres encajeras y tapiceras sin dote, sin ajuar, ser las esposas felices de los covachuelistas que las esperan, con sueldos infinitesimales, arbitrarios y fugaces?

Aquí debo hacer notar una verdad. Si la instrucción pública hasta ahora con raras excepciones, nada verdaderamente útil ha producido, la iniciativa individual abandonada a sí misma y encontrando los caminos de pública utilidad totalmente obstruidos, se ha deslizado en el solo sendero expedito en que podía el genial talento de un pueblo tropical desarrollarse. Cobijada por un cielo siempre azul y radiante, ocupando la Isla más hermosa del mundo, nuestra juventud se ha arrojado con ardor en el gran argumento que esto sugiere. La literatura, la poesía sobre todo, es una ocupación predilecta y en ella cosecha laureles mil, glorias muchas. Todos los géneros los ensaya con fortuna, su progreso es notable, portentoso, pero ¡ay!, esto debería ser el complemento de nuestra general cultura, de nuestra grandeza, mientras que hoy sólo aparece en nuestro conjunto como el aborto de una planta marchita que no ha podido crecer, robustecer y madurar. Mas no seré yo quien desaliente el único esfuerzo verdaderamen-



te bello de mi patria. Si los siglos de Pericles, de Augusto y Luis XIV han sido los más hermosos de la humanidad, Olmedo y Bello son tan preciosas muestras del genio hispanoamericano que la posteridad por sólo ellos pondrá muy alto al Ecuador y Venezuela; por tanto, poetas, perdonad y seguid, que quizás uno solo de vosotros baste también para presentar con decencia y con grandeza a las generaciones futuras nuestra ignota y hasta ahora desdichada Nación.

¿Está el progreso en las buenas costumbres?

No... por una ley especial que es la que tiene mejor observancia y más cumplida ejecución en todo el territorio de la República, se ordena a los ayuntamientos, a los patriotas ayuntamientos, de poner con regularidad cada año que corre una casa de juego de azar en cada ciudad, pueblo y sección rural de la República. Para que nadie ignore el sitio, posición y lugar de dicho garito, se pregona a tambor batiente y a cartel abierto fijadas ya otras copias en lugares públicos por tres veces a intervalos bien espaciados, por todas las calles principales de villas y ciudades y luego, al son del mismo tambor para más solemnidad se subasta en plena sala capitular. El garito tiene por nombre gallera, el edificio se arregla esmeradamente según la posibilidad local; el barato cobrado o arriendo se destina al pago de vigilantes policiales cuyas atribuciones son uniformar el estrado para el concurso de jugadores, dirimir sus conflictos, regular el diapasón y contenido de la vocería y el límite de las gesticulaciones de la turba. Estos vigilantes acaban por lo regular su cometido, jugando los sueldos tan laboriosamente ganados a los naipes y dados en las muchas mesas que rodean la valla. Esto es lo que se puede llamar las escuelas públicas del juego y de la vagancia, puestas al alcance de todas las clases y cuidadosamente metodizado, organizado y vigilado por la legislación, reglamentos y autoridad.



Pero para qué empeñarme en hacer más largo tan triste espectáculo y recargar los colores en pintura de suyo tan desagradable. Si en boceto presento algunas muestras es para llamar la atención de los hombres competentes hacia los males y pobreza que nos aquejan, y para que con tanta ligereza no se siga en la demolición de nuestro edificio social. He deseado y deseo impugnar la superficialidad con que se trata materia tan grave, y el sesgo halagüeño que intencionalmente se da a todos nuestros desaciertos. El patriotismo, si patriotismo es, no ha de ser tan mal comprendido que para ocultar llagas tan hondas y tan conocidas, se ejercite en pinturas adormecedoras y funestas. Digamos la verdad, impugnemos la opinión dominante que desde la fundación de la República se ha perpetuado entre nosotros, de que la felicidad de un pueblo consiste únicamente en el aumento de sus importaciones y exportaciones obtenidas a todo trance, aunque sea atropellando la justicia y la moral: aunque sea sobre los desastres de todos los ciudadanos como Toussaint Louverture y que puede este sólo dato estadístico, estos números, estas riquezas de corta duración regularmente acaparados por unos pocos, reemplazar por completo las buenas costumbres, las máximas, el trabajo libre, la caridad y los hábitos de economía que han sido siempre las bases de la grandeza y de la felicidad de las naciones.

Es preciso reconstruir nuestras fortunas sobre tan sólida roca para que, como la casa del evangelio, vientos, lluvias ni inundaciones puedan demolerla; vengan, pues, los arquitectos examinados y con diploma, que mi patria cuenta en todos los partidos, sobre todo aquellos que han podido penetrar el arcano de nuestras anexiones, nuestras ventas y retroventas; estos sin duda están en el secreto de muchos misterios, de muchos dolores, de muchos desaciertos, pues si los dominicanos por locos que se los presuma hubieran sido un tanto felices con las formas sociales adoptadas por su cuenta, no hubieran mancha-



do tantas veces con tan feo borrón la historia nacional. Vengan, pues, éstos, y den sus opiniones como estoy dando las mías, es decir, con entera libertad.

¿Pero éstas, mis opiniones, son acaso fundadas? Los pocos estudios que en la materia he hecho, hondamente así me lo hacen creer, mas bueno será si he merecido ser leído, que los mismos hombres las confirmen, las rebatan, las discutan; propongan otras mejores, iguales, peores, distintas. Lo llamo a discusiones que mi poca salud no me permitirá sostener, llamo a trabajar por la patria y declaro que todos mis deseos estarían colmados si uno o muchos indicaran los verdaderos medios prácticos de que fuésemos felices, aun cuando estos medios propuestos fuesen la condenación razonada de las anteriores opiniones.

Mientras esto sucede, suspendo la pluma sobre materia tan vasta y compleja y la dejo de nuevo correr sobre otra más fácil, más concreta y que entra forzosamente en el plan de estos artículos, por ser parte esencialísima del progreso que discuto. Hablo de la Administración y de los progresos que hemos hecho y estamos haciendo los dominicanos desde la Separación hasta la fecha en materia de Ciencia de Gobierno. Mi poca salud como ya he dicho, no me permite abarcar todos los ramos, pero como puedo escoger, escojo dos de los más principales:

La Hacienda Pública y las Relaciones Exteriores.

[*El Eco del Pueblo*, Santiago, Nos. 89-95, diciembre 16 de 1883, enero 27 de 1884]

VII

El papel moneda se ensayó por cincuenta años por haitianos, españoles y dominicanos, fue éste el instrumento más corruptor de cuantos han obrado con más eficacia en esta sociedad, y el que más quitó la confianza del crédito a largos plazos y los hábitos de



ahorro. Hubo pudor al principio en las emisiones, pero toda su secuela, desarrollándose en razón directa de las exigencias de situaciones angustiosas, llegó su corrupción hasta el grado de que la Contaduría emitiera papel para las apuestas de gallos del Presidente de la República. No pudo entonces resistir la Nación prueba tan cruenta y condenó para siempre un sistema que había consumido en pocos años el jugo de muchas generaciones.

Seguidamente en los años posteriores, una caterva de medios tan reprobados como el que la opinión acababa de condenar, fueron imaginadas y puestas en acción por arbitristas ignorantes de las más elementales reglas de la economía política y hasta de la contabilidad y acabaron de hundir en la ruina a la Nación y formaron de la Hacienda un caos. Un tropel de especulaciones vergonzosas cercaron las rentas públicas. Vales, *se debe*, empréstitos exteriores, deudas consolidadas, flotantes, antiguas, modernas, interiores, extranjeras; formaron la enmarañada madeja de la Hacienda que ya exhausta, sin crédito y abandonada a merced de empíricos, precedió como los hijos pródigos empeñando en manos de usureros la herencia que pudo haberles. Se hipotecó el haber del porvenir y los impuestos se entregaron a un número determinado de arrendadores generales o públicos que sentados en sus bancos cobran nuestros tributos a razón de doscientos por ciento más allá de la tasa legal. Este es con corta diferencia el estado actual del ramo Hacienda dominicano.

¿Qué remedio aconseja, si no la ciencia o la historia, a lo menos el sentido común para semejante mal? No será no seguir con los remedios empíricos hasta hoy empleados y en las que se han desconocido los más sencillos rudimentos de la economía política y la moral. Estamos en paz y no hay motivos plausibles que justifiquen un aumento de impuestos para agregarlo a los que tan afanosamente paga el dominicano. Si éstas se suman alcanzan a más de doscientos por ciento sobre los consumos en el ordina-



rio. Derechos de importación, impuestos de locomoción, pasaportes, peajes, portazgos, barcajes, de transmisión de propiedad, registros, papel, hipotecas, estampillas, notarios, de estado, al nacer, casarse, morir, impuesto de estala, impuestos municipales, y sus recargos; requisas ordinarias de autoridades locales ya por escasez de servicios obligatorios o por otras causas más tristes; derechos judiciales extra. Y todo esto se cobra sobre lo exigido en extraordinario de todas las guerras externas o internas de estos cuarenta años, ya de sangre, ya por requisas justas o injustas, ya por el desorden con que las pasiones ex profeso se han cebado sobre este pueblo infeliz, cuyo comercio arruinado y corazón sobresaltado con los males sin cuento que sobre él han caído, ha visto desaparecer todos sus ahorros y ve con espanto gravarse cada día el jornal diario, único haber que le queda, que es lo mismo que robarle la esperanza de seguir viviendo.

Y luego, ¿cómo justificar el impuesto? Por lo que el pueblo ha pagado no ha recibido los servicios que se le prometieron. No se ha hecho ni arreglado seriamente un sólo camino público, la instrucción pública gratuita sólo demuestra su oligarquía y su falta de organización, las obras públicas y los elementos necesarios de conservación de un pueblo que ha probado que quiere ser feliz y uno de sus destinos no los ha recibido. Fortificaciones terrestres y marítimas, armamento, ejército, marina, justicia, policía de previsión, de todo carece, y si bien la índole de la Nación, lo pródigo del suelo, su suave clima, el decidido amor a la independencia de los ciudadanos ha suplido y suple toda falta de organización regular, este estado precario no puede prolongarse como tampoco se hará creer que con un veinte, un cincuenta por ciento de aumento en las contribuciones va a recibir al fin lo que hace 40 años espera bajo reiteradas promesas de todos los partidos a su tiempo en el poder.

No debiendo aumentar el impuesto, todo gobierno verdaderamente digno de este nombre debe ponerse a reflexionar que



sólo hay dos medios racionales para salir de la angustiosa situación que lo abruma: o buscar los medios de aumentar la riqueza pública y con ellos la facilidad de aumentar las cargas o disminuir éstas desde ahora.

A lo primero, se opone el tiempo; a lo segundo, los hábitos adquiridos y ya consuetudinarios en el derroche de la fortuna pública. En lo primero, hay que aguardar a que la paz y sobre todo la buena dirección encaucen el trabajo, faciliten e inculquen los ahorros; que éstos se realicen, que se reproduzcan y que esta reproducción presente cuerpo a nuevos impuestos. Tamaño bien hay que tenerlo a la vista como el primordial cuidado del gobierno, como el principal fin y propósito de sus trabajos actuales.

Pero si se tienen en cuenta los elementos compuestos que entran en el aumento de riquezas de una nación, a menos de conquistas y adquisiciones, de nuevos y poblados territorios, habrá que espantarse de la dilación. El pan de cada día de la administración no admite demora, hay que cubrir los gastos o sucumbir, y este dilema disloca de tal manera a nuestros gobiernos que no pueden ni han podido nunca ejercer su oficio como debieran.

Podría contratarse un empréstito exterior para tener los medios, siquiera en dos años, de regularizar la marcha de la administración y desembarazar sus caminos, pero haciendo caso omiso de las condiciones leoninas probables de los prestamistas si no se regularizan primero los gastos públicos, si no se contiene un tanto la corrupción, no habrá caudal que baste. La marea de estos gastos en pretensiones, indemnizaciones, jubilaciones, pedidos petulantes de los favoritos, sobresueldos; aumentará y crecerá en proporción directa de la masa metálica disponible en las cajas y atropellará los mejores y más decididos propósitos de economía, si no se tiene la resolución de ponerle coto desde ahora con un dique fuerte y fijo. Este dique está a la mano como diremos más abajo.



Pero el empréstito exterior y la creación de un banco con capital extranjero entraña un peligro que no hay sagacidad que pueda evitar. Ningún banquero aventurará la gestión de su dinero a los dominicanos, es de necesidad que el extranjero sea quien administre el banco y desde este momento entra directa y personalmente en la administración pública de los dominicanos, o si se quiere mejor se sustituye el gobierno en todo y por todo. Hay que prever que esta situación por un lado, y, por el otro, nuestra inestabilidad, traerán conflictos que obligarán a los banqueros a pedir la protección de sus gobiernos respectivos. Estos no se la negarán, pues no se le puede negar a sus súbditos o ciudadanos y vendrá una perturbación, cuando menos en nuestras relaciones internacionales, si ya las circunstancias no fueren propicias para otra cosa peor para nuestra independencia.

He hablado de un dique fuerte e insalvable que regularizará las erogaciones. Este dique está a la mano, es el presupuesto de gastos votado por las cámaras con tal que se respete y cumpla como ley que es; no hay otro ni creo que las combinaciones más estudiadas de los pueblos más ilustres hayan producido cosa mejor. Con efecto, la nación que ha servido de modelo en los tiempos modernos para el sistema constitucional, se ha reservado a su cámara de comunes el derecho de discutir y votar, exclusivamente, el presupuesto o gastos de su administración. Todos los países regidos por el derecho constitucional han copiado textualmente la fórmula y nosotros también lo hemos puesto en nuestra Constitución.

Sólo, sí, que aquí hay que observar que no tenemos dos cámaras para el perfecto juego de esta combinación, y aun cuando de la sola cámara que hemos establecido podríamos sacar parecidos provechos, siempre habrá que distinguir si el personal de esta cámara está elegido siquiera una mínima parte en la masa de los consumidores, sin cambio económico o de los contribuyen-



tes puros, lo cual varía en todo y por todo la cuestión. Su explicación de esta idea puede llevarme a consideraciones extensas que no podré abreviar por más que haga, pero por lo interesante, diré siquiera dos palabras.

Si la cámara está formada por hombres que pertenecen al grupo de empleados o de pretendientes a empleos; si ninguno de ellos es productor o trabajador de los productos denominados riquezas incorporadas a un objeto o economía, esta cámara no puede conocer perfectamente la suma que debe votar; por instruidos que sean los individuos privilegiados que la componen, sin estadísticas del trabajo y producción general, no pueden saber exactamente tampoco el costo de la producción general y particular, y las rentas que hay que gravar. No pueden tampoco ser bastantes justos para repartir las cargas estando su interés personal cifrado en aumentarlos mejor que en disminuirlos. No son los dominicanos los que están en tal situación; toda la Europa y la América sufre algo de lo mismo porque el sello casi general de las obras humanas es la injusticia de los fuertes contra los débiles, pero en Europa y América la grande industria y la propiedad tiene sus órganos, mientras que a nosotros nos es totalmente imposible adquirir un solo diputado en el gremio de la pequeña agricultura, ni menos saber a cuánto asciende el trabajo y la renta de cada dominicano.

Sin embargo, de tantos inconvenientes el respeto al presupuesto votado por las cámaras es el único remedio para ordenar nuestra Hacienda, pero aquí hay todavía más dificultades que vencer al realizar este pensamiento entre nosotros. El pueblo crece de generación en generación por el régimen dictatorial que lo ha regido por tres siglos, que no hay otro Poder del Estado sólo el Ejecutivo, los demás son sombras vanas con que atormenta sus ojos, similares de ruidos con que fatigan sus oídos, y no le falta razón. A cada instante una nueva revolución, un golpe de Estado



borra de raíz los indicios de que hay tres poderes en la sociedad dominicana. A cada dos o tres años surge un dictador que anula todo lo trabajado en inculcar la legalidad y hacerla penetrar en las costumbres, y el pueblo por tanto ve confirmado en su presente toda la traición de sus abuelos mientras que el Ejecutivo con tanta facilidad a su disposición no puede menos que abusar de los poderes que se arroga y de la docilidad de los contribuyentes. No hay un solo gobierno entre nosotros, que pueda presentarse a las barras del tribunal de la historia, limpio del cargo de no haber aumentado las contribuciones y desparpajado las rentas bajo la presión de compromisos anteriores ineludibles y por las responsabilidades presentes. No justifico a tantos tiranos como hemos tenido, pero el pueblo debe saber que el Gobierno garantiza la paz exterior e interior y tiene que tener instrumentos preparados para garantizarla; y el pueblo debe saber que aquí la cosa más fácil es turbar la paz pública, porque ¿quién ignora nuestras perennes revueltas y los medios y forma con que se confabularon, y se llevaron a cumplimiento remate las cosas más estupendas: los cambios de opinión, los repentinos pronunciamientos, su rápido desarrollo, la falta de elementos conservadores para apoyar una situación dada? No hay pues, para el Gobierno otro arbitrio que medios poderosos y rápidos de represión, tener a la mano una servidumbre adicta, una especie de guardia pretoriana que pare siquiera los primeros golpes y sorpresas, pagarla con despojo de los otros ramos; extender esta trabazón en el espacio, en la forma que lo pide un territorio inmenso relativamente a su población. Conceder extensas facultades a todos los comandantes de Armas, a todos los jefes militares, constituir señoríos feudales, barones o señores de horca y cuchillo, o mejor dicho, puesto que estamos en las Indias cacicatos ligados al poder central, no por las instituciones ni las máximas, sólo por el simple convencimiento de los referidos caciques que deben ser fieles a su señor,



pues ningún otro tolerará sus desmanes y desafueros. Por mucho que digamos, por mucho que voceemos, por bien intencionado que sea el jefe del Estado y sus ministros, si la corrupción se mantiene a la altura de hoy, siempre tendremos el gobierno feudal o el otomano, o si se quiere mejor, repitiendo los capítulos de toda nuestra historia que es la de todas las colonias españolas desde el Descubrimiento.

¿Pero somos colonia o somos nación? Si somos Nación es preciso penetrarnos de los deberes que la independencia impone; si somos República es preciso llenar todas las obligaciones que el título impone. Es preciso que los partidos cumplan con su deber de ciudadanos, es decir: el que está en el poder dejando a los que no lo están con la libertad de manifestar su opinión y estar manifestándola; los manifestantes en toda su plenitud, pero revistiendo de formas decentes y corteses un fondo de justicia y de practicabilidad prudente.

Probado está que el partido hoy en el poder, con anuencia de la nación, y ayudado también de una situación inmejorable, ha dado la larga tregua que gozamos; esta situación se prolonga y Gobierno y Nación desean y piden que los ilustren para que se convierta la tregua en paz. Unámonos todos para ilustrarla, diciendo al primero nuestras necesidades, sus aciertos, sus errores, diciendo a la segunda cómo debe ayudar al primero en su trabajo. Indiquen todos los partidos lo que sería bueno hacer para que seamos felices. Refiriéndonos a la Hacienda digamos por su mala administración que no lo somos, que mientras se reparta el dinero de todos sin justicia, habrá descontentos; que no hay cosa que desespere más al que trabaja, que desaliente más el patriotismo, que engendre iras más violentas y profundas que la distribución de los fondos públicos, y sobre todo cuando los que los recogen y se los reparten a los que encarnados bajo el peso del trabajo para producir estos fondos, se les obliga a creer que esta distri-



bución es la cosa mejor posible. Pero si esto se le dice, dígame también que se conocen las dificultades del gobierno, dígame también que la corrupción lo cerca, que ésta lo obliga a cometer tamañas injusticias, que no hay manera de gobernar a quienes truecan las virtudes cívicas en venalidad; dígame también que la causa primigenia, única, sola, de todos nuestros males es esta corrupción y que para corregirla es preciso aprender la ciencia de gobierno que no consiste en traducir, copiar y recopiar leyes, imitar y parodiar formas de gobiernos republicanos; es estudiar las reformas posibles hacederas y útiles para un pueblo que hasta ayer fue esclavo de otros; hoy lo es de sus pasiones y mañana no ha de volver a ser de la de otros si no se estudia y se corrige. Corrijamos, pues, con prudencia, con justicia, con fortaleza, con templanza; juzguémonos todos culpables, hieramos nuestros pechos, digamos un mea culpa y practicando la máxima de Sócrates procuremos conocernos a nosotros mismos, que con ello sólo saldremos del oscuro callejón de la bancarrota, desahogaremos la Hacienda y entreabriremos siquiera la puerta, hoy cerrada, de nuestro progreso.

Esta hermosa misión está encomendada a los hombres ilustrados que no han perdido las virtudes cívicas, y por dicha, para mi patria, todavía hay muchos, muchísimos, que si el espectáculo lamentable de tantos errores hasta hoy los tienen retraídos, quizás al leerme, creerán que una de estas virtudes cívicas les falta...



LA REPÚBLICA DOMINICANA Y LA REPÚBLICA HAITIANA

Nadie que yo sepa entre los dominicanos se ha propuesto investigar los intereses que están en juego en la conservación o destrucción de la República. Absortos todos los ánimos en los asuntos domésticos, muy pocos se han parado a contemplar la situación geográfica de la Isla, la posición de las naciones o colonias que la limitan o circulan, el comercio que sus mares surca, el poder, pretensiones o ambiciones de las potencias marítimas, cuyo peso influye con más o menos fuerza en los variados sesgos de nuestra política. Esta materia se relega por lo regular en los limbos de lo imaginario y utópico, cuando precisamente es de las más positivas y cercanas, y aquella que más influencia ejerce en los giros variados, que a cada instante damos a nuestras relaciones internacionales y hasta a nuestras leyes orgánicas y de finanzas.

No es por cierto la República la única que está en estas condiciones. Así sucede a todos en mayor o menor poder, y de aquí nace sin duda, que en todos los consejos de ministros de estado de los países sometidos al régimen constitucional, se dé la primacía al ministro de Relaciones Exteriores, quien en último resultado es el que dispone de la suerte de la Nación.



La República Dominicana sentada en medio del mar Caribe, a la entrada del golfo de México, con un sinnúmero de bahías y puertos seguros, apostada en medio del camino por donde hace el tráfico de la América Central y Sur con la Europa, posesora de un clima delicioso, de terrenos feraces y vírgenes; poblada de habitantes cuyo origen, historia, color, religión y hábitos provienen de todas las razas y que con una civilización incipiente que la hace propia para amalgamarse con cualquiera civilización o barbarie más completa, está más expuesta que ninguna otra a recibir las influencias e impulsos que otra nación europea o americana, de algunas fuerzas, quiera imponerle. Su patriotismo sin color propio, aunque probado repetidas veces, no tiene el sello legítimo que da a una nación la confianza de sí misma y las pruebas que ha podido y sabido dar en su Constitución y arreglo interior. Se la ha visto ensayar todos los géneros posibles de forma política, sin conseguir otro resultado que el de un despotismo puro, disfrazado bajo el manto de la democracia, y esta ambigüedad o duplicidad la ha mantenido desde su nacimiento en un estado de debilidad siempre creciente, y con el sello de pueblo impotente para encontrar el asiento fijo de los elementos de que se debe componer su nacionalidad.

No es la República Dominicana la sola nación que encuentra esas dificultades. No es, no ha sido ni será fácil a ningún pueblo, si se exceptúa al pueblo norteamericano, a quien circunstancias nunca semejantes en la historia pusieron en actitud de organizarse de un golpe de una manera conveniente. No ha sido fácil, decimos, a ningún pueblo encontrar el fin racional a que aspira toda sociedad humana, es decir, el ejercicio armónico de gobernantes y gobernados en sus respectivas funciones sociales, el respeto de unos y otros a las instituciones aceptadas por la generalidad y la limitación en la ley, y por tanto en lo justo de las acciones de sus magistrados.



Por eso, el pueblo dominicano registra en su historia autonómica los más contradictorios hechos. Confundidos se encuentran actos de heroísmo y de sumisión humillante, hechos inauditos, gloriosos, y hechos vergonzosos inexplicables sin que se pueda saber qué línea quiere seguir en medio de ese torbellino. Sin embargo, a pesar de tanta contrariedad, o mejor dicho por la misma contrariedad, el que lo estudia en todas sus fases nota un fondo imperturbable de querer ser el mismo pueblo dominicano, el único dueño de sus destinos al través de los obstáculos que embarazan la ruta que a ello lleva; querer que se ha manifestado y probado en los momentos solemnes de su historia y que en este instante mismo se está probando en las manifestaciones públicas a que dan lugar los rumores corrientes de una invasión por los haitianos.

Estos rumores de una invasión haitiana, que muchos dan por cierta y otros por apócrifa, y que los gobiernos de ambas naciones se empeñan en desmentir movidos por conveniencias palpablemente opuestas, pero de rigor en diplomacia, suscita entre los dominicanos sentimientos variados. La juventud de la ciudad de Santiago a la cabeza de la de otros centros, hace desde habrá algunos días manifestaciones tan enérgicas, que la sobresaltada ciudadanía cobra nuevos bríos al sentir en ella la nota exacta del sentimiento público de las ciudades con respecto a tan vital cuestión. Empero, los hombres maduros se han dado a reflexionar sobre el caso y el conjunto de sus observaciones presentes cotejadas con la enseñanza de la historia, les hace considerar una guerra con Haití en la actualidad como la cosa más grave de cuantas han podido acontecer a la República.

La historia en su enseñanza, con sólo tres ejemplos ruidosos que puedan citarse: uno de la antigüedad y los otros dos de nuestros días, muestra patentemente donde debe residir la confianza de una nación sobre la integridad de su territorio o de su autonomía.



Los franceses, después de Sebastopol y Solferino, se creían invencibles y que ninguna nación podía resistir a sus pujanzas, pero vino Sedán y reconocieron muy a su costa con admiración general de que los alemanes les aventajaban en organización militar. Cuerdos desde esa época, hacen sacrificios constantes para reorganizar y recuperar lo que una loca presunción les hizo perder. Al Perú contra Chile le ha sucedido peor, pues ni esperanza tiene de reorganizarse; mientras que los atenienses a pesar de Maratón o por la misma maravilla de Maratón, se guiaron de los consejos de Temístocles y formando y equipando una flota salvaron la patria en Salamina. Estos últimos se penetraron de la exactitud de la regla general, que abstracción hecha de lo casual, inesperado o milagroso deben aplicar en todos los tiempos y todos los lugares las naciones y personas prudentes. Esta regla es: que para alcanzar un fin dado, se necesitan medios dados; lo que quiere decir para el presente caso que para triunfar de los haitianos, se necesitan los medios de vencerlos o resistirlos; y que estos medios, además del patriotismo que suministra hombres listos para la guerra, consisten en una buena y definida organización del ejército y guardias nacionales; en armas, cañones, ametralladoras, fusiles, pólvoras, fortificaciones, marina, etc. ¿Tenemos todo esto conforme a los últimos progresos o siquiera según los viejos modelos? No. Sólo tenemos, o mejor dicho, sólo tiene el guardián de nuestra seguridad que es el gobierno, la pequeña provisión de armas portátiles que necesita para armar a los que siguen a sus parciales cuando hay que sofocar los pequeños y desprovistos levantamientos que con tanta frecuencia antes acontecían, las facciones de trabuco y sable apostadas en la manigua. Su pensamiento fijo en este detalle no ha podido abarcar al conjunto, no ha podido por tanto organizar y proveer para lo que se ha convenido llamar la *gran guerra*, que es la que una nación a otra nación hace, pero como su misión primera, su sola y única misión es



darnos seguridad interior y exterior, debemos invitarlo y urgirle a que vele por esta última.

Pero para lograrlo debemos convencernos de que tiene un grande obstáculo que vencer. Grande, inmenso, terrible, el mismo que ha hecho venir abajo todas las nacionalidades grandes y pequeñas, continentales o insulares; bárbaras o civilizadas, desde el comienzo de las sociedades humanas hasta la fecha actual.

Este obstáculo es aquel grado de corrupción incorregible que trabaja a toda sociedad llegada a su ocaso, y que en la nuestra se pone tal prisa en alcanzar, que pocos dudan dada su actual velocidad que no le sea dable lograrlo. Sin embargo, los que aman a su patria como yo la amo (y habremos miles en la República que la amamos), creen que la corrupción puede contenerse o a lo menos aminorarse hasta el grado de no presentar como hoy, una barrera insuperable a todo trabajo de organización siempre que no se insista en aumentarla, siempre que no se adormezca el espíritu público, ocultando los grandes riesgos que se corren para que, alertados todos, viviendo sobre el *quien vive*, no se desperdicien las tradicionales fuerzas que nos quedan, las cuales reunidas y bien dirigidas bastan y sobran a nuestra seguridad, pero que dispersas y desbarajustadas como se hallan, presentan a la patria inerme e indefensa a todos los tiros que de afuera se le asesten.

La corrupción: he aquí nuestro gran mal, mal que nos circunda, nos penetra y nos tiene bien cerca de la muerte; mal que causará la desaparición de nuestra nacionalidad si no procuramos contenerla y corregirla pronto y radicalmente, puesto que la crudeza actual no debe tener hondas raíces porque no data de lejos. Ella es reciente y reprehensible. Muchos viven aún, que hicieron o vieron hacer, los sacrificios cruentos que la abnegación dominicana ha escrito con letras de oro en los anales de su primera historia. Yo mismo, tuve el honor de participar en los que se hicieron en la Restauración, que ni menores fueran, ni comparación



tienen, sólo con los heroicos sacrificios de los pueblos más clásicos de todos los tiempos. ¡Épocas grandiosas de mi patria!, yo os saludo con respeto, y si conmovido os evoco, es para que tan altas y provechosas lecciones la sociedad presente no las olvide, para que teniéndolas a la vista y guiada por ellas, aconseje y ayude a los gobiernos que nos rigen a no convertir en sistema los métodos empíricos corrientes tan torpemente empleados en la República y que consisten en esta fórmula que los condesa: estrujar al trabajador hasta el grado de que exangüe, desesperado, le sea indiferente la conservación de la República.

No me corresponde por cierto sondear el abismo desconsolador de nuestra corrupción ni formarle expediente; las memorias de los hechos parciales acontecidos lo están suministrando muy completo a la historia. Menos tampoco me corresponde señalar los medios que pueden, desde luego, emplearse para irla corrigiendo poco a poco; este trabajo lo paga la nación a sus mandatarios a quienes nadie puede sustituir. A mi objeto actual solo bastan algunas, acompañándolas con una sola observación entresacada de entre las muchas que el caso sugiere. Suponiendo por ejemplo, que mañana sea rota la paz y declaradas las hostilidades entre los dominicanos y los haitianos por cualquier pretexto o causa, ya sea por la insoluble cuestión de límites pendientes, por la de refugiados políticos, por los perjuicios del comercio fronterizo, por el giro de la política exterior de uno u otro gabinete, etc. Desde ese instante mismo, el gobierno pierde el poder y solaza de dar los empleos de lucro desmedido y de reconocida inutilidad que hoy otorga, de dar concesiones, de constituir compañías de arrendadores generales de las rentas públicas, de conceder monopolios inauditos, jubilaciones y pensiones gratuitas, y otras muchas regalías ocultas y sin nombre que con gran contento y desahogo muchos hoy gozan y que con tanta estrechez, desesperación y tra-



bajos, el pueblo paga y ve conceder. Desde ese instante mismo, el gobierno no puede ni debe contar con otro apoyo, más que con los recursos acopiados y con el patriotismo de todos, y mal puede pedir patriotismo a todos, si ignorando como se crea y se sostiene este elemento indispensable a la conservación de las naciones, no ha sabido hacer amar la patria por el mayor número que son los pequeños, como madre amorosa; y mal podrá encontrar acopios de armas y bastimentos si la prodigalidad y la codicia han agotado la fuente que los produce, que es el respeto al trabajador y al fruto de su trabajo.

Y lo decimos porque hace tiempo que lo predicamos, lo explicamos y lo pronosticamos por todos los órganos de publicación del país: por la prensa periódica, por conversaciones, por cartas impresas a centenares. Destruida la pequeña propiedad en el Este, los antiguos ciudadanos rebajados a simples braceros sólo tienen que defender en la actualidad, además de algunas fincas arruinadas, los escasos restos que el modo violento como dichas fincas se fundaron, de sus ganados perdonó. El pequeño labrador del Cibao después de pruebas estériles sobre el café, cacao, algodón, etc., impuestas por politicastros que no lo dejan tranquilamente dirigir su trabajo, anda errante de minas a fincas, de fincas a ferrocarriles, de ciénagas a cortes de campeche; ha olvidado su bohío, su fundo, sus conucos y con su ruina ha quedado destruido el abastecimiento que tuvo el cantón y la familia en las guerras de la primera República y Restauración. Rotos para éstos, los lazos que dan el bienestar e imponen sacrificios y colocado en la vida nómada, podrá ser que vean con indiferencia el derrumbamiento o sostén de un estado de cosas que les ha quitado todo goce y sólo les da privaciones. Esto es preciso remediarlo a toda costa, es preciso detenernos en este trabajo de desorganización del patriotismo, pues se acercan tiempos en que será tan funesto a quien explota, como hoy lo es al explotado.



Si la nación ya hoy quiere oírme, si me ayuda a que en plena paz y concordia, sin conmociones, revoluciones ni camino alguno de personas, cambiemos las cosas, las cosas solas; si me ayuda a persuadir al Gobierno a que reconozca verdades tan palpables, pronto sobrarán los medios de tener segura la autonomía dominicana contra cualquier pretensión haitiana.

No pidamos cosas imposibles, pidamos sólo que oiga la voz de la razón, la experiencia de los siglos, la conveniencia de todos y aunados con él busquemos los medios de conservarnos. El tiempo urge y tal peligro vemos en la tardanza que en breves pero fundadas razones, haremos conocer el antagonismo fundamental, indestructible, que hay entre uno y otro pueblo, cual que sean las relaciones más o menos cordiales que hoy o luego unan a ambos gabinetes, y con razones aún más breves, haremos conocer el peligro que corremos por no saber aprovechar el tiempo precioso, que a pesar de nuestras faltas, las convulsiones políticas haitianas aún nos dejan después del mucho que nos han dejado.

Así desvaneceremos esa nueva ilusión que ciega a muchos a esa única esperanza con que la corrupción quiere alimentar la debilidad por ella producida, de que Haití no nos puede invadir porque a su gobierno le falta cohesión cuando nunca más que ahora la ha tenido, de que lo amenazan facciones, como si a los conquistadores, generalmente tiranos, les hubieran faltado nunca, que carece de elementos suficientes para agredir y hasta de valor el personal de su ejército. Trivialidades de miopes que confían su libertad a lo mismo que puede arrebataréla, de imprudentes que se empeñan desde ahora en dejar a merced del enemigo hereditario todo lo que de más caro el hombre posee: patria, familia, vida y libertad.

¿Cuál es el hombre de estado que al observar el origen, el idioma, las tradiciones, hábitos, raza en mayoría y tendencias dominantes de uno y otro pueblo, sobre todo en lo que se refiere



a la política con los extranjeros de raza blanca, desde la fundación respectiva de ambas autonomías e imperturbablemente seguida por uno y otro estado al través de sus vicisitudes, no comprenda el antagonismo perpetuo en que mantiene a ambas naciones, tan opuestos propósitos? ¿Quién no comprende que por sus tendencias cosmopolitas la República Dominicana es una amenaza constante para la de Haití, mientras que las tendencias exclusivistas de la República de Haití no se encuentran seguras y completas, sólo con la absorción de los dominicanos y la indivisibilidad del territorio? Aquí no imaginamos, no inventamos; hacemos constar un hecho público, notorio, que es el alma de la política de ambas naciones y que lo será, hasta la resolución del problema por la fuerza y por cualquier otra combinación más satisfactoria y definitiva de la diplomacia. Si los hechos no han correspondido hasta ahora al objeto a que tienden ambos principios, debido es a la debilidad intrínseca de una y otra sociedad, a la torpeza de sus políticos y otras causas más remotas que con frecuencia intervienen; pero lo cierto es que ni uno ni otro pueblo se da los límites trazados por la naturaleza de su creación y de su propia conservación. Si el que es y ha sido numéricamente más fuerte tarda a veces a ponerse en movimiento para brutalmente imponerse con las bayonetas, es porque tiene en su seno el mismo principio perturbador que viene a someter entre los dominicanos, es decir: la raza de color, que significa la civilización en Haití, la embellece y la pone en contacto y comunidad con el mundo cristiano; pero cuando la raza exclusivista la ha contenido o quitado el poder; cuando la política ultra negra impera y llega a su maximun de intensidad, sea bajo Dessalines, Cristóbal, Soulouque u otro, créese potente, absoluta y principia la agresión violenta. Aquí debemos hacer notar lo más importante de ciertos fenómenos accesorios de muy difícil percepción para la miope política dominicana, la cual ha puesto toda la indiferencia de



su ignorancia en lo que la verdadera política tiene por norte de todos sus actos, es a saber: que los derechos de soberanía en las naciones, aunque absolutas en teoría, nunca lo son tanto en la práctica que no se subordinen a otros derechos superiores a los suyos. El derecho de soberanía de una nación es inmanente en cuanto a su régimen interior, pero fuera de ahí topa con las solidaridades internacionales que es un derecho tan inmanente, tan lato y omnímodo, que toda nación, hasta la romana ha tenido que someterse a él.

La República Dominicana por las vicisitudes que tiene, por la posición geográfica que ocupa y por sus nexos anteriores, es una entidad que se cuenta y siempre se ha contado en muchas cancillerías; y esta vecindad, vínculos y posición la obligan a poner sumo cuidado en cosas que otras naciones americanas pueden olvidar. Su política dada a la casualidad, sin objeto determinado, sin plan fijo, la expone a ser el juguete de otras, que previsoras, sin saber cómo ni cuándo la hacen perder el rico bien a tanta costa adquirido de su nacionalidad. Sucede hoy como siempre ha sucedido, desde los filibusteros y más que todo desde 1802. Su situación la envuelve en cuestiones que se debaten al parecer fuera de su esfera, según los cálculos de los que no pueden abarcar *a priori* los intereses y hechos generales e inconscientemente se ve arrastrada a dependencias imprevistas; nuestra historia así lo proclama, nuestras anexiones, reincorporaciones, reconquis-tas, donaciones y restauraciones así lo manifiestan. La culpa toda entera recae en los directores de la vida nacional que faltos de las dotes que constituyen a los hombres de Estado, no pueden abarcar el conjunto de los hechos e intereses generales en sus relaciones con la vida autonómica dominicana, por lo cual han venido haciendo, casi todos, el papel de payasos en las tragicomedias que en el teatro del mundo hacen representar un siglo a los dominicanos.



En prueba de lo dicho, puedo indicar dos ejemplos recientes, dejando a un lado otros más antiguos, tales como don Juan Sánchez Ramírez, José Núñez de Cáceres, Pascual Real, a quienes la historia imparcial ya ha juzgado, clasificándolos como a tales. Los dos ejemplos que voy a citar compendian la historia general de la primera República, han sido conocidos de la presente generación y por tanto, más que sobre ninguno, podrán los que esto lean, juzgar de la verdad de mis asertos.

Santana, que a dotes militares sobresalientes muy probadas, a un patriotismo reconocido y a una honradez privada, incontestable, no le fue dado unir el acierto para insistir en la elección de hombres idóneos que lo ayudasen a dirigir a la nación en su vida autonómica, se vio obligado por embarazos y dificultades suscitadas por su incapacidad política y el conato tradicional e insistente de muchos de sus ministros, a borrar todas sus glorias dominicanas con el hecho incomprensible de la anexión española. Santana mismo, es de creer, no supo nunca, el por qué cambió deliberadamente el glorioso título de Libertador de su patria por el de Marqués, el de general en jefe de todo un ejército por el de teniente de algunos tercios, el de primer magistrado de una nación por una cinta de colores vivos y como ejemplo memorable, en la piedra funeral de su sepulcro, el buril de un artista desconocido ha grabado con caracteres indelebles todos estos actos estupegados de su inflexible destino.

Báez, en su primera administración, tuvo más capacidad política para dirigir la nave del Estado al través de los escollos que la cercan. Imaginó y puso en planta un bloqueo y una serie de desembarques en las costas haitianas, coronadas con una triple mediación de tres naciones poderosas que garantizaban una tregua de diez años. Sugerida por otro o fruto de su talento, esta concepción fue un golpe de genio político que es preciso reconocerle, que lo puso más alto que Santana dentro y fuera del



país, dio desahogo a su administración y le permitió realizar cosas tan notables que hicieron durar su popularidad más tiempo que la de ningún otro. Después, y esto inclina a creer que la concepción no fue suya, Báez bajó de tan alto pedestal, se dio a perseguir dinero y otras miserias propias de hombres comunes y perdiendo todo tino político fue alternativamente francés, español y americano, abandonó su alta misión patria y hasta llegó a creer que la debilidad accidental de una de las potencias marítimas de Europa había hecho dimitir a ésta de su ingerencia en todos los negocios del mundo. Así murió en playas extranjeras aborrecido de muchos y olvidado ya de todos. Funerales ruidosos que significan sus errores sellaron su tumba así como también la de su émulo. Su lápida sepulcral mostrará a la posteridad lo que fue.

Lecciones son éstas tremendas y justicieras que demuestran cuán falsas son todas las reputaciones de los que no han seguido una línea de conducta fijada en el amor de sus conciudadanos, guía la más segura para todo hombre de Estado verdaderamente digno de este título; que es la clave que les hace encontrar soluciones honrosas y felices para todas las cuestiones graves que se le presentan, al mismo tiempo que reserva a su memoria la consideración de todas la generaciones.

Lecciones también son éstas que demuestran que mientras nosotros dudamos y nos entregamos a proyectos sugeridos por la versatilidad de la ignorancia, mientras esta misma ignorancia aumenta las discordias intestinas con su secuela de corrupción que es nuestro pan cotidiano; Haití, comiendo el mismo pan pero contenido por su exclusivismo negro, el cual, a pesar de todo lo malo que encierra siempre, es un plan definitivo, conocido y un freno conveniente a los elementos de disolución que encierra. Haití viene siendo el instrumento mejor situado y preparado para ayudarnos o embestirnos, según convenga a intereses cuantiosos



difíciles de discernir. La política no tiene entrañas, decía Talleyrand, y muy pocos entre los directores de la nuestra han dado pruebas de conocer los resortes variados y la crueldad profunda de la diplomacia para producir y desarrollar acontecimientos que precipitan al abismo a las naciones, que causan perjuicios notables por no tener un plan definitivo en su vida nacional.

En el estado actual de los estudios que en mi patria se hacen sobre la política trascendental basta a nuestro objeto las ligeras indicaciones apuntadas,

las hemos acompañado de pruebas fehacientes para no pasar como ya en otras materias hemos pasado por ilusos, retrógrados o visionarios. Con este temor limitamos unas apreciaciones que nos llevarían más lejos de lo que a falta de claves y a una mala salud convienen, pero no queremos concluir las ciñéndonos al móvil y objeto que puso en nuestras manos la pluma sin encarecer al gobierno que vele por la seguridad de la patria. Su misión no es fácil si se dejan los abusos actuales, si no se detiene la loca prodigalidad corriente, si no se levanta el patriotismo con actos de justicia, si no se arma a la Nación. Pero el peligro que ella misma corre allana toda dificultad ante este peligro no puede prevalecer abuso. Toda barrera debe caer en su presencia. La Nación quiere ser libre y lo será, ella ha probado que quiere serlo, y Dios que tantas veces y al través de los errores políticos de sus mandatarios ha salvado su libertad, palmariamente muestra que tiene decretado que la conserve. Si el enemigo tradicional que desde 1863 por nuestros desaciertos viene minando todos los baluartes, todo el suelo en que sus fundadores asentaron la República Dominicana, cree que ha llegado el momento de pegar fuego a su mina; es preciso empezar la contramina con buenos instrumentos y con resolución. Sobre ésta a los ciudadanos y al Gobierno igualmente, pero no



basta. No basta, repetimos, pues no se trata de morir bien: se trata de vivir, de vivir libres y descansados.

San Francisco de Macorís, enero 22 de 1885.

Pedro Francisco Bonó

[*El Eco del Pueblo*, Santiago, Nos. 143-146, enero 11-feb.1° de 1885]



PRIVILEGIOMANÍA

Con verdadera satisfacción damos cabida al siguiente documento emanado de persona imparcial y competente, y cuyo nombre reservamos por no violentar la modestia de su carácter, que le ha impuesto el aislamiento en que vive, y desde lejos le permite ver moverse los actores de nuestra escena política con visión clara y serena.

Dice así esta carta:

“Señor y amigo, la lectura de *El Porvenir* de enero próximo es la que me hace escribirle. ¿Conque ya hay un gobierno que se acuerda del triste agricultor, que le dice los precios de sus frutos en el extranjero, que no pone un contraste público al peso del comercio? Bueno, muy bueno: viva el gobierno cristiano que un día vio a su prójimo como a sí mismo.

Así como así, en verdad general, que estamos ya, los que vivimos en los rincones y poco o nada apetecemos, y hartos hasta la saciedad de tanta hojarasca como brota de las plumas de muchos de nuestros escritores. Véanse las peticiones de los azucareros de Santo Domingo, estampadas en *El Porvenir* del 17. Bien por la respuesta de usted. La tendencia de todo el mundo aquí, es de obtener privilegios, pero ¡qué privilegios!, es decir, el derecho de gozar del sudor del pueblo y de las rentas del gobierno sin otra cosa que hacer sólo gozar de ambas; de manera que ni se sabe



cómo pueblo y Gobierno sobreviven y existen. De algún tiempo a esta parte casi todo es de ciertos privilegiados, y la privilegiomanía ha llegado a invadir hasta los municipios, los cuales siguiendo el ejemplo venido de arriba han enajenado y vinculado la mayor parte de sus proventos en manos de uno o dos. Y nuestros periódicos lo que hacen es elogiar, elogiar el progreso. Que vienen capitalistas extranjeros y establecen cuatro o seis haciendas de caña de azúcar sobre terrenos feraces, casi a precios de regalía y a orillas del mar o de ríos navegables —bravo— que introducen la maquinaria, casas, techo, carros, etc., sin pagar un céntimo —bravo, bravo—, que los amos se ven rodeados de una población que antes eran los dueños del terreno y ahora son sus braceros, que esta misma población, además de haberse convertido en siervos, defienden y custodian estas fincas con el Remington, y a sus propias costas, y que muchos no quieran que los productos sacados no paguen, siquiera, el Remington con que el peón defiende la finca, y que aquí paren y se detengan los bravos, bravos. Pues, General, defienda al peón que es la patria y la Patria es el todo.

Como vivo en un lugar muy atrasado, tengo opiniones todavía más atrasadas, pues le aseguro General, que mientras más veo proteger la caña de Santo Domingo, más pobre veo al negro de Sabana Grande y Monte Adentro, y si sigue ello, no está lejos el día en que todos los pequeños propietarios que hasta hoy han sido ciudadanos, vendrán a ser peones o, por mejor decir, siervos; y Santo Domingo una pequeña Cuba o Puerto Rico o Luisiana. Pero la materia es por demás larga e impropia de una carta de felicitación”.

[*El Porvenir*, No. 337, Puerto Plata, 6 de marzo de 1880]



CONGRESO EXTRAPARLAMENTARIO

DIARIO DE LOS DEBATES

Editor: Pedro Francisco Bonó

San Francisco de Macorís, calle de Colón N° 40

Condiciones

Es gratuito y su tirada muy limitada en cantidad y duración por la escasez de fondos de la empresa fundadora. Se reserva el derecho de reproducción por el temor de que no agrade; pero si agradare y quisiese hacerse nueva edición, aceptará con sumo gusto las peticiones que sobre el caso se le dirijan, sin exigir por la licencia, retribución alguna. No admite colaboraciones ni anuncios. Declara, como derecho perfecto de todo editor, que no entrará en polémicas si tratan mal a su congreso sea quien fuere y como fuere; pero esta declaración no menoscaba el derecho que tiene todo el mundo de tratarlo como mejor le parezca. Desearía sin embargo que los juicios principiaran del tercer número en adelante, observación que cree hacer en provecho de los críticos que se tomen el trabajo de parar mientes en tan modesto trabajo.

El Diario de los Debates del Congreso Extraparlamentario, al entrar en el palenque periodístico, saluda respetuosamente a la prensa dominicana y espera de ella y el público que lo acojan con



benevolencia perdonando sus faltas, ya que sólo es el diario de una reunión congregada entre los bosques.

La Patria no necesita, sino de que todos sus hijos se penetren; de que el egoísmo y abandono de ellos es lo que la tiene postrada; y se apliquen a observar una conducta contraria, moralizando con el ejemplo y excitando al trabajo de igual modo.

Es verdad que esas bellas disposiciones siempre han abundado en los buenos, y que, según la historia, gobiernos corrompidos y corruptores son los que han destrozado con sus propias manos los frutos que debieron cosechar para fortalecer y dar salud a la patria; pero también es cierto, que hoy se va conociendo mejor de qué males han adolecido los gobiernos, y de cuáles el pueblo, y que de una y otra parte se tiende a la perfección.

No desesperemos pues, de acercarnos a ella lo más posible.

CONGRESO EXTRAPARLAMENTARIO Diario de los Debates

Los habitantes de todo el territorio de la República a la vista de la honda miseria que los agobia y desengañados, por un momento, del fantasma de progreso del país que muchos sin pruebas decantan, han determinado por medio de un acuerdo tenido en estos días y que quieren que sea público, en nombrar un representante respectivamente de cada provincia y distrito, para que a su nombre y representando sus personas discutan los intereses generales de la República y los especiales de cada localidad, a fin de tomar, después de discusiones bien meditadas y aprobadas, resoluciones que en forma de votos indiquen a la opinión los derroteros que habrá que seguir, para no continuar cavando el abismo en que, hace tiempo, se viene trabajando con un éxito, por cierto menos digno de tan abominable obra.



La convocatoria ha sido oportunamente lanzada, y la fecha elegida. La sabana de San Diego es el sitio determinado. Allí y en La Mata del Borrego, semejantes al areópago ateniense; al aire libre, bajo el espeso y verde follaje de árboles seculares, en medio del inmenso llano que a veces tiene por límite el horizonte, con vistas encantadoras y rodeados de todo el lujo de nuestra exuberante vegetación; no consultando otros intereses, sólo el de los dominicanos; sin pasiones, sin codicias soeces, sin los imperiosos mandatos de electores de cábala y con la buena voluntad que debe tener todo aquel que legisla en esta u otra forma, entren de lleno a discutir los altos y difíciles problemas que la sociedad, de que forman parte, pide que con urgencia se resuelvan.

Instalación del Congreso

A las nueve de la mañana, los curiosos son escasos en La Mata del Borrego. Tal cual ganadero o labrador, medio indiferente, vaga debajo de los árboles, cuando los miembros del Congreso van tomando asiento en rústicas barbacoas, hechas de tablas de palma asentadas sobre horquetas de guayabo. Una mesa de tablas de cabima con papel, pluma y tintero y sin tapiz, sirve de bufete; y, un grueso tronco, de tribuna. Cabe un árbol, un calabazo galeón lleno de agua de Quebrada Campo tapado con una tusa, contiene todo el refresco de los diputados que pueden beber en unas jícaras o jigüeritas colgadas de varias ramas.

Los Diputados son los siguientes señores:

Diputado **A** por Santo Domingo

Diputado **B** por Santiago

Diputado **C** por La Vega

Diputado **D** por Azua



Diputado E por Seibo
Diputado F por Puerto Plata
Diputado G por Samaná
Diputado H por Montecristi
Diputado I por San Pedro de Macorís
Diputado J por Barahona
Diputado K por Espaillat

Procedióse a la instalacion del bufete provisorio ocupando la presidencia el más anciano, el señor A, Diputado por Santo Domingo (1504), sirviendo de Secretario el señor K por ser el más joven.

El señor A, ocupó la presidencia en una barbacoíta un poco más elevada que las otras, a la cual fue arrimada la mesa con un escabel para el secretario. El mismo presidente verificó sus poderes y los declaró buenos, después los del secretario, y uno por uno los de los demás diputados, encontrándolos todos en buena y debida forma. Entonces, declaró que se iba a proceder a la elección del bufete definitivo, pero levantándose todos los diputados a una voz declararon que aceptaban como definitivo el bufete tal como se hallaba. Que el decano que los presidía provisoriamente reunía todas las condiciones apetecibles para presidirlos: saber, experiencia, cortesanía, prudencia y el tacto y firmeza necesarios para dirigir los debates de una pacífica asamblea, cuyas reuniones no tendrían más alcance que los que la opinión pudiera darle. Que proceder a nueva elección con las ritualidades de uso era perder un tiempo precioso cuando tanto apremiaba el estado del país, y por fin que ellos daban por definitivo el presidente y secretario provisorios.

El Diputado A, poniéndose de pie: —Señores, la mayoría del Congreso me aclama presidente definitivo de la Asamblea, y de-



ber mío es darle las gracias como se las doy de todas veras. Este deber me es doblemente grato tanto por la honra y prez que recibo, cuanto porque mis comitentes se ven enaltecidos por él.

Mis comitentes, señores, luengos años luchan más que ningún otro grupo de la República para encontrar fórmulas de gobierno provechosas para la generalidad de los dominicanos. Su afán más constante ha sido experimentar en este suelo querido, todas las teorías mas avanzadas de la época; hasta ahora este afán no ha tenido éxito, penoso me es declararlo y, si hoy no lo hiciera, mañana la historia lo hará, pero ella hará constar, como ahora me empeño en hacerlo, los esfuerzos repetidos, los desvelos infinitos, el trabajo incesante que mis comitentes han hecho y sufrido por encontrar en el país y en su gobierno los elementos necesarios y armónicos que den a la sociedad dominicana, si no toda, a lo menos una poca de dicha.

Para ver si encontramos estos elementos, analizar los medios de que dispone el país en sus hombres, en su educación, en sus hábitos y tradiciones, en su propiedad, en sus vecinos cercanos o lejanos. Para ver descubrir los obstáculos o motores que todas estas cosas reunidas o cada una de por sí oponen o dan al libre juego de su trabajo personal y de ahorro; para soltar tan apretado nudo, tan intrincada madeja, es que nuestros electores nos han hecho el honor de darnos el mandato de buscar nuevas fórmulas, si después de estudiadas maduramente las presentes en curso en el país no le encontramos adaptaciones más racionales con el modo de ser natural y estable de la República.

Posible es y hasta cierto será que no logremos lo que de nosotros se espera. No debemos mecernos en sueños que han dejado defraudadas las esperanzas de tantos grandes hombres, pero de todos modos, si he de juzgar a mis demás colegas por lo que en mí pasa, aportaremos la buena voluntad que es a la que Dios da acierto; y obrando en un medio libre, no gozando sueldos ni ju-



bilaciones, no moviéndonos otro anhelo que el del bien público, podrá ser que nuestras discusiones, si son oídas, señalen a otros más expertos, puntos hasta ahora oscuros, y otros que cubiertos por velos engañosos, al nosotros descorrerlos manifiesten dónde y cómo puede buscarse la dicha de los dominicanos.

Para principiar con método nuestras tareas, propongo a los señores diputados que el reglamento interior del Congreso Nacional lo adoptemos para nuestros trabajos con las modificaciones que nuestro excepcional caso requiere.

El Presidente después del discurso que antecede, sacó de uno de los bolsillos de la levita el reglamento del Congreso Nacional que previsoramente había traído, lo pasó al secretario, éste lo leyó en alta voz pausadamente, se le hizo muchas modificaciones y alteraciones, después de lo cual fue aceptado a unanimidad.

Sesión del día segundo

Hay más concurrencia en La Mata del Borrego cuando a las nueve de la mañana todos los diputados han ocupado sus asientos.

El Presidente: —La orden del día trae lo siguiente: “Averiguar el porqué la agricultura y ganadería dominicanas se hallan tan atrasadas y por qué da en razón del número de agricultores y ganaderos tan escasos y malos productos.

El Diputado B. —Señores, la cuestión tal cual se nos some te es vasta y compleja como pocas, hay la escasez y mala calidad de nuestros productos hoy día, y depende de causas morales y materiales tan varias que preciso sería en capitales multiplicados al infinito, dividir el programa que la cuestión encierra. Considerando la cosa detenidamente abarca todo el trabajo, es decir, a la sociedad en acción, y la sociedad es un organismo tan



complicado y extenso que ha gastado la vida de los más grandes hombres desde Moisés hasta Gladstone, sin que hayan podido resolver de una manera clara y definitiva las incidencias de las grandes líneas expuestas por el primero en el decálogo, compendio definitivo de la vida feliz de los hombres sobre la tierra. Paréceme que debemos limitar nuestra ambición a lo que nos es posible, a lo que es hacedero, y clasificar o especializar las cuestiones que estamos encargados de estudiar. Haremos como hacen los hombres de ciencia, por ejemplo los botánicos: principiaremos por la organografía, anatomía y fisiología de la sociedad que debemos estudiar y después pasaremos a su física y química.

El Diputado G. —Algo largo me parece el método, si no fuere pedantesco.

El Diputado B. —Permítame el colega hacerle observar que lo que acabo de decir es un símil. El cuerpo social no es materia como el vegetal, pero en realidad tiene raíces, ramas, troncos y frutos tan visibles para el sociólogo y hombre de Estado, como para todo el mundo los troncos, frutos y raíces del árbol que se tiene a la vista.

El Diputado J. —Concedo lo que el diputado B avanza, pero me sería grato y de instrucción personal saber, ¿dónde cree el señor B que están colocadas las raíces de la República?

El Diputado B. —Las raíces de la República Dominicana están asentadas en su situación geográfica.

El Diputado C. —Paréceme que nuestra reunión no es para chanzas y menos para cursos de geografía.



El Diputado B. —No chanceo.

El Diputado C. —Pues bien, si el honorable B no chancea le diré lo que él y todo el mundo que ha frecuentado una escuela sabe, es decir, que la República Dominicana o Haití está situada entre los 18 grados latitud Norte y 69 grados longitud Oeste; que está a la entrada del Golfo de México, la baña por un lado el Atlántico, por el otro el mar Caribe; tiene buenos puertos, bahías inmensas, está dividida de los dueños de la parte occidental de la Isla por una línea que arranca en la bahía de Manzanillo, hace una curva profunda por San Rafael y desciende por el distrito de Barahona a la boca del río Pedernales.

El Diputado B. —Perfectamente hago al Diputado C mis cumplidos por la somera, aunque tan completa y gráfica descripción que nos ha hecho, pero lo dicho es sólo la descripción física geográfica de la Isla, mas no es lo que cae bajo nuestros estudios, es el dato indispensable que nos guiará en todos ellos, es como el faro que nos enseñará el puerto a que debemos dirigir nuestro rumbo, pero en manera alguna son los escollos, las olas, los bajíos, las tormentas y corrientes de que está sembrado el camino.

El Diputado H. —Puesto que el Diputado B indica que la posición geográfica de nuestra patria implica para la buena marcha de la nave del Estado, tormentas y borrascas, en medio de escollos tales como el Banco de la Plata, el Pañuelo Cuadrado y Banco de Bahama, sería de opinión que no salgamos del puerto y procedamos a verificar minuciosamente el buque; examinar sus aparejos, los rotos, los podridos, los buenos, sus palos o calderas, cordajes, anclas y lonas, y sobre todo el casco, no sea cosa que ni siquiera podamos darnos a la mar.



El Presidente. —Ruego a los señores diputados examinen con atención el mandato que tenemos de nuestros comitentes para no gastar el tiempo en vaguedades como muchos congresos legislativos; ellos por lo menos gozan crecidos sueldos y, por lo mismo, perder tiempo para ellos es ganancia; mientras que a nosotros nadie nos paga y nos urge remediar los males como participantes que somos de los que padecen. Si la mayoría opina por proceder a la manera de los botánicos, mal podremos hacerlo a la manera de los marinos.

El Diputado B. —Viene siendo lo mismo, señor Presidente: el buen marino estudia su oficio desde el principio hasta el fin y el buen botánico no puede proceder de otro modo. Si el marino no conoce el mar que va a cruzar ¿cómo sin riesgo podrá navegar en él? si...

Muchos Diputados. —A la cuestión.

El Diputado B. —Pero señores, si estoy en ella en los amplios términos que ha sido propuesta, mas si se sirven plantearla en términos más estrechos, de seguro acertaremos en proponer un poderoso paliativo que disminuya el mal que nos aqueja.

El Presidente. —Ruego al honorable preopinante concrete el punto según su manera de ver para que el Congreso resuelva.

El Diputado B. —Propongo la siguiente orden del día. “Averiguar por qué la agricultura y ganadería del Cibao que antes de ahora daba comida, vestidos y ahorros a los habitantes de dicha comarca, hoy no da siquiera la subsistencia de sus pobladores. Y hecho el estudio y averiguada la causa, proponer un remedio”.



Los Diputados C, D y E. —Apoyado.

Los demás Diputados. —Apoyamos todos.

El Presidente. —Puesto que la unanimidad del Congreso ha aprobado la orden del día propuesta por el diputado B tiene este señor la palabra.

El Diputado B. —Ruego al señor Presidente y al Congreso observar que ya es tarde, los alojamientos algo lejos, que la materia da margen a muchas consideraciones y que por tanto no podemos darle cima sólo en sesiones tempranas y largas.

Fue aprobado por el Congreso lo dicho por el Diputado B y siendo ya la una se levantó la sesión.

Sesión del día tercero

Ya el sol había extendido sus rayos por toda la sabana, las gotas de rocío iban desapareciendo de los pajones, mientras que los bramidos del ganado anunciaban desde los montes sus paseos cotidianos. La alta cima de Quita Espuela, como reina y señora de aquel llano, ostentaba su corona de nubes en su azulada frente, y una infinidad de ruseñores y calandrias posándose en las ramas de los hicacos y pomas rosas, poblaban el aire con sus trinos y gorjeos. El verde pajoncillo o maicoté, como un inmenso tapete de terciopelo esmeralda se extendía a más de diez leguas a la redonda, salpicado caprichosa y graciosamente con oteros, cañadas y matas, semejantes a enormes ramilletes adecuados a la dilatada mesa en que estaban sustentados. Muchos aldeanos del Cibao noticiosos de las cuestiones que iban a ser tratadas por el Congreso, acu-



dían al sitio de la reunión; también algunos comerciantes y varios curiosos. La mañana era fresca, el tiempo sereno y bajo los árboles, algunos campesinos se desayunaban sacando de hondos macutos y alforjas de guano huevos duros, fiambres, tostones y casabe, que humedecían con algunos sorbos de aguardiente de caña.

Serían las diez cuando el grupo de diputados ocupando sus barbacoas se encontró completo.

El Presidente. —El señor Diputado B tiene la palabra.

El Diputado B, puesto de pie sobre el tronco tribuna. —Señores, el más ilustre de los oradores romanos principió muchos de sus bellos discursos con un exordio pidiendo la ayuda de los dioses para convencer a su auditorio de gentiles. Yo, señores, cristiano y teniendo por oyentes a cristianos, pido la ayuda de Jesucristo para que dé a mi voz los acentos propios de aquel que en busca de la verdad quiere con ella convencer a los hombres. Con la verdad, con la experiencia de la historia, sobre todo de la historia patria, pondré de relieve el trabajo pasado y el trabajo presente; las opiniones que lo dominaban y dirigían, las que hoy lo empujan y encaminan, y los resultados por uno y por otro obtenidos.

Retrogrademos un poco, rememoremos a grandes rasgos lo que era no hace mucho el trabajo ciabeño. La base en que estaba sustentado, el resorte principal que lo movía, era el cultivo del tabaco. Este poderoso resorte ponía en movimiento todas las capas sociales, todas las fuerzas activas de la sociedad, por medio de engranajes fáciles y suaves, resultado feliz de un trabajo esencialmente nacional, y digo nacional, porque no era, no es, ni será dable a un grupo tan desprovisto de capital y ciencia geopónica como el nuestro, imaginar un cultivo de menos espera



para la cosecha que necesite menos máquinas y conocimientos de agronomía, que dé rendimientos más pingües relación guardada con el capital y tiempo en ellos empleados, que haga más libre el pequeño propietario, que le dé más energía y previsión. El tabaco daba ocupación fructuosa a los sembradores y extractores de nuestros textiles y a los fabricantes de todas las cuerdas en uso: hilos de enseronar, cinchas, lazos, maniotas; a los recolectores de los guanos y canas y a los que con ellos fabricaban serones, álgnas y enjalmas; a los ganaderos, a los arrieros, a los potreros y dehesas; a la población flotante de los pueblos y ciudades empleados en separar, descabezar, enmanillar, enseronar, entretejer, empacar, estibar. El cultivo del tabaco, fruto de cuatro meses de vida, dejaba a los conucos limpios y habilitados por ocho meses para la siembra y cosecha de frutos menores, que bajo la continua fertilidad estival de la zona que habitamos, no dejó ni pudo dejar con escasez las subsistencias. El mismo conuco que en cuatro meses dio el vestido del año con hartas sobras; en los ocho meses restantes dio la comida barata, abundante, a saciedad. Cruzó sequías, huracanes, bajas de precios, revoluciones pero la índole del cultivo no dejó nunca caer a la población en el marasmo, en el pauperismo de hoy, no la dejó caer porque la misma naturaleza del cultivo no podía dejarla caer.

Pero cambió la opinión y buscó y encontró instrumentos suficientes para confundir y aniquilar al tabaco. Así sucedió a nuestros primeros padres, habitaban el Edén y en lugar de gozarlo inocentemente oyeron a la serpiente que los hizo arrojar de él. Los selectores, empacadores, enseronadores y exportadores de tabaco abusaron de la paciencia de nuestros marchantes, los alemanes, y éstos, al fin cansados de nuestra malicia, se negaron a reconocerle al tabaco cibaño las sobresalientes cualidades que la naturaleza, ayudada del esmero, le habían dado. Bastó esto para que un clamoreo general e intransigente cayera sobre el tabaco,



leyes y disposiciones transitorias contra el derecho de propiedad sin excusa legítima, leyes y disposiciones draconianas se dictaron contra esta nuestra malhadada y única riqueza exportable; el que lo compraba lo anatematizó, el que lo sembraba, despavorido se escondió y ni a nombrarlo siquiera se atrevió, fue la abominación de las abominaciones. Vade retro.

Risas en el auditorio.

No fue lo que pasó y está pasando, señores. Entonces se dijeron: no nos ocupemos más de este ruinoso negocio. Aunque sabemos perfectamente que si lo cosechamos en sazón lo creamos y entrojamos según la buena práctica y buenas tradiciones de nuestros famosos cosecheros, de los cuales bastantes viven aún y nos servirán de modelos y maestros. Si formamos clases regulares, uniformes, siempre las mismas en aroma, en color, en sedosidad, sanas, limpias y conformes; si cada capa del serón corresponde desde las primeras a las últimas a lo que al descubrirlas prometieron, en una palabra, si no procuramos engañar a nadie y al comercio internacional menos que a ningún otro, pues posee todos los mercados de la tierra; tal vez mantendremos los precios viejos, a pesar de la lucha que habrá que sostener con otras comarcas. Pero aunque todo esto muchos lo sabemos y todos lo presentimos, no produzcamos más tabaco y sembremos cacao que vale mucho más.

El Diputado E. —Bastante funesto para la provincia que represento fue ese razonamiento; desde entonces el Seibo no vende sus buenos potros y la crianza del ganado caballar en mi provincia ha caído a tal extremo que sin el mercado fructuoso del Cibao que le daba vida, ni una sombra de lo que fue, es hoy.

El Diputado J. —Eso obedece a otra nueva serie de fenómenos ocurridos en los transportes del Cibao que dilucidaremos después, pero que por el momento son extraños a la cuestión.



El Diputado E. —De acuerdo honorable señor, pero no me negará usted que treinta mil quintales de cacao transportados, no dan igual producto de fletes que cien mil quintales de tabaco.

El Diputado S. —Eso se afirma por sus mismas cifras.

El Diputado E. —Pues bien, si se necesitan cincuenta mil potros para cien mil quintales de tabaco, sólo se necesitan quince mil para treinta mil quintales de cacao, por tanto, quince mil potros se han quedado sin compradores y, ¿quién va a ocuparse de producir lo que nadie compra?

El Presidente. —Encarezco a los señores diputados no interrumpir al orador.

El Diputado B. —Sembremos cacao, se dijeron, y no sembramos más que cacao y desde luego, todas las mejores tierras, las mejores situadas fueron ocupadas por cacaotales. Se talaron platanales, se derribaron palmares y cocales, se arrancaron de cuajos cañaverales y yucales; todas las fuerzas activas de la sociedad concurrieron a la obra: prensa, comercio, gobierno. No hubo más que un santo y contraseña: sembramos cacao, y no hubo más que un cultivo: el cacao. Pero este cultivo no era universal ni tradicional en el Cibao, y además del vicio radical y antieconómico que lo hace reprobable, es decir, el de haberlo hecho exclusivo de una vasta región, tenía dificultades insuperables que de momento no podía vencer la impaciencia cibaëña apretada por la miseria.

El cacao es fruto que requiere capital a cualquier escala que se siembre. Después de talado y tumbado el monte, quemadas las rosas, hechas las cercas y puestos de fijo los plantíos, operaciones en que se gasta tiempo y dinero, hay que esperar cuatro y cinco años para los primeros proventos. No bastan las yucas y plátanos conco-



mitantes para dar los avances como los da el tabaco. Puedo hacerlo visible a los que me oyen por medio de una comparación entre dos agricultores, en que el uno siembre cacao y el otro tabaco. Supongamos diez tareas en estado de sembradura para cada agricultor:

Primer año

El del cacao siembra cacao, yuca y plátanos, al cabo del año la yuca le producirá 40 pesos.

El del tabaco cogerá a los cuatro meses diez quintales de tabaco que inmediatamente vende a cuatro pesos quintal, y son 40 pesos; en los ocho meses restantes sembrará en la misma tierra maíz, yuca, habichuelas y al cabo de un año estos frutos le darán otros 40 pesos como la yuca del cacao.

Segundo año

El del cacao sólo cosechará plátanos que le darán 40 pesos.

El del tabaco hará lo mismo que el primer año, 40 pesos de tabaco, 40 de otros frutos y menestras.

Tercer año

El del cacao tendrá la misma utilidad del año anterior, 40 pesos de plátanos. Ya el cacao empieza a florear.

El del tabaco hará lo mismo que los otros años, 40 pesos de tabaco y 40 pesos de otros variados frutos.

Cuarto año

El del cacao, una muy escasa cosecha.

El del tabaco, como los años anteriores.

Es decir, que en cuatro años, el veguero tendrá ciento sesenta pesos más que el hacendado.

Esto que acabo de exponer es visible, patente, pero no refiero los bienes que para la comunidad el uno y el otro cultivo re-



portan. El cultivo, cosecha y venta del cacao es exclusivo. El estanciero nuestro y tres o cuatro peones más ocupados en la recolección, desgrane, fermento y asoleo bastan al cacao; mientras que en el tabaco son todos los trabajadores en acción, todos ganando, todos produciendo y consumiendo víveres nacionales y, por tanto, vivificando a la sociedad. Si fuese dable calificar a ambos productos diría que el cacao es oligarca y que el tabaco es demócrata.

Algunos viejos cosecheros de tabaco aplauden vivo y recio, se oyen muchos: bien, bueno, muy bien; algunos comerciantes sonríen.

El Diputado B. —Podré agregar en compendio, por supuesto, porque el tema da lugar a consideraciones extensas, el movimiento activo que el comercio imprime al cultivo del tabaco y los útiles y ventajosos avances que da lugar en todas sus delegaciones. Sabido es que el capital circulante no se aventura por lo común en entradas tardías, por seguridades que preste la persona o la cosa. Esto está probado con los bancos, que sólo aceptan valores seguros cobrables a plazos cortos y fijos y los avances sobre el tabaco son como efectos a cobrar a noventa días, puesto que sólo se hacen cuando el tabaco está plateando en los conucos, aspecto que lo hace deseable, pues da un movimiento de crédito activo en todo el comercio entregado a este género de especulación, hace más movibles a las mercancías y quincallería de las tiendas, presta socorros más oportunos al labrador, da más actividad al trabajo que lo que puede hacer el cacao con sus cuatro años de espera, que arruinan al prestamista y al deudor como está sucediendo entre nosotros, con la desaparición completa del pequeño comercio y con la inercia del labrador a quien estos avances daban tanta actividad.

Eso por una parte, señores; por la otra, la sociedad cibaëña tomada como unidad sólo posee una fuerza, y esta sola fuerza no



puede multiplicarse caprichosamente como algunos pretenden, tildándola de perezosa. Si todo el tiempo utilizable del labrador lo demanda el cacao, ¿cómo puede sobrarle para las subsistencias? O el uno perece o las otras perecen. El cacao necesita además del tiempo, mucho trabajo, mucha vigilancia...

El Diputado C. —Son aún tan pocos los cacaotales en el Cibao que presumo menos de la mitad de los agricultores concretados a su cultivo.

El Diputado B. —Bastantes son ya como lo prueban los estados de exportación de Puerto Plata y Sánchez, pero la observación del señor Diputado C me trae la oportunidad de apuntar otras de las causas que obran en nuestra miseria actual. Verdad es que no son todos los que están ocupados en sembrar cacao, pero voy a decir en que otro trabajo está malgastándose el capital y las fuerzas de una gran parte de agricultores.

El terreno del Cibao, por lo general, se divide en terrenos de labor y en terrenos de pastos. De Dajabón a Santiago; las cordilleras Norte y Sur, sus faldas y estribaciones, algunas matas u oasis y las orillas de los ríos, son terrenos labrantíos. El resto, es decir toda la parte llana, es terreno de pastos. De Santiago a Cenoví, en una faja de algunas leguas de una a otra cordillera, terrenos de labranza. De Cenoví al Sillón de la Viuda, terrenos de pastos, excepto las orillas de ríos y arroyos, cejas, cordilleras, faldas y estribaciones.

Se ha querido, sin las oportunas y necesarias precauciones, convertir de súbito los accesorios indispensables del terreno de pastos dados al cultivo que se llama extensivo en terrenos laborables, destruyendo todas las matas, cejas y arbolado de los ríos para servir de conucos, con lo cual sólo se ha conseguido en las cejas y matas un terreno gredoso, ferroso y pobre y en el de las



orillas de los ríos, terrenos inundados periódicamente, terrenos uno y otros que son sin esperanzas, a menos que una poderosa agricultura dé a los unos las enmiendas necesarias, y a los otros drenajes y diques convenientes.

Destruídas las matas y cejas, el ganado nuestro, por lo general, trashumante, montes y cerril, no encontró los abrigos, los oteros, cerros o medáneos donde acudía en la estación de las lluvias para dormir en seco y en la estación veranera para tomar la sombra. Obligado el ganado a dormir en las charcas, adquirió dolencias infinitas, sobre todo las pulmonares, vio cerrados los caminos a los abrevaderos habituales que lo obligó a apagar su sed en las charcas micróbicas donde dormía, foco perenne de epizootias, tales como la parasitaria, conocida por los hateros con el nombre de cucaracha, que las diezmaron y se vio privada del ramoneo y de las frutas que tanto cooperaban a su alimentación.

Viendo los ganaderos que sus crías disminuían a ojos vistas, creyó encontrar para el ganado vacuno y caballar, ya que no para el de cerda un medio fácil, provechoso y adecuado haciendo pastos artificiales. Aquí fue Troya... No quedó entonces arbolado que no vino abajo, ni cejas, ni matas, ni orillas de arroyos; todo se vio convertido en dehesas acotadas, llamadas potreros y sembradas de una yerba exótica acuosa, llamada Yerba Páez. Había cuatro siglos que las superiores cualidades de nuestras yerbas pratenses en nuestras sabanas: yerbas jugosas, sabrosas, aromáticas, alimenticias, indestructibles; don gratuito de la providencia, con sus inagotables dones, alimentaba, criaba y engordaba nuestras vacas y novillos, nuestras jacas y potros. Había siglos que proporcionaban el sustento gratuito y abundante, tanto que de las sobras de nuestras crías se hacía un comercio de exportación, valorado en centenares de miles de pesos. Hoy estas sabanas, este inmenso territorio se tiene va-



cante y sin aplicación, sirviendo de simple vivero o semillero de la crianza, y el cibaño gasta todo su tiempo, todas sus fuerzas, todos sus ahorros en derribar montes, en destruir riquezas naturales, en inhabilitar tierras de labor para poblarlas de Yerba Páez. Esta yerba no resiste la más corta sequía, da una carne de gusto soso, de poco peso y el ganado sujeto a su exclusiva comida, de seguro no podrá alcanzar lo que le haría dar una alimentación variada.

Pero lo peor de todo, lo que corona de agudas espinas la malhadada obra, es que todas estas combinaciones destructivas adornadas con el ropaje de progreso y, por tanto, aclamadas y proseguidas como excelentes, han convertido a los viveros trashumantes de las sabanas en una formidable legión, reforzada por los cerdos, más acosados aun por la misma obra, que en pos de lo que les era indispensable y le han destruido los conucos, busca compensaciones en los mismos conucos, extrayendo las endebles empalizadas, solas barreras posibles de una incipiente y pobre agricultura, y haciendo en las siembras destrucciones incalculables que ponen fuera de sí al labrador. Éste, desesperado, declara guerra encarnizada al ganado, sobre todo al de cerda, que por pequeño puede destruir a mansalva y todo marcha en un círculo vicioso de destrucción y calamidad. El labrador destruye al ganado, el ganado destruye las siembras, y nosotros miserables y hambrientos, pero muy ufanos, entonamos el himno del progreso sobre los escombros de nuestro haber.

Grandes aplausos se oyen entre muchos labradores y ganaderos, mientras que los dueños de dehesas se sonríen.

El Diputado E. —Me parece que nuestro Congreso Nacional no se inspiró en las razones que acabamos de oír cuando votó el 15 de mayo pasado la ley sobre la crianza.



Varios Diputados. —Así también nos parece.

El Presidente. —Señores, son las dos de la tarde, y a pesar del placer que causa oír al señor B, creo que es hora de levantar la sesión.

Todos aprobaron al Presidente y se levantó la sesión.



EN EL CANTÓN DE BERMEJO

El cinco de octubre de 1863, en mi calidad de ministro de Guerra, hacía yo una visita previa de inspección en toda la línea del Este, y a las cinco de la tarde, después de un viaje penosísimo y bajo una lluvia constante, llegué a las avanzadas del cantón de Bermejo. Me salieron al encuentro jefes y soldados y, rodeado de todos ellos, llegué a la comandancia de Armas. La cComandancia de Armas era el rancho más grande de todo el Cantón donde todo estaba colocado como Dios quiera. El parque, eran ocho o más cajones de municiones que estaban encima de una barbacoa, y acostado a su lado había un soldado fumando tranquilamente su cachimbo. Varias hamacas tendidas, algunos fusiles arrimados, dos o tres trabucos, una caja de guerra, un pedazo de tocino y como 40 ó 50 plátanos era todo lo que había. A la puerta de la comandancia estaba el cañón escapado en la acción de esos días en que las tropas dominicanas, al mando del Coronel Mota, habían sido arrolladas por el ejército español bajo las órdenes del teniente general Santana. Dicho cañón estaba en tan lamentable estado que las llantas de las ruedas estaban aseguradas o roteadas con hilos de enseronar.

—¿Dónde está Santiago Mota?, pregunté al comandante de artilleros, Pedro Faustino Royer (a) Grullo.



—Salió esta mañana para Yamasá a conferenciar con Manzueta y no dilatará mucho, pues nos ofreció volver antes de la noche.

—Bueno, pues, mientras llega, manda a hacer un rancho para dormir esta noche.

En quince minutos, cuatro hombres por 50 cts. me hicieron un rancho en el que incontinenti me alojé. Colocamos en él las sillas, la carga, las armas y se pusieron los caballos en la sabana a comer y yo me tendí en mi hamaca que previamente me había colgado uno de mis asistentes.

Cerca de la oración, un trozo de caballería que pasaba me indicó que Santiago Mota llegaba. Me levanté de la hamaca y asomé la cabeza fuera. Santiago se me acercó y echó pie a tierra.

—Desde ayer lo aguardaba señor Ministro, y no sabe usted lo que siento no haber estado aquí a su llegada, pero fui llamado al Cuartel General por el general Presidente con toda prisa, y ya usted comprende.

—Naturalmente, debió usted acudir, ya que hoy de nuevo el enemigo se prepara a atacar.

—No está siempre en Guanuma, pero pretendemos atacarle nosotros y para eso fui llamado.

—¿Cuándo? ¿Mañana?

—No, faltan muchos más refuerzos en Yamasá que no deben tardar.

—¿Pero usted está listo?

—Como siempre y cada día con más deseos de batirme y de acabar de botar a esos blancos.

Los ojos de Santiago despiden llamas al hablarme. Su porte y ademanes indican el valor y el arrojo, la impaciencia que le dominaba por batirse, como él decía.

Santiago fue uno de los héroes más sobresalientes de esa epopeya que llamamos Restauración. Joven, ardiente, resuelto. Su valor y ardimiento lo hizo acometer más tarde empresas tan arriesga-



das de presentar en las llanuras de Los Llanos y a la cabeza de paisanos una batalla a tropas disciplinadas, dobles en número. El resultado fue su muerte y la dispersión de toda su gente después de ser diezmadas, y de la muerte de Santiago de un balazo en el pecho.

Pero ahora que me hablaba, nadie podía presagiar su cercana muerte.

—¿Está usted bien alojado?, me dijo. Si llueve, el techo de su rancho no lo guarecerá, si aquí dilata mañana, haré que se lo cubran de yaguas.

—Gracias.

—Vamos a la comandancia y para que usted repose y haga reposar a su acompañamiento; allí acabaremos de hablar.

Nos dirigimos a la comandancia donde acabé de hablar con Santiago sobre el motivo de mi visita.

Serían las nueve cuando volví a mi alojamiento por la larga y tortuosa calle de ranchos del Cantón. Acababa de llover a torrentes, pero la noche había aclarado bastante para percibir todos los objetos a larga distancia. El Cantón como una colmena humana hacía un ruido sordo. Había una multitud de soldados tendidos en el camino acostados de una manera particular: una yagua les servía de colchón y con otra se cubrían, de manera que aunque lloviera como acababa de suceder, la yagua de arriba les servía de techumbre y a la de abajo como una especie de esquife, por debajo de la cual se deslizaba el agua y no los dejaba mojar. A esta yagua en el lenguaje pintoresco de esa época se le llamaba la frisa de Moca. En muchos ranchos se oía el rosario de María con oraciones estupendas. Dos o tres ciriales alrededor de una enjalma tendida indicaban una talla. Al pasar cerca de ellos, vi que uno decía que había ganado seis reales, y otro que había ganado cuatro, y otro que había ganado cuatro hojaldras de catibía.



Cerca ya de mi rancho, vi a un individuo dándose paseos gravemente vestido con un frac de paño negro, pero debajo del cual, como el escudero del Lazarillo de Tormes, no había camisa ni otra pieza que impidiera su contacto con las carnes: este individuo sólo tenía unos calzoncillos.

Entré en mi rancho, me tendí en mi hamaca y me dormí hasta el día siguiente, en que ya alto el sol, salí otra vez. Todo el Cantón estaba en pie. Se pasaba revista. No había casi nadie vestido. Harapos eran los vestidos; el tambor de la comandancia estaba con una camisa de mujer por toda vestimenta, daba risa verlo redoblar con su túnica; el corneta estaba desnudo de la cintura para arriba. Todos estaban descalzos y a pierna desnuda. Se pasó revista y se contaron doscientos ochenta hombres: de Macorís como cien, de Cotuí unos cuarenta, de Cevicos dieciséis, de La Vega como cincuenta, los de Monte Plata contaban setenta hombres; todos aunque medio desnudos, con buenos fusiles, pues con armas y bagajes se habían pasado de las filas españolas a las nuestras. Su rancho espacioso los contenía a todos y estaba plantado al bajar el arroyo. Se pasó revista de armas cotuisanas, macorisanas, ceviqueñas, sólo tenían seis trabucos, cuarenta carabinas, dieciséis fusiles; la caballería sólo tenía dos o tres pistolas de piedra, pero todos tenían sables de infantería y caballería.

Pasé revista de municiones: catorce cajones de cartuchos de pólvora mojada, conteniendo cuatrocientos paquetes de diez y seis cartuchos cada uno; cinco cargas de cañón, doce potes de metralla y diez balas rasas; y en frente había un ejército de ocho mil hombres de tropas correctas y provistas.

—¿Y cómo comemos aquí?, dije yo a Santiago.

—No hay cuidado, me dijo, cada soldado es montero, en cuanto pase la revista verá usted.



Acabóse ésta y todos se dispersaron: unos cogían calabazos y bajaban por agua al arroyo, otros mondaban plátanos y los ponían a asar.

Y yo visité más detalladamente los ranchos en los que no faltaba una tasajera con uno o dos tocinos y beneficiaban uno o dos cerdos. El Cantón en masa vivía del merodeo, pero le era fácil porque estaba en medio de una montería.

—Pero esto no puede durar así, dije a Santiago.

—¡Bah!, ¿y cómo remediarlo?, me contestó.

—Fácilmente. Hablemos con el viejo Isidro, el dueño del hato de San Pedro, para que nos dé reses en cambio de títulos al portador que le daré sobre el Gobierno.

—Bien, casualmente el viejo Isidro viene aquí, hablemos pues con él.

Se nos acercó un viejecito como de setenta años, moreno, todo encorvado, pero listo y despejado, aunque apoyado en un garrote.

—Siño Isidro, le dijo Santiago, éste es el señor ministro de la Guerra.

—Mucho me alegro conocéile, señó, me dijo el viejo.

—Y yo mucho más de verle y tratarle, contesté: Es usted conocido mío, de reputación a lo menos; en el 7 de julio, usted suministró bastantes reses a la revolución. Oí entonces de usted que era el más rico ganadero de estos sitios.

—Veidá señó, que había entonce batante rese, má de docientas mancornas me pagaron en Santiago en oro señó, en oro toda y bien pagas.

—Pues bien, ¿quiere usted hacer el mismo negocio ahora?

—Oh, ahora no se puede así, el enemigo etá en San Pedro y no deja sabanear.

—¿Entonces, usted se niega?



—Negarme no señó, mande a coger reses de mi tierra, todas las que quiera, que después nos arreglamos.

—Bien, gracias en nombre de la Nación.

—No hay por qué señor, los españoles me hieden a una legua.

Convidé a almorzar al viejo Isidro. Había comprado dos bandas de carne y media carga de plátanos, y sabía que mis asistentes tenían que almorzar. Cuando llegamos al rancho ya uno me tenía puesto el caldero al fuego para lo que habían improvisado un fogón, clavando en tierra tres estacas gruesas a una altura de seis pulgadas, formando un triángulo rectángulo sobre los cuales asentó un caldero...

[Del manuscrito original, a lápiz, en poder del altruista ciudadano Don J. D. Ortega, quien lo publicó en *Listín Diario*, del 18 de agosto de 1963, con el título de «Episodios de la Restauración». En la presente edición hemos tenido a la vista los originales, gracias al mencionado amigo J. D. Ortega, para una más exacta transcripción, ya que en la citada publicación se deslizaron serias omisiones y errores tipográficos que la invalidan. El documento es de vivo interés para el conocimiento de los cantones restauradores]



BIBLIOGRAFÍA

a) Ediciones de las obras de Pedro Francisco Bonó:

Bonó, Pedro Francisco: *El montero. Epistolario / Ensayos sociohistóricos. Actuación pública.* (Estudio Preliminar y notas por Raymundo González) Volúmenes XXXI y XXXII de la Colección Clásicos Dominicanos de la Fundación Corripio, Editora Corripio, Santo Domingo, 2000.

Bonó, Pedro Francisco: *Apuntes para los cuatro ministerios de la República.*, Santiago de los Caballeros: Imprenta del Cibao, 1857.

Bonó, Pedro Francisco: “*Apuntes para los cuatro ministerios de la República.*” En: Emilio Rodríguez Demorizi, ed. *Documentos para la historia de la República Dominicana.*, Santiago de los Caballeros: Editorial El Diario, 1944, v.2, p. 495-518.

Bonó, Pedro Francisco: *Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicana.*, San Francisco de Macorís, 1985.

Bonó, Pedro Francisco: *Congreso Extraparlamentario.*, San Francisco de Macorís, 1895.



Bonó, Pedro Francisco: *El montero. Novela de costumbres.*, (848) Santo Domingo: Julio D. Postigo. 1968, (Colección Pensamiento Dominicano 41).

Bonó, Pedro Francisco: *El montero. Editora Manatí.*

Bonó, Pedro Francisco: *El montero. Editora Colé.*

Bonó, Pedro Francisco: “*La República Dominicana y la República Haitiana*”. En: Margarita Vallejo de Paredes, *Antología literaria dominicana.*, Santo Domingo, INTEC, 1981,v.4, Ensayos. pp. 213-217.

Bonó, Pedro Francisco: *Papeles de Pedro Francisco Bonó*, Compilación de Emilio Rodríguez Demorizi, Santo Domingo: Editora del Caribe. 1964. 636 p.

b) Obras sobre Pedro Francisco Bonó:

Alfau Durán, Vetilio. “Pedro Francisco Bonó”. En: “Apuntes para la bibliografía de la novela en Santo Domingo”. *Anales de la USD.* 24 (87-88): 422, jul.-dic. 1958.

“Bonó, Pedro Francisco”. *Enciclopedia dominicana.*, Santo Domingo, Enciclopedia Dominicana. 1976. v.1, p.272.

Cassá, Roberto. “Apología de Pedro Francisco Bonó”, *Clío*, año LXIV, no. 63 (mayo-diciembre de 1996), pp.7-28.

Cassá, Roberto. “Pedro Francisco Bonó y su época”, *Estudios Sociales.*



- Contín Aybar, Néstor. “Pedro Francisco Bonó y Mejía”. En: *Historia de la literatura dominicana*. San Pedro de Macorís, Universidad Central del Este. 1983, v. 2, p. 117-119.
- Fleury, Víctor; Ricart, Gustavo; Bisonó, Pedro R. “Pedro Francisco Bonó” En: *100 dominicanos célebres*. Santo Domingo, Publicaciones América, 2ed., 1974, p. 114-115.
- Francisco, Ramón. “Pedro F. Bonó”. En: *Literatura Dominicana 60*”, Santiago de los Caballeros, UCMM., 1969, p. 109-110.
- García Leonidas, “Carta de Gregorio Luperón a Pedro Francisco Bonó” *Clío*.- Santo Domingo, no. 27: 191-193, 1959.
- González, Raymundo, *Bonó, un intelectual de los pobres*, Santo Domingo, 1994.
- Lebrón Saviñón, Mariano. “Pedro Francisco Bonó”. En su: *Historia de la cultura dominicana*.- Santo Domingo: UNPHU., 1982, v.2, 131; v.4, 362; v.5, 204.
- Luperón, Gregorio. “Elogios de Bonó”. En: *Notas autobiográficas y apuntes históricos*, Santiago de los Caballeros, Editorial El Diario. 1939, p.75-78.
- Luperón, Gregorio. En su “Hombres de la Restauración. Santo Domingo: Logia Cuna de América No. 2. 1931, p.43-47.
- Martínez Paulino, Marcos Antonio. “Pedro Francisco Bonó”. En su: *Publicaciones periódicas dominicanas desde la Colonia*.- San Pedro de Macorís, UCE. 1984, p. 92.
- Martínez, Rufino. “Bonó, Pedro Francisco”. En su: *Diccionario biográfico-Histórico Dominicano 1821-1930*.- Santo Domingo: UASD., 1971, p.74-77 (Colección Historia y Sociedad 5).



Peralta, Freddy. "La Sociedad dominicana vista por Pedro Francisco Bonó". *Eme.Eme*, vol. 5 no. 29, 13-54, mar.-abr., 1977.

Ricardo Román, J. Max. "Pedro Francisco Bonó", *Clío*, Santo Domingo: 31: 100-112, 1963.

Rodríguez Demorizi, Emilio, En: *Frases Dominicanas*.- Santo Domingo: Taller 1980, pp.74-78 (Colección Pensamiento Dominicano 54).

Rodríguez Demorizi, Emilio: "Pedro Francisco Bonó". En: *Próceres de la Restauración*.- (Noticias Biográficas) Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia. Editora del Caribe 1963 p. 43-46.

Rodríguez Demorizi, Emilio: "Prefacio". En: Pedro Francisco Bonó, *El Montero*, Santo Domingo, Julio D. Postigo, 2 ed, 1968 (Colección Pensamiento Dominicano 41).

Rodríguez Demorizi, Emilio: (Comp.) En: *Santana y los poetas de su tiempo*, Santo Domingo: Editora del Caribe. 1969.

Rodríguez Demorizi, Emilio, En: *Seudónimos dominicanos*, 2 ed. Santo Domingo: Editora Taller, 1982, p.28.

San Miguel, Pedro, *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española*, San Juan-Santo Domingo, 1997.

González, Raymundo: "El pensamiento social de Pedro Francisco Bonó", en: González, R.; Cassá, R.; Baud, M.; San Miguel, P.: *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana. Siglos XIX y XX*, Academia de Ciencias de la República Dominicana / Editorial Doce Calles, Madrid, 1999.



ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Adams, 85

Adán, 81

Angulo Guridi, Alejandro, 19

Augusto, 112

B

Báez, Buenaventura, 16, 39, 83, 133

Bello, 112

Bolívar, Simón, 70

Bonó Mejía, Pedro Francisco, 13,
14, 15, 16, 17, 18, 136, 139

Borbón, 84

Bossuet, 106

C

Cabral, José María, 16, 17

Carlos V, 52

Cristóbal, 131

D

Darwin, Carlos, 101

Deetjen, Alfredo, 39

Dessalines, 131

E

Espaillet, Ulises Francisco, 17, 38,
43

F

Finke, Federico, 39

Fondeur, Furcy, 39

Franklin, Benjamín, 85

G

Gladstone, 145

Glas, José Manuel, 39

Guerrero, 70

H

Heureaux, Ulises, 16

I

Isidro, 163, 164

J

Jefferson, 85

Jesucristo, 106, 149

Júpiter, 104



L

Las Casas, Padre, 52
 Licurgo, 105
 Louverture, Toussaint, 113
 Luis XIV, 112
 Luperón, Gregorio, 19, 44

M

Mallol, Domingo, 44
 Manzueta, Eusebio, 160
 María, 161
 Michel, Achille, 44
 Moisés, 105, 145
 Mota, Santiago, Coronel, 159,
 160, 161, 162, 163
 Moya, Dionisio V. de, 39

N

Núñez de Cáceres, José, 133

O

Olmedo, 112
 Ortega, J. D., 164

P

Peña, M. de J. de, 44
 Pericles, 112

R

Real, Pascual, 133
 Riva, Gregorio, 39
 Rojas, Benigno F. de, 44
 Royer, Pedro Faustino (Grullo),
 159

S

San Martín, 70
 Sánchez Ramírez, Juan, 133
 Sánchez, Francisco, 33
 Santana, Pedro, 83, 133, 159
 Seneuil, Courcelle, 27
 Silverio, José María, 39
 Sócrates, 122
 Soulouque, 131

T

Talleyrand, 135
 Temístocles, 84, 126

V

Vasconcelos, José, 19

W

Washington, George, 85





Colofón

Esta edición de *Pedro Francisco Bonó / Textos selectos*,
terminó de imprimirse en los talleres gráficos de Editora Búho,
en el mes de abril de 2007, con una tirada de 1,000 ejemplares.



El Archivo General de la Nación se complace en presentar a la comunidad nacional su *Colección Juvenil* dirigida, como su nombre indica, a las nuevas generaciones con inquietudes por conocer sus raíces y las tradiciones de lucha por la libertad y la independencia nacional que los dominicanos hemos forjado como pueblo a través de la historia: nuestras raíces, tradiciones y luchas que constituyen la identidad nacional.

Con esta nueva colección la institución pretende poner al alcance de la juventud, a través de lecturas breves, ágiles y bien documentadas, biografías y estudios monográficos que pongan de relieve valores patrióticos y despertan el interés de los jóvenes por su historia.

Le da inicio la publicación del presente volumen que compilan escritos del prócer Pedro Francisco Bonó, con la cual se da continuidad al esfuerzo de divulgación cultural que desde el AGN se viene realizando desde el año 2005. Esta edición va acompañada de una presentación a cargo del profesor e investigador Raymundo González, especialista en los temas escritos por Bonó.

El AGN pone en manos del público juvenil dominicano esta primera entrega de la *Colección Juvenil* con la expectativa de que contribuya a elevar el nivel intelectual al tiempo de dar a conocer la valía de un dominicano, ejemplo de una vida signada por principios éticos.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia